

Los castellanoleoneses de La Plata

Memoria viva



 HESPÉRIDES

El 28 de agosto de 1999, 57 nativos y descendientes de Ávila, Burgos, León, Palencia, Salamanca, Segovia, Soria, Valladolid y Zamora, provincias integrantes de la Comunidad Autónoma de Castilla y León, dieron lugar a la formación del Centro Castellanoleonés de La Plata.

Esta institución tuvo y tiene por objeto mantener, divulgar y promover la cultura y la identidad castellanoleonesa en la comunidad, difundiendo los valores y características distintas que conforman nuestro origen y vigorizando los fraternales vínculos que nos unen a las otras instituciones españolas, como así también a todas aquéllas que se caracterizan por sus fines humanísticos y culturales, todo ello en un marco asociativo, solidario, de bien público y sin fines de lucro.

Los castellanoleonés de La Plata

Memoria 1999

57
de
Pa
Se,
Z:
int
da
Le
fo
tel

tie
di
cu
ca
cc
lo
di
nu
de
q
in
cc
a
l
y
m
d.
d.

Los castellanoleoneses de La Plata

Memoria viva

Centro Castellanoleonés de La Plata
Los castellanoleoneses de La Plata : memoria viva /
coordinado por Guillermo Pilía - 1a ed. - La Plata :
Hespérides, 2005.
162 p. ; 21x14 cm.

ISBN 987-21174-7-0

1. Entrevistas. I. Pilía, Guillermo, coord. II. Título
CDD 080

Centro Castellanoleonés de La Plata

Acuerdo del 23 de abril de 2003 con el
Archivo Histórico "Dr. Ricardo Levene"

Los castellanoleoneses de La Plata

Memoria viva

Programa y obra realizados bajo
la dirección del profesor
Guillermo Pilía

Obra editada con el aporte de la
Universidad Nacional de Educación a Distancia
Centro Zamora

© 2005 Centro Castellanoleonés de La Plata

2005 Ediciones Hespérides
Calle 10 N° 738 (1900) - La Plata, Argentina
(0221) 421-7371 - edhesperides@aol.com

Printed in Argentina - Impreso en Argentina

No puede reproducirse ninguna parte de este libro por medio alguno,
electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabado, xerografiado o
cualquier almacenaje de información o sistema de recuperación, sin per-
misso del editor.

**HESPÉRIDES**
La Plata, 2005

Presentaciones

La identidad cultural de la provincia de Buenos Aires es un complejo mosaico que, para que pueda ser interpretado, debe exhibir todas sus piezas. Los aportes realizados por los distintos grupos de inmigrantes para la formación de nuestro perfil cultural son precisamente de esas piezas de las que no se puede prescindir. En este caso, cada inmigrante de Castilla León es un archivo viviente que documenta cómo era la España de la primera mitad o mediados del siglo XX, las relaciones con los españoles radicados en la Argentina, los esfuerzos por formar parte de nuestra fuerza laboral, las dificultades y formas de asociarse a la llegada al país. También son archivos vivientes de historias personales, de canciones, de devociones religiosas, de comidas.

Por todo ello, el Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires se congratula de ver realizada esta obra conjunta del Centro Castellanoleonés de La Plata y el Archivo Histórico "Dr. Ricardo Levene", editada con el aporte de la Junta de Castilla León. Y hace votos para que esta experiencia, como otras anteriores, sirva de modelo para seguir desarrollando trabajos con otros grupos de inmigrantes que dan diversidad, profundidad y dinamismo a la cultura bonaerense.

Arq. María Cristina Álvarez Rodríguez
Presidenta del Instituto Cultural
de la Provincia de Buenos Aires

Desde hace casi diez años, el Archivo Histórico de la Provincia viene trabajando el tema de la historia oral para la investigación y el conocimiento de nuestro pasado provincial. Ésta viene a sumarse a la tradicional, basada en las fuentes escritas. En efecto, el proceso de construcción histórica a partir de testimonios orales es sumamente valioso allí donde los documentos escritos son escasos o directamente inexistentes. Es así que la historia oral permite relatos de individuos o grupos que informan sus experiencias o sus observaciones personales sobre un tema determinado, sobre su vida o sobre algún acontecimiento.

En los talleres de historia oral, que nuestra institución realiza a lo largo de toda la provincia, se recogen y procesan testimonios de personas sobre temáticas específicas. Experiencias altamente positivas en este sentido han sido las realizadas con las comunidades de inmigrantes extranjeros (por ejemplo, la comunidad andaluza de La Plata) o de otras provincias (el caso de los correntinos residentes en esta región).

Con la publicación de este libro, fruto del trabajo conjunto del Archivo y el Centro Castellanoleonés de La Plata, se cierra un capítulo muy importante de un programa iniciado en el año 2003, destinado a rescatar la memoria de otro conjunto de españoles que hicieron de nuestra provincia su segunda patria. La coordinación de este trabajo estuvo a cargo del profesor Guillermo Pílla, con quien colaboró el señor Guillermo Clarke y un esforzado grupo de voluntarios del Centro. Es de esperar que los lectores puedan valorar lo realizado y utilizar estos documentos en futuras investigaciones.

Dr. Claudio Panella
Director del Archivo Histórico
de la Provincia "Dr. Ricardo Levene"

Tenemos en nuestras manos esta obra largamente anhelada. Es el corolario de varios años de esperanzas, trabajo y voluntad.

En el año 2003 fuimos convocados por Archivo Histórico de la Provincia "Dr. Ricardo Levene", con el objeto de concretar un proyecto: la edición de un libro de memorias.

Las personas convocadas para tal fin, tanto en dar testimonio como para realizar las entrevistas, dieron lo mejor de ellos mismos para obtener y procesar el material básico. Por diversos motivos, principalmente económicos, la idea fue dejada de lado, quedando inconclusa.

Más tarde y gracias a la ayuda de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Centro Zamora (España) y por gestión de su director Don Juan Andrés Blanco Rodríguez es que, a principios del corriente año se prorroga el acuerdo con el archivo provincial, para dar finalización a la obra.

Se sumó a ella un testimonio más, de un proyecto anterior, "Memoria y Migración", realizado con la participación de nuestro Centro años antes, en el año 2001, todo lo cual da este resultado final.

Deseo dar las gracias a todos los que directa o indirectamente colaboraron para facilitar y dar forma a esta realización, la que es un humilde pero muy sentido homenaje a nuestros ancestros y a los inmigrantes españoles que enriquecieron este país con su cultura. Es para mí un honor presentarlo aquí a su consideración.

Jorge O. García
Presidente del Centro
Castellanoleonés de La Plata

Introducción

La inmigración española en la Argentina

En cierta forma, la llegada de emigrantes españoles a nuestro territorio comenzó con el descubrimiento, la conquista y la colonización de estas tierras. Efectivamente, este fenómeno provocó, entre otras muchas consecuencias, un paulatino despoblamiento de Europa, ya que los habitantes de menores recursos se armaron como conquistadores y emigraron hacia esta parte. En el caso concreto de España y su relación con los territorios americanos, se dio rápidamente el mestizaje con las etnias autóctonas, a tal punto que, ya en el siglo XVIII, los españoles que habían migrado de la Península comenzaron a sentirse criollos, a desprenderse de sus hábitos de vida y a adoptar nuevas modalidades, producto precisamente de ese mestizaje.

La inmigración española se restringió en sus comienzos a los nativos de Castilla y a los españoles meridionales. La migración de extranjeros a las Indias estuvo prohibida, aunque hubo autorizaciones a portugueses, italianos, franceses, alemanes e ingleses. En cambio, es sabido que, a fin de preservar la "pureza de sangre", se negaba totalmente el permiso a moros, judíos, judíos conversos, berberiscos y gitanos, no obstante lo cual esta legislación fue numerosas veces burlada. "En tesis general -dice Enrique de Gandía- puede afirmarse que las trabas existían de un modo absoluto únicamente para las personas pertenecientes a la religión luterana, pues los mismos judaizantes, a pesar de la persecución de que los hacía objeto la inquisición, vivían con más o menos libertad en toda América".

En cambio pudieron ingresar a América sin subterfugios los negros provenientes de África, más fuertes y resistentes para los trabajos de minas e ingenios. Entre 1742 y 1806 arribaron al Río de la Plata unos doce mil negros brasileños y un número ligeramente superior de negros del África. El predominio de una población es-

pañola esencialmente masculina y la falta de prejuicios raciales entre españoles, indígenas y negros ayudó al proceso de hibridación que aún continúa en América. No obstante, en el Río de la Plata y durante los primeros años de la conquista, había una marcada diferencia social entre los españoles europeos respecto a los nacidos en estas tierras y a los mestizos, aun cuando, a partir de Hernandarias, comenzó a manifestarse una revalorización del elemento criollo.

En el siglo XVII la migración hispánica ya no era monopólica: empezaron a entrar a los territorios españoles de América algunos italianos —especialmente genoveses—, holandeses, griegos y alemanes, aunque fueron asimilados por los españoles. En cambio las autoridades peninsulares fueron siempre muy celosas respecto al ingreso de ingleses y franceses a sus territorios americanos, debido a causas de orden religioso y político.

El flujo continuo de españoles desde la península hacia América se interrumpió a raíz de las guerras por la independencia, con las que se potenció además cierto sentimiento antihispánico que se había visto alimentado, desde siglos antes, por las diferencias sociales apuntadas. Hechos sintomáticos de ese sentimiento fueron las campañas en contra de las corridas de toros por parte de algunos políticos porteños y la condena, en 1817, de la Sociedad del Buen Gusto al repertorio teatral español por “inaguantable” y “despreciable”. En sentido contrario, otros patriotas, como el general San Martín, diferenciaban en esos años la independencia política de la tradición cultural. También resulta curioso que la música de nuestro Himno Nacional sea obra de un español, Blas Parera.

No obstante, las provincias sudamericanas no eran refractarias al ingreso de los extranjeros. Desde la época del Consulado, en que ocupaba el cargo Manuel Belgrano, hasta el período rivadaviano, se intentó atraer la inmigración con el doble objetivo de desarrollar la agricultura y mejorar el nivel cultural de la población.

Si bien hubo inmigrantes —especialmente italianos— durante el gobierno de Rosas, fue a partir de la Organización Nacional cuando surgió con mayor fuerza este movimiento. Alberdi, al igual que Sarmiento, propiciaba la inmigración de origen anglosajón, mien-

tras que durante la presidencia de Avellaneda se sancionó la Ley de Inmigración, que daba principal importancia a la moralidad del inmigrante para otorgarle el ingreso. La presencia de los inmigrantes italianos ya aparece documentada en *Martín Fierro*, obra que, dicho sea de paso, fue publicada por primera vez por un español, Rafael Casagemas. En 1878 entraron al país más de tres mil inmigrantes italianos, unos mil doscientos rusos y apenas seiscientos ochenta españoles. No obstante, a partir de este período y hasta 1950 serían más de dos millones los españoles que elegirían este país como lugar de residencia.

Las presencias regionales

Existe documentación española, sobre todo del período 1885 - 1895, que registra de qué región de España eran oriundos los inmigrantes. En el caso de la Argentina, más de la mitad de los españoles que aquí llegaban eran naturales de Galicia. A principios del siglo XX, cada tres españoles que llegaban a Buenos Aires, uno era de Pontevedra. Con el correr del tiempo, y sin que esa región perdiera el liderazgo, irían marcando su presencia los catalanes y baleares, los asturianos —con un caudal estable hasta mediados del siglo XX— y los andaluces —con períodos de mucha y otros de muy baja inmigración—. En el siglo XX alcanzarían sus cotas máximas otras comunidades: Cantabria, Castilla-León, Valencia, La Rioja, Aragón, Extremadura y Canarias. Hay menos datos sobre los vascos, que llegaron en gran número pero muchas veces a través de los puertos de Francia.

El ritmo de la inmigración española mantuvo una notoria relación con los ciclos de la economía argentina. El mayor número de inmigrantes se concentró en los años previos a la Primera Guerra Mundial, que coincidió con un período de gran expansión económica de nuestro país. También ayudó, en este caso, el hecho de que existiera ya en estas latitudes un fuerte asociacionismo por parte de los residentes españoles.

Si bien consideramos la inmigración española como la pri-

mera en la historia de nuestro territorio, en el período moderno fue a la zaga de la italiana. Por esta razón, los españoles no se radicaron tanto en colonias agrícolas, como otras comunidades, sino que lo hicieron mayoritariamente en las zonas urbanas. El 60 % de los inmigrantes españoles se identificaban como agricultores, seguidos por los que no tenían profesión u oficio. Pero gran parte de ellos se instalaron en las ciudades y pueblos de la provincia de Buenos Aires, dedicándose prioritariamente al comercio.

Hasta 1914, en que el proceso inmigratorio se resintió con el estallido de la Primera Guerra, la comunidad española fue en crecimiento dentro de la población extranjera del país, llegando a superar a la italiana a partir de 1910. El punto más alto se alcanzó en las décadas del '20 y '30, cuando casi el 70 % de los inmigrantes de la Argentina eran españoles.

Después de un período marcado por cierta hispanofobia, a fines del siglo XIX y principios del XX los españoles comenzaron a adquirir mayor aceptación por parte de la sociedad, a tal punto que el presidente Roca firmó un decreto suprimiendo algunas estrofas del Himno Nacional que mortificaban el patriotismo del pueblo español. Hacia 1910, con la celebración del centenario de la Revolución de Mayo, la intelectualidad argentina ya estaba acorde en reconocer que el concepto de hispanidad es parte de nuestra identidad como nación. Obras como *Ariel*, de José Enrique Rodó, y *La restauración nacionalista*, de Ricardo Rojas, contribuyeron al rescate de las tradiciones y la lengua comunes a España y a la Argentina. Durante la presidencia de Yrigoyen, nuestra delegación diplomática en España adquirió rango de embajada y se declaró fiesta nacional el 12 de octubre. Años más tarde, en 1926, la llegada a Buenos Aires del hidroavión "Plus Ultra", de Ramón Franco, valorizó a la comunidad española ante la opinión pública argentina.

Con posterioridad a la Guerra Civil Española, a los inmigrantes que dejaban voluntariamente España en busca de mejores condiciones laborales se agregaron los exiliados, que abandonaban la península por motivos políticos. Gran parte de los ex-patriados republicanos llegaron a este país en otro momento de

expansión económica, que corresponde al período peronista. Otros factores que influyeron en la elección de la Argentina por muchos refugiados fueron el alto nivel cultural y el perfil europeo de las grandes ciudades.

Más allá de la fuerza laboral que significó la inmigración española en todos los tiempos, a partir de la Guerra Civil fue especialmente importante el aporte cultural. Entre los intelectuales y artistas que se refugiaron en la Argentina hay que mencionar a Manuel de Falla, Ramón Gómez de la Serna, Arturo Cuadrado, Rafael Cuenca Muñoz, Francisco Ayala y Eduardo Blanco Amor.

Si bien el aporte de la inmigración hispana —ya fuera por razones políticas, ya por razones económicas— abarcó todos los campos de nuestra cultura, fue en el teatro en donde se hizo más patente. Fue un español, Antonio Cunill Cabanellas, el que fundó la Comedia Nacional y el Instituto Nacional de Estudios de Teatro. María Guerrero, por su parte, levantó por sus propios medios el Teatro Cervantes. Los nombres de Gloria Muñoz, Margarita Xirgu, Lola Membrives, Alejandro Casona, Luisa Vehil y Eloísa Cañizares son sólo algunos de los que están incorporados a la historia de nuestro espectáculo. Otro tanto puede decirse de Narciso Ibáñez Menta, Miguel de Molina, Pedrito Rico, Pedro López Lagar y Alberto Closas.

No obstante la importancia numérica de los inmigrantes españoles, fueron cuantitativamente pocos los que se incorporaron a la vida política argentina. En nuestro país, la población hispana llegó a representar entre el 25 y el 30 % de la total, mientras que en Estados Unidos y Canadá fue de aproximadamente un 15 %. Pero mientras que en la Argentina se nacionalizaban entre el 2 y el 3 % de los inmigrantes, en Estados Unidos lo hacía el 70 %. En la colonia española de la Argentina de las primeras décadas del siglo XX, existían peninsulares de un buen nivel socioeconómico, que adoptaron la ciudadanía argentina en muy pocos casos; mientras que otros, de extracción social más baja, no se nacionalizaban porque tenían la idea de regresar a España en cuanto mejorara la situación económica. En los intelectuales refugiados también existía la ilusión de la finalización del régimen franquista, cosa que recién se dio en 1975, con la muerte del caudillo.

Asociaciones españolas y castellanoleonesas

Si bien la reticencia a la nacionalización privó a muchos españoles de participar en la vida política argentina, otros lo hicieron conservando su ciudadanía en organizaciones socialistas y anarquistas, y especialmente en asociaciones civiles ya existentes o por ellos especialmente fundadas. En efecto, uno de los objetivos, tanto de los inmigrantes como de los exiliados españoles, fue en todas las épocas la planificación de una estructura asociativa que les permitiera conservar su identidad cultural y socorrer a sus miembros en caso de que se produjeran imponderables.

Los españoles residentes en Buenos Aires comenzaron a asociarse en 1857, cuando fundaron en Monserrat una asociación de socorros mutuos; a las instituciones de fomento como la citada podía asociarse cualquier español o sus descendientes. Pero también hubo asociaciones que los aglutinaban con fines recreativos o bien políticos. Y finalmente comenzaron a cobrar importancia las entidades de base regional. De esta forma, la colectividad o comunidad española se dividió en diversas microsociedades que respondían a identidades regionales o nacionalismos.

Quizás la asociación más lejana en el tiempo que hace referencia a Castilla haya nacido, curiosamente, unos años antes que la sociedad de socorros mutuos, ya que en 1854 se fundó la primera Asociación Orfeónica de Buenos Aires, llamada "Estudiantina Salamanca". Cabe aclarar que los orfeones fueron entidades españolas dedicadas a la práctica de la música vocal.

Por otra parte, a lo largo del siglo XX, surgieron en la región metropolitana numerosas asociaciones castellanoleonesas, que en muchos casos fueron comarcales o de ciudades, fusionadas posteriormente en entidades provinciales. Entre ellas hay que citar a los centros Bungalés, Región Leonesa, Salmantino, Social Ávila, Numancia, Berciano, Zamorano y Palencia, el Círculo de Salamanca, la Casa de El Bierzo, la Sociedad de Beneficencia del Partido de Alcañices y Residentes de El Barco de Ávila.

También estuvieron históricamente ligadas a los centros castellanos algunas instituciones que en la actualidad forman parte

de otros regionalismos. Es el caso del Centro Montañés, que aglutina a residentes de la antigua provincia de Santander, que hoy configura la región autónoma de Cantabria. Otra provincia que perteneció a Castilla y que ha tenido presencia comunitaria en la zona metropolitana es La Rioja, que en estos momentos también constituye una comunidad separada de la castellanoleonesa.

A diferencia de otros regionalismos, como el gallego o el andaluz, el castellanoleonés no parece caracterizarse por un fuerte espíritu federativo, pese a que hubo numerosas iniciativas para unir a las asociaciones en una federación. Prueba de ello es que, en 1962, al formarse la Federación de Sociedades Españolas de Buenos Aires, marcaron su presencia varias de sus asociaciones, como el Centro Región Leonesa, el Ávila, el Zamorano, el Bungalés, el Salamanca y el Maragato, entre otros.

La inmigración española en La Plata

La fundación de La Plata coincidió con un período de desarrollo económico para la Argentina, y por lo tanto, de fuerte inmigración europea. A tal punto que, hacia 1885, la mayor parte de la población platense era extranjera, principalmente de origen italiano. Los españoles constituían, con mucho menor representatividad, el segundo grupo extranjero. Resulta curioso el hecho de que, en aquellos años fundacionales, la mayoría de los habitantes eran varones, situación que involucró también a los residentes españoles. De cada diez peninsulares de La Plata, aproximadamente ocho eran varones, mientras que en los italianos la diferencia era incluso mayor: una mujer cada nueve hombres.

Los españoles formaron parte del proyecto fundacional en diferentes roles: en el trazado de los servicios públicos, la construcción de edificios y la expansión urbana. A dos años de la fundación, estos inmigrantes encararon el desafío de formar una sociedad de socorros mutuos que les permitiera paliar las deficiencias sanitarias de la nueva capital. Como sucedió en otras ciudades argentinas, la preocupación de los residentes españoles en La Plata por el tema de

la salud demuestra que el capital primordial de estos inmigrantes era su fuerza laboral, y que los esfuerzos comunitarios debían apuntar a preservar la salud de los trabajadores.

En los años sucesivos se formaron otras instituciones de ayuda a los españoles de la ciudad. Tal fue el caso, en 1889, de la Sociedad Española de Beneficencia, que respondía a las necesidades de asistencia del sector más carenciado de la comunidad. En 1883 se creó también la Sociedad de Socorros Mutuos "Unión Española", y en 1908 la "Fraternidad Española". En 1912, por otra parte, se logró la unión de las distintas sociedades en una sola, "de Socorros Mutuos y Beneficencia".

Mientras tanto, los españoles no podían permanecer ajenos a la vida de una ciudad que había nacido como urbe cultural. En 1887 fue designado director de la Biblioteca Pública de la Provincia el doctor Luis Ricardo Fors, intelectual español de vida aventurera que, en 1904, encaró la edición del *Quijote* en conmemoración del tercer centenario de la aparición de la obra de Cervantes. Esta edición platense del clásico castellano está considerada como la primera que se realizó completa en la Argentina; y también la primera, completa y en forma de libro, de Sudamérica. Hoy es una joya bibliográfica que atrae a los cervantistas y a los bibliófilos.

Entre los intelectuales españoles que hicieron su aporte a la cultura platense en diferentes momentos de su historia, hay que mencionar a Emilio de Figueroa Martínez, Pedro Laín Entralgo, Antonio Fernández Cid, Julián Marías, Miguel Alvar, Francisco Huertas Campoy, José Carlos Gallardo, Alfonso Fernández de Casadevante, Fernando Quiñones, Vicente Blasco Ibáñez, María Guerrero, Jacinto Benavente, Andrés Segovia, Juan Ramón Jiménez, Carmen Amaya, Rafael Alberti, Federico García Lorca y Eduardo Zamacois, entre muchos otros. Algunos vivieron en nuestra ciudad, otros la visitaron con mayor o menor frecuencia, pero todos dejaron su recuerdo y su contribución cultural.

Algunos otros escritores españoles, más allá de los mencionados, estuvieron intelectualmente ligados, a veces desde la distancia, a la vida intelectual platense. Fue el caso de Gabriel Celaya, Antonio Buero Vallejo y Camilo José Cela. Este último, con el tiem-

po Premio Nobel de Literatura, publicó sus primeros trabajos en 1934 en el diario *El Argentino* y la revista *Fábula* de La Plata.

A lo largo de varias décadas, la presencia española en La Plata fue cristalizando en el nacimiento de varias asociaciones regionales. Gallegos, andaluces, catalanes, asturianos, aragoneses, baleares, extremeños y vascos precedieron a los castellanoleoneses en testimoniar el pensamiento y las tradiciones españolas en esta ciudad. La comunidad española de La Plata se caracterizó, históricamente, por su espíritu de mutua colaboración y al margen de los regionalismos, como quedó demostrado en numerosas ocasiones en que fue necesario colaborar con el Hospital o el Club Español, o aunar esfuerzos para la celebración de la Semana de la Hispanidad.

El Centro Castellanoleonés de La Plata

Por iniciativa de un nativo de la región, el doctor Abel Martín -bioquímico recibido en la Facultad de Química y Farmacia de la Universidad Nacional de La Plata- se iniciaron a fines de los años '90 las gestiones para conformar un centro de inmigrantes de la provincia de Salamanca. A la convocatoria concurren nativos de esa provincia, pero también de las demás que conforman la región autónoma de Castilla y León (Ávila, Burgos, León, Palencia, la ya citada Salamanca, Segovia, Soria, Valladolid y Zamora). En forma unánime se decidió entonces que el centro debía ser de todos los castellanos y leoneses y no de los nativos de una provincia en particular.

Las primeras reuniones de la naciente asociación se realizaron en los altos del Centro Gallego de La Plata. Allí se discutió el estatuto, la conformación de la junta de administración, los tiempos legales que ésta debía ejercer su mandato, los objetivos y alcances, y la razón de ser de esta nueva sociedad. Así nació el Centro Castellanoleonés de La Plata, el 28 de agosto de 1999.

El primer presidente de la institución fue el mentor del Centro, don Abel Martín, elegido para un mandato dos años y al que la muerte encontró en plena función. Lo reemplazó provisio-

nalmente hasta completar el mandato el arquitecto Francisco Cambronero Montes, nacido en Salamanca. El segundo presidente fue don Miguel Colombo Vega, y ante su renuncia completó nuevamente el mandato el vicepresidente, don Francisco Cambronero Montes. Para el tercer y cuarto mandato fue elegido el arquitecto Jorge Estanislao Rodríguez, hijo de un nativo de Bejar, provincia de Salamanca.

El Centro Castellanoleonés, en su primer año de actividad, funcionó provisoriamente en el Centro Gallego y, posteriormente, en un local comercial de la Avenida de Circunvalación cedido por don Francisco Cambronero Montes. Cuando el Centro comenzó a tener más actividad (años 2000 - 2002) se trasladó al Club Español. Fue allí donde obtuvo su Personería Civil y fue reconocido por la Junta de Castilla y León. En el año 2003 el Centro inauguró su propia sede en la calle 41 N° 915 (entre Avenida 13 y calle 14), en donde funciona en la actualidad.

Entre las actividades desarrolladas en su corta existencia, el Centro participó durante el año 2000 en la conformación del Bosque Español en el Parque Saavedra, para lo cual donó un ejemplar de roble que representa a las nueve provincias de la comunidad.

En el plano cultural, las acciones del Centro han sido múltiples y variadas: se creó el grupo Coral de los Palomares, dirigido por la profesora Mariela Thesz; se organizó el concurso fotográfico "España, su presencia en La Plata" y se expusieron las fotografías en el Ciber Café del Centro Cultural Islas Malvinas; con un subsidio del Ayuntamiento de Burgos, se realizó la construcción de los gigantes y cabezudos y también se organizó un espectáculo de zarzuelas en el Teatro Coliseo Podestá de La Plata, a cargo de una compañía marplatense de arte lírico. Asimismo, se llevaron a cabo dos conferencias del profesor Guillermo Pilá: "Viajes literarios por Castilla y León" y "La tradición taurina en Castilla y León".

Sin desmedro de las actividades reseñadas, hay que consignar que uno de los mayores logros del Centro, por su proyección a futuro, fue la reciente conformación de la Cátedra Libre de Pensamiento Castellanoleonés en el marco de lo reglamentado por la

Universidad Nacional de La Plata, según Resolución UNLP 730/03.

En el plano de las relaciones institucionales, el Centro Castellanoleonés mantiene en la actualidad una relación permanente con otras entidades de igual carácter, ya sean españolas, o nacionales o extranjeras, e incluso de comunidades aborígenes. A través de la Dirección de Colectividades de la Municipalidad de La Plata, asiste mensualmente a las reuniones de coordinación de acciones conjuntas, entre las que tienen especial importancia los festejos de las colectividades que se realizan durante todo el mes de agosto en las instalaciones del Pasaje Dardo Rocha.

También se encuentra vinculado a otras sociedades similares a través de la Federación de Sociedades de Castilla y León de la República Argentina, con sede en la ciudad de Buenos Aires. Además, mantiene estrecha relación con la Junta de Castilla y León y el Ayuntamiento de Burgos, que subsidian la mayor parte de las actividades, y también con los Ayuntamientos de León y Zamora.

Por último, entre las relaciones institucionales del Centro se hace necesario referir la que ha dado origen a este trabajo: el convenio firmado en el año 2003 con el Archivo Histórico "Dr. Ricardo Levene", dependiente del Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires. Este documento tiene, como objetivo primordial, la recuperación de la memoria de los inmigrantes castellanoleonés de la región de La Plata. Los testimonios que se presentan en esta obra son una muestra de la labor realizada.

Bibliografía

Aguayo, Antonio. *La colonia española del Río de la Plata*. Buenos Aires, Imprenta Rivadavia, 1877.

Albanel Mac Coll, Norah. *Bibliografía selecta sobre inmigración en la República Argentina*. Washington, Unión Panamericana, 1953.

Bejarano, Manuel. *La política colonizadora en la provincia de Buenos Aires (1854 - 1930)*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Buenos Aires, 1962.

Berenguer Carisomo, Arturo. *España en la Argentina. Ensayo sobre una contribución a la cultura nacional*. Buenos Aires, Club Español, 1953.

Bertoni, Lilia, y Romero, Luis. "Aspectos comparativos de la inmigración europea en el Cono Sur: la Utopía Agraria" (en Instituto Panamericano de Geografía e Historia. *La Inmigración a América Latina*. Trabajos presentados a las Primeras Jornadas Internacionales sobre la Migración en América. México, 1985; serie Inmigración, v. II).

Bollo Cabrios, Palmira. "América y la emigración española. Bosquejo de causas y consecuencias. Las agitaciones peninsulares" (en *Trabajos y comunicaciones*. La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1956; n° 6).

Borregón Ribes, Vicente. *La emigración española a América*. Vigo, Patronato de la Fundación Premio Marvá, 1952.

Clementi, Hebe, y otros. *Inmigración española en la Argentina. Seminario 1990*. Buenos Aires, Compañía Impresora Argentina, 1991.

Correas, Juan Francisco. *La emigración española en la República Argentina*. Madrid, Ibérica, 1927.

Costa, Marta. *Los inmigrantes*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1972.

Díaz Melián, Mafalda. *Emigración española hacia la Argentina en la década del 80*. Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1980.

Díaz Sal, Braulio. *Guía de los españoles en la Argentina*. Madrid, Ediciones Iberoamericanas, 1975.

Díaz, Benito. "Datos sobre la inmigración en la provincia de Buenos Aires" (en: *Humanidades*. La Plata, Facultad de Humanidades de la UNLP, 1960; vol. XXXVI).

Estébanez Álvarez, José, y Puyol Antolín, Rafael. "Los movimientos migratorios españoles durante el decenio 1961-1970" (en *Geographica*. Madrid, 1973; n° 2).

García Fernández, J. "La emigración española a América en los últimos años (1946 - 1957)" (en: *Estudios geográficos*. Madrid, 1960; vol. XXI).

García Fernández, Jesús. *La emigración exterior de España*. Barcelona, Ariel, 1965.

Instituto Panamericano de Geografía e Historia. *Bibliografía sobre el impacto del proceso inmigratorio masivo en el Cono Sur de América*. México, 1984; serie Inmigración, n° 383.

Ghisiglieri, Juan, y otros. *Catálogos de documentos sobre extranjeros e inmigrantes en la provincia de Buenos Aires*. La Plata, Archivo Histórico de la Provincia, 2003.

Instituto Panamericano de Geografía e Historia. *La Inmigración a América Latina. Trabajos presentados a las Primeras Jornadas Internacionales sobre la Migración en América*. México, 1985; serie Inmigración, v. II.

Lago Carvallo, Antonio. "Spanish immigration in Argentina" (en: *Migrations news*. Ginebra, 1960; vol. IX).

Llorens, Emilio. "La población futura de Europa y las posibilidades de emigración a la Argentina" (en: *Revista de economía argentina*. Buenos Aires, 1945; N° 326).

Llorens, Vicente. "Entre España y América. La emigración republicana de 1939" (en *Nuevo Mundo*. París, 1967; n° 12).

Marangoni, Pedro. *Inmigración y colonización en la Argentina*. Buenos Aires, Eudeba, 1971.

Marsal, Juan, y Mandilkovitch, Miko. *Retorno de inmigrantes españoles de la Argentina*. Buenos Aires, Instituto Di Tella, 1967.

Marsal, Juan. *Hacer la América. Autobiografía de un inmigrante español en la Argentina*. Buenos Aires, Editorial del Instituto, 1969.

Marshall, Adriana. "Inmigración, demanda de fuerza de trabajo y estructura ocupacional en el área metropolitana argentina" (en: *Desarrollo económico*. Buenos Aires, 1977; N° 65).

Martí Bufill, Carlos. *Nuevas soluciones al problema migratorio*. Madrid, Ediciones Culturales Hispánicas, 1955.

Nascimbene, Mario. "Evolución de la población española e italiana en la Argentina (1869 - 1970). Un enfoque comparado" (en: Instituto Panamericano de Geografía e Historia. *La Inmigración a América Latina. Trabajos presentados a las Primeras Jornadas Internacionales sobre la Migración en América*. México, 1985; serie Inmigración, v. II).

Natale, Oscar, y otros. *Aspectos jurídicos, económicos y sociales de la colonización con inmigrantes*. Buenos Aires, Consejo Federal de Inversiones, 1963.

Ochoa de Eguileor, Jorge, y Valdés, Eduardo. *¿Dónde durmieron nuestros abuelos? Los hoteles de inmigrantes en la ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires, Centro Internacional para la Conservación del Patrimonio, 2000.

Oddone, Juan. *La emigración europea al Río de la Plata; motivaciones y proceso de incorporación*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1966.

Pike, Frederick. "Hispanismo and the non-revolutionary spanish immigrant in Spanish America. 1900-1930" (en *Inter-American Economic Affairs*. Washington, 1971; n° 25).

Rodino, Hugo. *Estudios sobre la comunidad española en Argentina*. Buenos Aires, Ediciones Cantabria, 1997.

Rodino, Hugo. *Inmigrantes españoles en Argentina: adaptación e identidad*. Buenos Aires, Biblioteca Nacional y Página 12, 1999.

Ruiz Almansa, Javier. "Emigración española a la Argentina: series estadísticas 1882 - 1945" (en: *Revista internacional de Sociología*. Madrid, 1947; N° 5).

Ruiz Guiñazú, Magdalena. "Los mil rostros de la inmigración" (en: *Todo es Historia*. Buenos Aires, 1976; N° 115).

Sánchez Albornoz, Nicolás. *Espanoles hacia América. La emigración en masa. 1880-1930*. Madrid, Alianza Editorial, 1988.

Vázquez, Mateo. *La nueva emigración a Iberoamérica. Ensayo sobre la emigración selectiva*. Madrid, Instituto Español de Emigración, 1968.

LOS TESTIMONIOS

Serafín Fernández Gago

—Nací en Villa de Palos, Provincia de León, la región del Bierzo, el 29 de abril de 1933, o sea, tengo setenta años. Viví en España hasta el año '48. Mi padre primero emigró en el año '35, y mi madre vino en junio del '36 y yo quedé con mis abuelos. Y bueno, iba a venir al año siguiente, pero con motivo de la guerra civil, y después la guerra mundial, no había barcos ni aviones para venir. Y recién pude venir a encontrarme con mis padres después de quince años, catorce años; en el año '48, el 9 de noviembre de 1948.

—¿Cuál fue el motivo por el cual emigraron?

—El motivo era la gran crisis que existía en España. En el año '33, '34, '35 y antes también había una crisis muy grande, muy grande. Acá teníamos un tío, un hermano de él, entonces dijo que venga aquí, que aquí había trabajo. Entonces vino en ese momento y después vino mi madre. Y yo me quedé con mi abuelo mientras ellos conseguían acá algo. Y allí estuvimos viviendo con mis abuelos, o sea que los verdaderos padres fueron mis abuelos.

—¿Y cómo fue la infancia allá en León?

—La infancia fue muy bien porque mis abuelos me querían mucho. Me daban todo lo que podían. Por supuesto que en mi pueblo y en esa época del año '36 al '45, era muy difícil vivir en España. Había mucha miseria. Era muy bravo, muy bravo. Se pasaba hambre... Yo tuve la suerte de que, como era la zona rural, entonces teníamos la vaca y cosechábamos todo el grano, patatas, todo lo que hay en el campo. Entonces con eso se vivía.

—Iba a la escuela, allá.

—Fui a la escuela y ahí tuve a un gran maestro que fue el que me enseñó todo, que se llamaba don Ramón Vuelta Nieto. Incluso fue maestro de mi padre, también. O sea que era un maestro, no como acá que cada maestro tiene su grado, sino el maestro ese tenía todos los grados, de primer grado a sexto grado, vamos a decir.

I
57
de
Pal
Seg
Za
int
dac
Lec
for
tell

Era un hombre soltero; se dedicaba a enseñar, especialmente. Aparte de las horas de estudio, él, a la noche, enseñaba a la gente que quería aprender más. Para dar exámenes. La vida de él era, como diríamos, una persona excepcional. Por ejemplo, se levantaba y comía lo mínimo indispensable. Tenía sus rarezas, por supuesto, ¿no?, tenía sus rarezas. Una vuelta le regalaron un jamón y entonces le dijeron: “¿Y qué tal está el jamón?” “No lo he probado todavía”, dice. “Pero, mire que la cerda era muy buena”. “Ah, no, no lo quiero”. Él no quería saber nada con hembras. Era un hombre, cómo le puedo decir: un apóstol, un apóstol de la enseñanza, eso sí.

—¿Recuerda algún otro personaje además del maestro del pueblo?

—Bueno, hay muchos personajes, ésas son cosas que ocurren en el pueblo. Había mucha gente, por ejemplo un muchacho, compañero nuestro, que en esa época que había hambre entonces decía: “Si tuviéramos un poquito de fariña, aunque fuera un bolo de aradeira, lo comeríamos”. ¿Sabe qué es eso? Le voy a explicar lo que es: harina, envuelta con agua y hecha en el piso. Entonces se comía mucha papa, alubia, poroto, garbanzo, todo eso era lo que más se comía ¿no? Y después se comía verdura, también. Y cerdo. Vaca, carne de vaca, normalmente una vez por mes o cada dos meses, según cuando se moría una vaca. O cuando se mataba alguna vaca o la compraban, cuando alguna fiesta.

—¿En la casa de sus abuelos había otros niños?

—Sí, había otra prima mía, que también ocurrió lo mismo que yo. Que ella se quedó allá con mis abuelos y los padres vinieron para Argentina. Y ella recién se reencontró con ellos en el año '55, creo que fue. Que cuando vino mi abuelo, también aquí... Mi abuelo las únicas hijas que tenía estaban aquí, nosotros queríamos que se quedara. Pero no sé quién fue el que le metió que él si estaba más de cuatro meses no se podía volver a España. Se enfermó. Se enfermó de tristeza porque no se podía volver a España. Entonces cuando le sacamos el pasaje, se curó. Y se fue en el año '55, de nuevo. Porque ellos vinieron en septiembre, y se habrá ido en diciembre y recién murió en el año '71, a los 94 años, 95, sí.

—Cuéntenos cómo fue el viaje hacia acá, hacia la Ar-

gentina, el reencuentro con los padres. ¿Por dónde embarcó?

—Como yo era menor, no podía venir solo en el barco, en el avión. Entonces, consiguió mi tío de aquí un camarero o jefe de mozos, no sé quién era del barco y embarqué en el “Juan de Garay”, en Barcelona, el 16 de octubre, y el 9 de noviembre, llegué. Y acá me estaban esperando mis padres. Se imagina que... para mí, mis padres eran desconocidos, porque yo no los conocía. Por más que mandaban fotos, me mandaban cosas, pero no era como ahora que se habla por teléfono. En aquel entonces las cartas tardaban... Bueno, mis padres me recibieron, tenían su casa aquí en La Plata. Ellos me querían mucho, pero claro, el problema era el afecto. El afecto, como yo les digo a mis hijos, siempre, el afecto de vivir con una persona. No es lo mismo... Yo, por ejemplo, me acuerdo más de mis abuelos que de mis padres. Mi padre falleció en el año '58, estuve diez años con él, nada más. Mi madre vive, tiene 92 años, vive conmigo, casualmente tengo un departamento adelante. Y entonces cuando llegué aquí me encontré con esa situación.

—Usted tuvo que ir a la escuela acá. Tuvo que terminar los estudios acá. ¿Cómo fue eso?

—El primer año estudié en la Escuela N° 2, de 9 y 48. Me presenté, digo, para anotarme en la escuela, porque decían que era muy buena escuela. Me dijeron: “Te vamos a tomar examen de tercer grado”. Me tomaron de tercer... no, pasó a cuarto. Bueno hice cuarto, tenía quince años. Entonces ya era grande y dije: “No. No voy a estudiar más, voy a trabajar”. Entonces mis padres me dijeron: “No, mirá, estudiá, te conviene terminar sexto grado, hay que terminarlo”. “Bueno, está bien, lo voy a terminar. Pero quiero trabajar”. Entonces dicen: “¿Querés trabajar? Bueno, muy bien, te vamos a hacer trabajar”. Me mandaron con un primo que era albañil, y me tenía zumbando: de un lado para otro, era terrible. Entonces me presenté en un taller que había en la calle 51 entre 11 y 12, un taller muy grande que reparaban los elásticos de los camiones. Ahí era muy lindo porque ganaba bien, mucho más que al ser albañil. Pero claro, tenía un defecto muy grande, que todos los días me tenía que limpiar con querosén, porque se ensuciaba. Hasta que por ahí conseguí en la calle 12 entre 59 y 60, había una herrería de obras, “Gandini

y Piatti" se llamaba. Entonces, ahí me enteré de que necesitaban dos personas: una para la oficina y otra para el taller. Entonces digo: "Bueno, voy a aprender el oficio de herrero". Cuando me tomaron examen, a mí me dejaron en la oficina. Cuando terminé el primario, siempre trabajando, dije: "Voy a anotarme en la Escuela de Comercio". Entonces rendí examen y fui de noche a estudiar. Terminé el secundario. Justo cuando terminé el secundario en el año '58 mi padre fallece, entonces yo, como quería ser contador, empecé la Facultad, trabajando siempre. Hasta que me recibí de contador, cerró el taller ese y fui a trabajar al Tranvía y trabajé hasta el año '66 y de ahí me fui al Ministerio de Economía, porque nos echaron a todos. Me jubilé, y sigo trabajando como contador.

—Vamos a volver un poquito a la llegada a la Argentina, a la familia acá, instalada en la Argentina. ¿Cómo era la vida de los inmigrantes castellanos en la Argentina? ¿Estaban relacionados con otros inmigrantes?

—Sí, estábamos relacionados relativamente. No había mucha relación como ahora. En ese entonces lo único que había, creo yo, que era el Club Español, el Centro Gallego, no sé si había, el Centro Asturiano no sé si estaría y nada más, después no había ningún otro centro. Lo que pasa es que estaba más conectado con la parte argentina, digamos. Porque al estar estudiando, y todos mis amigos argentinos, entonces tenía muy poca vinculación. Salvo con el Club Español o el Centro Gallego. Y el Asturiano, también.

—¿Y usted cómo se siente ahora? ¿Español o argentino, o las dos cosas?

—Yo me siento más argentino que español. Yo de España nunca renegué y siempre la quiero y siempre recuerdo, por supuesto. Porque usted, un inmigrante, por más miseria que hubo, usted siempre se va a acordar de la sopa de berzas que comía allá; o del hambre que pasé. Por ejemplo, el día de Pascua, ir al campo a comer un huevo frito, era un orgullo. O sea, en España, yo viví muy bien. No me puedo quejar, me atendió mi abuelo maravillosamente. Era una persona muy especial, igual que mi abuela Encina. En cambio acá en la Argentina, se me dieron muchas cosas. Entonces no tenía tanta relación con los españoles. Entonces en el año '58 yo saqué la

nacionalidad argentina, porque, es lógico, si yo quería ejercer acá la profesión... Después salió una ley que podíamos tener la doble nacionalidad. Entonces cuando tomé la nacionalidad, opté por la doble nacionalidad.

—Usted viajaba, por lo que cuenta ha viajado muchas veces...

—Sí, he viajado varias veces. La primera vez... Eso fue en el año '70. Yo salí de acá el 24 o el 23 de diciembre y me vine el 29 de enero del '71. Entonces la primera vez que fui con un encargo de todos los alumnos, que habían sido de Don Ramón Vuelta Nieto; y llevé una placa recordatoria de todos los alumnos que están en Argentina y la colocamos como homenaje a ese hombre, sí, sí.

—Da la impresión, por lo que usted cuenta, de que la escuela era un ámbito importante para ustedes.

—Lo que pasaba era que el maestro, era un maestro que hacía 40 años, 50 años que estaba enseñando y tenía la virtud de que enseñaba lo que realmente se necesita. Porque hay cosas como él decía: "Mirá, pintura, se mueren de hambre; escultura, se mueren de hambre; entonces acá lo que tienen que saber es: literatura, matemáticas, geografía e historia. Cuatro materias bien sabidas. El resto el que quiere estudiar estudia". Y anatomía, por supuesto, estudiábamos algo de anatomía, pero muy poquito eso. E incluso aquellas personas que tenían que dar examen para entrar en un puesto, por ejemplo el ferrocarril o en algún otro lugar, los preparaba él mismo, gratuitamente. Nunca, jamás cobró un peso más.

—Hoy, a la distancia, ¿cómo ve esa decisión de venir acá? ¿Piensa que hizo bien en haber venido?

—Yo lo que estoy en contra de que un padre deje a sus hijos. El padre, los padres tienen que llevar a sus hijos donde vayan. Sea bien o mal, pero tienen que llevarlos. Porque dejar un hijo solo es bravo, porque no es ni una cosa ni otra ¿entiende? Yo siempre digo, yo siempre digo a mi madre: "Nunca jamás hay que hacer eso". Usted puede ir adonde quiera, pero nunca dejar los hijos solos.

Anacelia Álvarez Sánchez

—Yo nací en Los Altos, provincia de Salamanca, y me crié en Béjar. En el '38. El día que yo nací, mi papá estaba trabajando en las tierras del pueblo, como se cosechaba allá. De uno de los camiones vino uno de los vecinos y le avisaron a mi mamá que a mi papá se lo habían llevado a la guerra. Mi mamá estaba por parir y yo nací a la tarde. Estuve tres meses sin ver a mi papá. Bueno, después mi mamá tuvo dos hijos más. Entonces a mi mamá se le ocurrió decir: "Yo me voy a la Argentina porque yo tengo dos hijos varones y no se los quiero dar de soldados a Franco". Mi mamá sufrió mucho en la guerra, se imagina, ¿no? Porque era republicana, y de ahí que siempre tuvo la idea de venirse a la Argentina. Un tío que vino de polizonte en un barco era el único que nos podía reclamar. Entonces a mi papá también se le ocurrió venirse a la Argentina. Cuando yo tenía 13 años, estuvimos como cinco años haciendo los documentos para podernos venir. Mi tío tenía campo, en Pedro Luro. Nos fuimos a vivir a Pedro Luro, pero mis hermanos, uno tenía 18 años y otro 14, acostumbrados a vivir en la ciudad, entonces, no quisieron quedarse en el campo.

—¿Su padre volvió de la guerra?

—Sí, de la guerra vino mi papá. Mi papá trabajaba, estábamos bien, trabajaba en Béjar en la fabrica de textiles, de la ropa, que eran los mejores trajes que se hacían en España. En los Corte Inglés, todos se hacían en Béjar. Mi papá no estaba metido en política.

—Cuénteme un poco la historia de ese tío que se vino de polizonte.

—Escapados, como se venían en ese entonces, o vas a la guerra o te venís escapado. Vinieron así, de polizontes, escondidos en un barco y se fueron con dos amigos a trabajar. Se fueron a trabajar a Pedro Luro, y con el tiempo compraron un campo allá, en Pedro Luro. Estaba muy bien.

—¿Y usted recuerda qué imaginaba cuando tenía diez años?

—Yo estaba contenta porque en esos años muchos chicos de la edad mía se iban para otros lados o para Francia, yo estaba

contenta. Yo les contaba a mis amigos (a mamá nunca se lo dije): "Qué bueno que vamos a la Argentina, porque hablamos el mismo idioma". Yo me acuerdo que unos se iban a Francia, a otros lados.

—¿Cómo fueron los preparativos para el viaje?

—Fue muy triste. Cuando mi mamá vendía algo, que empezó a vender las cosas, se llevaban una mesa y lloraba, se llevaban otra cosa y lloraba. Cuando se despidió de mis abuelos, yo me acuerdo, que le decían: "Te entierro en vida". Estuvieron como 5 años haciendo los trámites.

—¿La despedida con sus abuelos?

—Fue tremenda. Decían: "Bueno, hija, te entierro en vida".

Mis abuelos vivían en otro pueblo. Nosotros vivíamos en Béjar. Entonces fuimos a la casa de mis abuelos a despedirnos. Mi papá trabajaba en la fabrica textil y el dueño de la fabrica nos dio una casa, para vivir, en un monoblock y mi papá ya había entregado las llaves de la casa y nos fuimos al pueblo. Estuvimos quince días en Vigo, para reconocimiento médico, antes de venir.

—¿El barco era argentino?

—Se llamaba Santa Fe. Los hombres venían mejor que nosotras, porque tenían piecitas de 4 ó 5 hombres... Nosotros vinimos como en una bodega, en cuchetas, yo con mi mamá y una hermana seis años más chica que yo. Yo vine prácticamente siempre descompuesta, todo el viaje, casi no comía...

—¿Usted recuerda la llegada?

—Llegamos bien. Pero justamente ese día murió Evita. Así que mi tío que nos vino a buscar a Buenos Aires, tuvo problemas, porque no nos daban el equipaje para podernos ir y mi tío parece que no tendría plata para pagar el hotel... También con problemas de ésos... Así que de ahí nos fuimos al campo a Pedro Luro. En esos años había una sequía muy grande, por allá, vacas muertas, vacas muertas. Entonces mi mamá decía: "Coño -decía- ¿esto es lo lindo que tiene la Argentina? ¿Todas vacas muertas, vacas muertas?". Y después mi mamá vivía, cuando estaba la guerra, en el pueblo. Mi abuela cosechaba trigo. Entonces al trigo lo mandaban a Béjar. Mi mamá lo cambiaba por un kilo de harina, por dos kilos de pan fresco. Eso lo mezclaba con el trigo negro y después se vendía... Cuan-

do vino a la Argentina, comió pan negro. Entonces otra vez: "Me vine a la Argentina a comer pan negro". Mi papá y mi mamá sufrieron mucho.

—¿Eso no se revirtió en un momento, vivieron una etapa mejor?

—No, no, toda la vida siempre lo tuvo mi mamá. Después allá estuvimos un mes. A mi tía le parecía que le robábamos las cosas... Parece que no estaban tan bien. Entonces mi papá le dijo una noche a mi mamá: "Yo me voy con mi primo segundo", que tenía en Punta Alta, unos paisanos, como decían. Le dijeron: "Bueno, vení, que te vamos a conseguir una casa". Nos vinimos todos a Punta Alta. Mi hermano que tenía 18 años y trabajaba en un taller de mecánico, entró en la Base Naval de Puerto Belgrano. Mi hermano menor también hacía cosas de pintura y cuando tuvo la edad, también entró hasta el día de hoy, que se jubilaron. Mi mamá me puso a trabajar de niñera con un capitán de barco, a cuidar una nena de 3 años. Y ya después mi mamá se enfermaba, porque le agarraba mucho dolor en el ciático, y a los 15 años, me dijo que no, que me necesitaba ella y me sacó de trabajar. Mi papá, acostumbrado a trabajar en la fábrica de Béjar, que estaba muy bien, mis hermanos de pintor y mecánico estaban muy bien y tuvo que trabajar de peón de albañil.

—¿Y no pensaron en volver a España?

—Y no, parecía que era una deshonra irse de vuelta... Ya mi mamá había vendido todo, porque había vendido hasta las pocas tierras de la herencia de mi abuelo, para pagarse los boletos. Incluso mi abuelo vendió un prado que le correspondía a él para pagar los boletos para venirnos a la Argentina.

—Con esa edad tan adolescente que vino, ¿qué conserva de española?

—El acento yo enseguida lo perdí, porque ahí en Punta Alta, todos los chicos, tenía 13 ó 14 años, me decían la galleguita y a mí no me gustaba que me lo dijeran porque yo era española, no era gallega. Entonces enseguida cambié. Quise cambiar para que nadie me conociera que era española.

—¿Siguieron manteniendo las tradiciones?

—No, porque con los paisanos, se iba, se reunía, se comían las comidas españolas en casa o siempre se hablaba de la familia española, pero después otra cosa no. Mi mamá siempre fue española. Ahora yo les voy a decir: mi mamá sufrió mucho, mi papá falleció cuando era joven, ella se quedó con el recuerdo, y decía que gracias a Dios todos los hijos estábamos bien.

—Cuenta algo de las comidas que usted prepara.

—El hornazo es como si fuera una empanada gallega, pero es otra clase de masa, que lleva chorizo, panceta, jamón crudo, huevo duro. Eso se hace en la primavera. Es la costumbre de que los abuelos amasen varios (10 ó 12) y a los ahijados se les regala un hornazo y después la costumbre es como acá, como el día de primavera que se va afuera. Uno lleva eso para comer afuera, a los prados. Hacía muchos años que no lo hacía. Mi hermano lo hacía, le pedí la receta pero la adapté. Allá tienen los pedazos más grandes. Acá los hago más chicos, para presentarlos mejor.

—¿Cómo fue su acercamiento al Centro?

—Después de todo eso que le conté me casé con un español, ni por imaginación. Eran los padres de al lado del pueblo mío. Casualidad total. Tuve tres hijos. Uno se olvida de esas cosas... Pero siempre con la idea de volver a España. Después trabajé mucho tiempo en los supermercados. Yo digo: "El día que deje de trabajar voy a ir a España". Tuve mi alegría de poder ir a los 42 años. Estuve 2 meses en España. Encontré todo lo que había dejado. Encontré a mis primos, que yo me acordaba, cuando íbamos a las fiestas del pueblo, a las romerías a San Bartolo, que se festeja mucho. Tengo un hermano de mi mamá vivo todavía. La casa de mi abuela. En el lugar habían edificado mis primos, arriba. El horno donde mi abuela amasaba el pan, estaba todavía, la casa donde vivía en Béjar.

—¿No tenía amigos?

—Yo no extrañé nada al llegar acá, me hice de amigos nuevos. A los 13 años... Tenía dos hermanos más grandes que me llevaban al baile (ojito conmigo). Me disfracé en una comparsa de los andaluces. Yo estaba vestida de española y salí en el diario bailando la jota. Empezamos una nueva vida.

—¿Qué trajo de lo personal?

—Si yo te digo lo que traje, que mi hermano siempre se lo recrimina a mi mamá... Trajo los colchones, mi mamá. Yo lo veo una cosa normal. Mi hermano no. Nunca le pareció tan mal, mi mamá se trajo los colchones. Ahora no se acostumbra pero en esos años se acostumbraría. Con mi hermano, juntábamos monedas y comprábamos todo el año figuritas de pesebre de navidad. En España lo armábamos hermoso, muy grande. Y cuando dijimos que íbamos a traer eso a la Argentina, nos dijeron que estábamos locos, porque acá era todo electrónico, que los reyes caminaban... Nosotros, qué vamos a traer eso...

—¿Y qué hicieron con las figuritas?

—Las dejamos, no trajimos ningún juguete, nada. Trajimos un baúl con la ropa de mi mamá, cuando se casó, las toallas, las sábanas, la ropa de nosotros, traía los colchones con las sábanas todo hecho, lo envolvió en una arpillera y lo cosió todo. Y cuando vine acá se terminó el juego, tuve que ir a trabajar de niñera. Sufrí muchísimo, porque salir de tu familia que nunca había salido, ir a otra casa, era toda la noche y todo el día.

—¿Y sufrió una desilusión cuando llegó acá y vio que los reyes no caminaban por la calle?

—Siempre nos acordamos con mi hermano. Y mi hermano tan es así, que es el día de hoy, que se ha comprado figuras muy lindas y él ha armado en una pieza con su pesebre. Este año fueron de la Base Naval de Puerto Belgrano a filmarlo. Yo en mi casa siempre armo el pesebre de navidad con muchas figuritas chiquitas. Vienen los nietos, yo lo armo con los ríos, con los espejos, le hago todo. Eran cosas que te quedan de chicos...

—¿Tenían una idea de lo que iban a encontrar acá y del futuro que iban a tener?

—Mi mamá, la expectativa de ella era no darle los hijos a Franco... Tuvo que pagar a Franco. Le tuvo que comprar los soldados a Franco. Tuvo que pagarle no sé qué cantidad de dinero para poderlos traer, que se le decía "comprar los soldados a Franco".

Ángel Fernando Pineda Gil

—Yo soy Ángel Fernando Pineda Gil, nacido en la provincia de Burgos, distrito o partido, Aranda del Duero, en un pueblito que se llama Zuzonez, Zuzonez, zeta por todos lados, zeta, zeta, o sea que figura el último pueblo de la guía de España, así que tenemos ese privilegio; digo pueblito porque evidentemente es un pueblito, yo diría pueblito tipo aldea, porque prácticamente no existe, ahí nació yo. Ahí nació yo un 8 de junio del año 1929, o sea, que pienso que debo ser el más veterano de todo ese grupo. Bueno, mi historia, voy a narrar un poco la historia que surge de la vida de mi padre. Mi padre, Goyo, nace en el 1892 en un pueblo que se llama Prado Luengo. Un típico pueblo de montaña, en la Sierra de la Demanda, cercano al país vasco, cercano a Vitoria, inclusive las costumbres de las casas, los caseríos, muy vasco todo por esa zona. En el año 1906, producto de ese aluvión inmigratorio de principio de siglo y que tan bien lo pinta Blasco Ibáñez en sus obras, cuando vinieron todos los que llamaban gallegos y todos los que llamaban gringos hacia América, fundamentalmente Argentina. En el año 1906 viene mi padre, con su hermano, se instala acá, en la ciudad de La Plata, vienen a la casa de amigos, parientes, como siempre un poco a la deriva, como todos los que llegaban en ese entonces, ¿no es cierto? Pero en ese ínterin conoce a mi madre, se ponen de novio, se casan, acá. Mi madre también a los catorce años viene, a los catorce años, una cosa insólita, los ponían encima de un barco y los mandaban. Mi padre por un lado, mi madre por otro, llegan acá a la ciudad de La Plata, acá se conocen por la comunidad española que había en ese entonces, se casan, acá nacen mis tres hermanos. Papá se hace de una posición, como buen inmigrante, que él siempre me decía "acá hace falta salud y ganas de trabajar", y con eso —como diríamos ahora— pasó al frente. Hizo su comercio, se instaló, con su hermano, trabajó bien. En el año 1929, regresa a España, dejando acá, ya prácticamente su patrimonio económico. Lo deja al hermano acá y papá siempre contaba que tuvo el privilegio de estar cinco años en España viviendo de las rentas que le mandaba el hermano, de sus negocios en Argentina. Figúrese lo que era Argentina en ese entonces y

lo que significaba tener un buen pasar. En ese año 1929 nazco yo. Papá con su auto, su familia, mi madre, paseando, va al pueblo materno y ahí nazco yo, en el año 1929. Y en el año 1932, regresamos todos hacia Buenos Aires y fundamentalmente hacia La Plata y ahí ya vengo yo con cuatro años. Papá fallece después a los 66 años. Tuve el privilegio y la suerte que me brindaron mis padres porque podían, fui a los grados primarios a los salesianos, Sagrado Corazón, secundario en el Colegio San José, de los padres bayoneses, vascos franceses; en el año '48, ingresé en la Facultad de Medicina de La Plata, en el año '54 me recibí de doctor en Medicina, seguí mi carrera profesional de médico cirujano. Amigos que tenía en ese entonces en el Hospital Italiano de La Plata y viejos profesores me llevaron al Hospital Italiano. Estuve cincuenta años trabajando en el Hospital. Simultáneamente con mi actividad profesional hice la carrera docente, en la Facultad de Medicina, llegué al cargo de profesor adjunto, estuve treinta y siete años al frente de una cátedra y ahora jubilado he tenido la satisfacción de que me nombraran profesor consulto de la Facultad, de la Universidad Nacional de La Plata.

— ¿Recuerda algo de cuando vino para Argentina?

— Vinimos en la compañía Ybarra, los barcos, Ybarra era Sevilla - Río de la Plata, barco español, Santo Tomé, en el año 1929. Mi padre vino acá en 1906, se lo digo perfectamente, en un barco italiano, el Hungría. Catorce años, en el 1906, en un barco, no digo de tercera, debe haber venido de cuarta. En el 1906 lo que serían los barcos... Y haciendo escala en cuanto puerto había, desde Cádiz, creo que salieron...

— ¿Cuánto tardaron?

— Como un mes y pico tardaban, porque hacían escala en todos lados. 1906. Después en el 1929, viajan en una compañía alemana, el Monte Olivia, ahí viaja papá con su familia. En esos cinco años nazco yo y vuelvo con cuatro años de edad. El pueblo es una cosa, una cosa digna de contarse. Acá nosotros los argentinos cuando decimos un pueblito nos referimos a Bavio, a Arana, el pueblo materno no sé si tendría diez casas... si las tenía. A diferencia de lo que mostró esta chica, todos nosotros en la parte de Zuzonez, el

lugar materno nuestro, frente al Duero, somos labriegos. La familia de mi madre y sus hermanos, todos labradores, de hoz y de bueyes y de mulos y de machos. Cada uno tenía su era, como decían, ¿no? Y todos trabajando al unísono y al ritmo que imponía el padre, mi abuelo. Entonces toda Europa vivía las vicisitudes de preguerra, posguerra, anteguerra. En el caso de mis familiares, mis tíos, en España estaba la conscripción y los enviaban a Marruecos, ¿no es cierto? En el año 1929, nazco yo con Alfonso XIII y Primo de Rivera. Al poco tiempo ya se vislumbraba la caída del reinado de Alfonso XIII, se vislumbraba que venía algo gordo, año 1932, quema de conventos, matanza de monjas, curas que ahorcaban, las izquierdas se iban infiltrando, tomando directamente el poder, no del tipo socialista, marxista total. Bueno, pero como papá tenía todo su patrimonio acá, no titubeé un minuto y dijo vayámonos todos para defender lo nuestro que está allá...

— Él estaba determinado a quedarse acá...

— Él tenía su patrimonio acá, su patrimonio estaba en la Argentina, en la ciudad de La Plata.

— ¿Se nacionalizó en algún momento argentino?

— No, en ese entonces era una cosa bravísima, el que era español era español, el que era italiano era italiano y el que nacía acá era argentino y se acabó. Inclusive se consideraba como renegado de su nacionalidad, ¿no es cierto? Era una cosa hasta ofensiva, si se quiere. Él, español acá, a muerte, pero con Argentina que no le hablasen, cuando estaba allá en España, que le decían que cómo que vas a educar a los hijos en Argentina, allá entre los indios... Y era la pelea de mis viejos, que habían estado viviendo allá, defendiendo lo nuestro, argentino ante los españoles que no querían, porque era medio tabú. No consideraban que se viniesen de tan lejos a hacer la América acá. Entonces lo que decía mi padre y que lo recuerdo perfectamente bien y lo repito: ganas de trabajar y salud y con eso no nos paraba nadie y así fue. Bueno, muy bien, después por circunstancias equis de actividad profesional, familiar, yo he vuelto a España, he vuelto a visitar todo lo mío. He estado allá y he tenido oportunidad de ver todo con otros ojos. Yo me hice ciudadano argentino, me nacionalicé argentino, yo hice la carrera todo como es-

pañol, pero en cuanto me recibí hice la carta de ciudadanía argentina para obtener un trabajo hospitalario.

—¿Y cuándo volvió allá usted, para alguna situación?

—Volvimos en tren de paseo, digamos, al Congreso de Gastroenterología, al Congreso de Proctología, que es la especialidad que yo hago y aprovechando entonces para manejar me a ver los lugares familiares. Volví a los cincuenta años de edad, prácticamente. Al pueblo natal de mi madre, cuando yo no les había avisado la primera vez a los primos. Golpeo la puerta, la cortinita de junco. ¿Quién es? Lito. Y me dice mi tío adentro: "Lito, de América". Fue terrible, lloraba mi tía, yo, una cosa... Después ya en tren de paseo. Tengo parientes en Madrid, primos hermanos, los únicos primos hermanos que tengo. En Madrid, en Valladolid, en Burgos y la tía que sigue estando en Zuzonez. Cuando viajo a España vaya adonde vaya es obligación de ir ahí. Porque si los parientes saben que yo estoy en Barcelona y no los voy a ver, me matan.

—Y acá en La Plata, ¿se veían con gente de la comunidad española?

—Continuamente.

—¿Había algún centro al que acudía su papá acá?

—Estaba el Instituto Cultural Hispano Argentino, donde estaba el viejo José María Prado, este hombre que murió hace poco a los ciento y pico de años. Donde estaban los Martínez Cámara... La vez que íbamos a Buenos Aires e íbamos a comer al Club Español, al Centro Asturiano, al Llar Gallego, permanentemente era en casa... Nosotros éramos chicos, los chicos y yo antes de conocer, después, el pueblo, lo conocía de memoria, lo conocía de memoria por los diálogos y las charlas con mi madre, mi padre, el tío Pirulo, el tío Fulano, o sea, que cuando lo vi al pueblo, me parecía una película que ya había visto. Mamá como papá, después de tantos años de estar acá en la Argentina, en La Plata, hablaban el castellano, los de Burgos hablamos bien el castellano, hablaban como si hubiesen bajado del barco hace dos días, las zetas, las zetas, las ce, tenían ochenta años y hablaban el castizo, y eso que papá era comerciante, él charlaba a través del mostrador con el público.

—Para su padre, su primer destino fue La Plata...

—Sí, en un principio vino a San Nicolás papá, casualmente porque la industria textil, fuerte, del pueblo, era este hombre que vino, que creó La Emilia, un emporio textil impresionante. Estuvo trabajando ahí un tiempo, habrá estado un año, pero ya se vino después para acá, para La Plata con el hermano, el tío Simón, y se emplearon de cadetes en una tienda en la esquina de 48 y 8. Después de mucho tiempo de trabajar y ahorrar y estar haciendo esfuerzo le dicen al patrón que le quieren comprar el negocio, cosa que el patrón casi más se muere, cómo estos dos galleguitos que vinieron hace cuatro años me van a comprar el negocio a mí...

—¿Alguna canción que usted recuerde de su madre o alguna poesía, algo que su padre le dijera...?

—No me acuerdo ahora en este momento, pero escuchando por ahí cosas o leyendo algo... Por ejemplo, de algunas cosas muy importantes son los refranes españoles. Mi hermano mayor, Saturnino, que tiene ahora 82, hizo primaria y secundaria en Madrid. Mi hermana Edita, también, hizo colegio de monjas en Madrid, o sea, que ellos siendo argentinos fueron allá y estudiaron allá, pero cuestiones comunes, muy domésticas, de dichos... Por ejemplo, cuando decía mi madre, refiriéndose a la amistad: "Amigo, amigo, pero tu burro a mi centeno", ¿no? (*risas*). ¿No es cierto? Somos amigos, sí, pero tu burro a su lugar.

—Hay alguna anécdota, alguna cosa así que quiera contar...

—Bueno, que cuando vuelvo al pueblo materno, a Zuzonez, mi tío entonces a mi mujer y a mí nos pasea por el pueblo para mostrarnos. Entonces una viejita, pero una viejita, con la toquita de negro, el bastoncito, ahí; mi tío le dice a la viejita: "Doña Juliana, o doña Julia, ¿sabe quién es éste?". Claro, la pobre viejita qué iba a saber quién era yo. "Éste es mi sobrino —dice—, el de América". Entonces la viejita dice: "Ah, ¿tú eres el hijo de la Juana?". Nos tenía registrados, claro. El hecho de que mi madre a los catorce años haya salido de ese pueblo es una figura inmemorial, porque salir de ahí y aparecer en Argentina, hacer una posición, una familia, volver a España cinco años con toda una familia hecha, el marido con auto, todo, habrán pensado que era la hija de Onassis (*risas*). Y después

me lleva a la ermita donde me bautizaron. La ermita de San Roque en el pueblo. Tuvimos que ir a pedir la llave a la capillera del pueblo, una llave descomunal, para entrar en la ermita y, entonces, aparece otro, otro personaje, tío Nosecuantos, son todos tíos, tío Fulano, tío Mengano, ¿no es cierto? Entonces dice: "Mire, éste es el tío Nosecuantos, éste es el que nació acá, en Suzones", entonces éste me responde, dice, porque tocaba el violín este hombre y en mi bautismo parece que este hombre tocó unos acordes, dice: "Has vuelto porque te ha gustado la música". Después de cincuenta años. ¿Te das cuenta?

Antonio Fernández Gago

—El día que llegué era un sábado, pero el domingo jugaba Gimnasia. Mi hermano era de Gimnasia y me llevó con unos cuántos vecinos de él, quisieron venir todos alrededor mío. En eso viene el partido de Gimnasia, jugaba Dodenard, un montón, resulta que empiezan a putear a los jugadores y yo en lugar de mirar el partido, miraba a la gente, por eso estaban todos alrededor mío, se estaban riendo de mí. Lo primero que digo es "¿jeste es el estadio de Gimnasia?". Ni siquiera era un potrero. Allá, donde entran 60 o 70 mil personas sentadas todos cómodamente en butacas; acá, parados en unos tablones, se reían de mí, de la forma de hablar.

—¿Qué edad tiene?

—75 años cumplidos, tres meses y diecinueve días. ¿Dónde nació? En Zamora. Yo, el pueblo mío, Rabanales, lo conocí a los 62 años, porque cuando yo tenía 2 años, mi padre tenía una industria metalúrgica en Vizcaya (Bilbao), capital de Vizcaya, y nos fuimos para allí, pero la casa de campo quedó. Pero yo estudié en Bilbao, me recibí en Bilbao, en la misma Universidad donde 10 años después estudió el rey que tiene España ahora, Juan Carlos I. No sé qué carrera habrá estudiado él, yo estudié ingeniería. Llegué ahí y desde los 16 años, he tenido siempre idea de venir a la Argentina, no porque pasara hambre, porque por mi padre no pasé hambre, gracias a Dios. Sé que mucha gente pasó hambre. Conocí el pan negro, el racionamiento y yo por suerte tenía una novia y todo lo que me daban a mí se lo daba a mi novia. Yo no lo necesitaba. La madre de ella empezó a trabajar en la empresa de mi padre. Después mi hermano, como es cubano, tenía que irse de España o irse a la guerra. Entonces dijo: "Si España entra en guerra, que la defiendan los españoles".

—¿Por qué era cubano?

—Mis padres fueron a Cuba. Él nació en Cuba. La hermana que le sigue a él es un año y 8 meses más chica, nació en España. Mis padres viajaban. En tiempo de vacaciones iban de un lado a otro... Estuvo 4 años después.

—¿Y a partir de los 16 años empezó a nacer en usted la idea de venir a la Argentina?

—Yo tenía tres tíos, hermanos de mi madre, y quería conocerla, pero después, como mi hermano se vino para acá, más me tiraba la idea. No pude venir hasta los 26 años. Por esto de los estudios. Tenía que atender la empresa, porque padre tenía la empresa. Estuve 3 años en el servicio militar. Lo hice con grado de oficial. En aquel entonces si tienes media carrera hecha o más lo haces de oficial.

—¿En que año dejó España, para venir acá a la Argentina?

—Yo desembarqué en la Argentina el 13 de marzo de 1954. No sabía lo que me deparaba el destino. Después me aquerencí acá. Ya eché raíces. Tengo un hijo médico. Ya a España voy a pasear.

—¿Llegó con algún capital en su bolsillo? ¿Llegó con la idea de trabajar?

—Algo traía, pensaba poner una industria con mi hermano, entré en sociedad con otra empresa, unos cuantos ingenieros, entre ellos cuatro judíos y dos españoles.

—¿Cómo veía usted en esos años a España?

—En ese año, ya estaba bien España. Los peores años que se pasaron fue desde mediados del '40 hasta mediados del '41, se había agotado lo que había en los depósitos. Ahí la gente pasó hambre. Incluso con dinero, no se conseguía comida.

—¿Y cómo vio usted a esa Argentina?

—Mal, estaba todo mal, estaba todo tirado. Me refiero a que simplemente dejabas la tierra y la tierra produce sola, hasta sin sembrar. El día que llegué a España me dijeron: "¿Cómo es la Argentina? ¿Cómo se vive?" La Argentina es un país maravilloso. Allá se vive tan mal, pero tan mal, que hasta el que no trabaja vive bien. Lo cual lo puede decir mi esposa que es argentina. Me dice cómo quieres a la Argentina, cómo la defiendes. Es mi segunda patria. La defiendiendo más que los argentinos.

—Cuando comenzó a hablar contó su experiencia con el fútbol. ¿Cómo se fue metiendo en esa cultura diferente, local?

—Le tomé simpatía a Estudiantes porque lleva los colores de Atlético de Bilbao, donde yo jugué, no de profesional, no era

jugador. En el momento de la llegada, le digo a mi hermano ¿Esto es la capital de la provincia? Cómo serán los pueblos. Porque esto es un pueblo. Acostumbrado en Bilbao, donde había rascacielos, la casa donde yo vivía desde niño era de 24 pisos y vengo acá, casitas bajas, calles de tierra, mosquitos que no los conocía, unas ronchas así... Y bueno, me fui acostumbrando...

—¿Antes de eso no tenía información de la Argentina? ¿Qué imaginaba?

—Cuando vine acá, por cartas que tenía con mi hermano y a veces llamaba por teléfono, pensaba que esto era una tierra de promisión, que podría haber un progreso. Yo pensé: si me va mal acá, me vuelvo para allá. Allá tenía la empresa. Pero vine acá y me fui aquerenciando. Bueno, en ese ínterin la empresa Techint y Texas me contrató para dirigir, para hacer las máquinas de la toma de agua de Punta Lara, la que se extrae del río. Parece que lo hice bien porque todavía no se ha muerto ninguno por el agua. Ahí empecé y ahí gané unos pesitos y me empezó a gustar. Después hice una cámara de compensación de los frigoríficos de los ingleses para Frigorífico Anglo en Avellaneda. Después de eso, me hicieron una contrata para hacer una parte de los cuatro catalíticos que tiene YPF. De ahí hice las sucursales de Laprida, Médanos y Chelforos, de Gas del Estado. Lo último que hice fue la usina que tiene el Hipódromo.

—¿Se encontró en un principio con prejuicios, con una mirada de desdén?

—Lo primero que decían era: estos gallegos muertos de hambre, hijos de puta, vienen a matarse el hambre aquí y a sacarnos el trabajo. Yo les contestaba: yo no vine a sacarle el trabajo a nadie, porque quería venir nada más. Se me ha contratado por mis condiciones personales. Y esa gente que al principio me insultaba, después me llegó a felicitar. Incluso, algunos hijos de ellos fueron alumnos míos. Hoy me quieren mucho...

—Usted hablaba de que no había sido el móvil económico el determinante para que usted dejase su tierra. ¿Dejó afectos? ¿Dejó a su familia?

—Dejé a mi padre, mi madre, que había fallecido. El mayor motivo que me hizo venir fue mi padre. Por diez minutos no lo

57
de
Pa
Se
Za
int
da
Le
foi
tel

encontré con vida. El falleció el 28 de agosto. Yo tenía que embarcar el 6 de enero, pero por los temporales, embarqué el 23 de enero. Mi padre hizo lo imposible para que no viniera. Se quedaron tres hermanas y un hermano. Ahora actualmente vive una sola. Yo fui varias veces a España, a pasear.

—¿Nunca tuvo la idea de volver a radicarse allá?

—No. Ya no. Primero, que tengo raíces acá y ya es muy difícil. A pasear, sí. Me quedo 4, 5, ó 6 meses. No tengo problemas.

—¿No ha sufrido ese desarraigo?

—Sí, se sufre. El terruño siempre le tira a uno. Imagínese que si a los 62 años fui al pueblo donde nací... Llego a estacionar el coche. Era la calle principal del pueblo. Me dice: "Señor, retire el coche que van a pasar vacas". Era la calle principal del pueblo, la única pavimentada. Y yo cuando llegué dije: me parece que ésta es la casa donde nací. No, cómo la vas a conocer, me decían. Le describí la casa y lo que tenía adentro y lo que había y tenía mi padre. Lo tenía grabado. El Ayuntamiento del pueblo, o sea la municipalidad, frente a la casa de mi abuela había una plaza y había una escuelita y mi abuela era la directora de la escuela. Todo eso me acordaba.

—Aquí en la Argentina, ¿en qué momento empezó a nuclearse con otros españoles?

—Ahí no la podría precisar. He tardado un tiempo. He trabajado mucho. Luego cuando me organicé un poco, empecé a reunirme con gente española y gente argentina, de todos los clubes. El primer centro con el que me contacté fue el Centro Vasco. Fui socio de ahí, no fueron muchos años. Es gente muy separatista, y eso que yo me crié en Bilbao, pero había mucha diferencia, porque yo soy Fernández. Al no tener un apellido vasco te rechazan, como quien dice. Después de eso empecé a visitar el Club Español y después fui fundador del Centro Castellanoleonés.

—¿Usted ha sido fundador del Centro? ¿Esa idea cómo nació?

—Hace 3 años. En agosto ahora, hace 3 años. Nos juntamos unos cuantos. Hicimos la sociedad. Pusimos un anuncio en el diario, para crear el Centro Castellanoleonés, con las nueve provincias. Pusimos cuatro teléfonos, para que se informaran. Lo forma-

mos en el Centro Gallego, el 28 de agosto de 2000. Vino bastante gente. Fundadores somos cincuenta socios.

—¿Me podría definir en pocas palabras la identidad de los castellanoleonés, qué es lo que los distingue como españoles?

—Es una diversidad de cada persona. Es gente noble, gente trabajadora, la mayoría gente de campo, la mayoría de la parte de Castilla, León, Zamora, Salamanca, todo eso es más que nada agrícola, hay poca industria. En Zamora tenemos los Saltos del Duero, la producción de corriente que ese entonces era la más antigua de Europa. Abastecía de corriente a Francia, Alemania y España. Y tengo el orgullo de que las compuertas las hice yo. Cada vez que voy ahí, tengo buenas perspectivas, recuerdos, lo tengo filmado, fotografiado. Por ejemplo, en Salamanca tenemos, en este momento, la Universidad más antigua de Europa. Antiguamente había sido Palencia, pero después se tiró, se hizo otra nueva. Ahora no existe. En este momento está reconocida por la UNESCO como patrimonio cultural de la Humanidad.

—¿Qué diferencia encontró entre la España que dejó y la España que encontró al volver?

—Mucha, mucha. Mi esposa me decía "no la vas a conocer". Conocí lo viejo, pero lo nuevo que habían hecho... Encontré muchas diferencias, mucho más adelantado. Hay unas autopistas, que solamente hay en Los Ángeles y New York, nada más. La gran diferencia. La gente, como siempre. Lo que pasa que amigos de mi edad ya no existían. No encontraba amigos. Busqué la barra que éramos, siete amigos, no encontré a nadie. El que no se había muerto, se había mandado a mudar. Encontré vecinos, los amigos no. La palabra amigos es sagrada.

Bienvenida Ochoa

—Yo me llamo Bienvenida Ochoa, nací en Eterna, provincia de Burgos, partido de Belorado. Un 22 de marzo de 1927.

—¿Y cómo fue la idea de venirse a la Argentina? ¿Qué edad tenía?

—Bueno, yo tenía aquí dos hermanas. Ya han fallecido. Y ellas me reclamaron. Cuando ellas estuvieron allá dos veces, me prometieron que me iban a reclamar. Entonces cuando me casé, ellas me reclamaron, mi hijo ya tenía un año, cuando me reclamaron. Y bueno, allí nos vinimos.

—¿Y allá, qué familia quedó?

—Y, allí quedaban... mis suegros, el padre y la madre y una cuñada. Una hermana de mi marido. Mi mamá, mi papá ya habían fallecido. Sí, cuando yo me casé ya habían fallecido.

—Sus hermanas, ¿habían venido para acá con quién?

—A mis hermanas no las conocía yo. Habían venido antes de nacer yo. Sí, yo me llevaba con la más chica nueve años.

—¿Cómo se tomó la decisión de venirse para la Argentina?

—Mira, yo, como no conocía nada... Era un pueblo, ni había radio, ni había nada. El Himno no lo había sentido nunca. De qué modo lo iba a sentir. No, no lo había sentido nunca, yo.

—¿En la escuela, tampoco?

—Pues mira, sabes que no me acuerdo. Fui mucho a la escuela, porque era la última. Tanto es así, que las hermanas que estaban aquí prácticamente sabían leer un poquito y escribir pero nada más. Yo como fui la última, tanto trabajo no me tocó. Después allá tenía una hermana y un hermano. Antes de casarme yo, mi hermana ya se había ido a Burgos a vivir y la otra hermana se había ido a Venezuela, algo así. Así que cuando yo me casé estaba prácticamente sola. Fui al pueblo de mi marido que era San Pedro del Monte, pero también pertenece a Burgos. Allí estuvimos con mi suegro, mi suegra y mi cuñada. Que nosotros tardamos en venir a Argentina medio año más para que quedara mi cuñada casada.

—¿Y cómo fue el viaje?

—Mira, si te digo... Vinimos en el Juan de Garay que al año siguiente ya le sacaron. El 7 de marzo lo tomamos en Vigo, del año '52. Y llegamos acá a Argentina el 28 de marzo. Nosotros vinimos en primera, porque como vinimos con el nene y yo había vendido la herencia de mi madre, había vendido vacas, ovejas y todo eso, teníamos un poco de plata. Y además por mi hijo, por el nene que tenía un año y medio, así que estábamos en primera.

—Y cuando llegó acá, ¿la estaban esperando sus hermanas?

—Sí, sí, en Comodoro Rivadavia. Yo fui a Comodoro. Sí, las dos hermanas las tenía en Comodoro. Una después vino acá. Mi cuñado y mi hermana, que vivían en Comodoro, fueron a buscarnos y ahí estuvimos un día en el barco o dos, porque había tanta marea. Además había que bajar en un cajón. Ahora no lo sé cómo se bajaría. En un cajón, había que bajar. Claro, porque no había puerto. Del barco te pones en un cajón, no sé si seis u ocho. Después va a por otros. Y así sucesivamente. Yo no sé como... Lloré, lloré tanto y tanto. Porque yo no había salido nunca de casa, jamás, jamás, jamás.

—¿Cómo la impresionó cuando conoció...? Bueno, Comodoro era muy pequeño también...

—No, Comodoro es grande. Pero es tremendo. Una ciudad, claro. Ahora en Buenos Aires... Fue una comedia, porque yo no comía nada, ninguna cosa me gustaba (*risas*). Huevos fritos, siempre, huevos fritos, que es lo que conocía, claro. Una vez pedí patas de cerdo, que es lo que también conocía, porque allí se hacía, en mi pueblo se vivía de eso. Entonces pedí patitas de cerdo, y cuando me las llevó (*risas*) le dije: "No, no, lléveselas porque ya se las han dado a otro".

—¿Y después cómo fue? Se instalaron allá en Comodoro...

—Sí, nos instalamos, estuvimos en lo de mi hermana. Un año y medio. En Comodoro estuvimos once años. En lo de mi hermana estuvimos año y medio. Mi hermana tenía una hija que tendría por entonces... seis años, por ahí, más o menos, ¿no? Ellos estaban muy bien, con todos los caprichos del mundo. Y le hacía la vida imposible a mi hijo. Mi sobrina, así y todo, yo le digo no sé de dónde

57
de
Pa
Se
Z
int
da
Le
foi
tel

ha salido, por Dios. Porque es tremenda, tremenda. Para comer siempre había que lavarse las manos y pasarse alcohol. ¿Qué hacía ella? Le pasaba por la cara. ¡Claro, el pobre hijo! Menos mal que teníamos una vecina, yo la llamo abuela, ya murió, que tengo allá, los hijos, muy conocidos; que ahí se pasaba el día, el chico. Mi sobrina era un demonio. Y, bueno, mi marido consiguió en Leusen y Guía, que era una casa parecida a La Anónima.

—¿Cómo es? Leusen...

—Leusen y Guía, que era al por mayor, de ramos generales.

—Después lo escribe.

—Ay, no sé como...

—Bueno, no importa.

—Acá también creo que hay sucursales, sobre todo de lana.

Era la casa que transportaba toda la lana de Comodoro Rivadavia. En la Patagonia es todo lana, claro.

—Y usted, cuidaba a su hijo. No hacía ninguna otra cosa.

—Sí, cuidaba a mi hijo, nada más, sí. Después, mi hermana, la que nos reclamó, estaban las hijas acá estudiando. Y cuando falleció mi cuñado, nos vinimos a vivir acá. Con mi hermana y mis sobrinas que estaban acá. Yo me quedé allá, porque nosotros habíamos alquilado una churrasquería...

—¿En aquellos tiempos había alguna asociación, con la que se reunieran, algún grupo, allá en Comodoro?

—No, mi hermana, como ellos tenían campo, prácticamente vivían en el campo y en la ciudad. Pero más vivían en el campo. Pero no era de tener amigos. Por eso yo nunca, prácticamente, fui a una fiesta española.

—¿Y usted cuándo se conectó con el Centro Castellanoleonés?

—Ah, no, hace dos o tres, dos años, por ahí, sí. Porque tengo una amiga. He ido a fiestas con una amiga que estaba el otro día, cuando fui a grabar. Estaba ahí una amiga española, hija de españoles, que es muy amiga. Esto y bueno, la conocí en una fiesta de ella, y desde entonces sí he ido a fiestas españolas, sí. Me encantan.

—Pero ya de más grande, de mayor.

—Sí, ya de grande, claro. Estuve en Comodoro once años y nunca había ido a una fiesta. Lo único, porque mi hermana se llevaba con mi cuñado como veintinueve años... Lo único, ellos iban, tenían, no sé como se dice, pago por mes el cine. Y ella iba con sus tres hijas, cuatro días por semana al cine. Cuando había películas españolas yo iba, porque si no...

—¿Su esposo siempre trabajó?

—En Comodoro, estuvimos dos años, después de dejar Leusen, estuvimos dos años en la rotisería que ya dije. Habíamos alquilado una rotisería. Después la dejamos porque había fallecido mi marido y... que vengamos, que vengamos, mi hermana estaba sola...

—Había fallecido su cuñado.

—Mi cuñado. ¿Qué dije?

—Su marido.

—Ah, no por Dios. Sí, mi cuñado había fallecido, sí. Entonces, bueno, ya nos vinimos acá. Aquí, habíamos alquilado un almacén. En 51 y 23. Habíamos alquilado y ahí estuvimos como 4 ó 5 años. Nos fue muy mal, nos fundimos. Claro, porque cuando vinimos de Comodoro era el tiempo que había que pagar llave, pagamos un dineral de llave. Mas después tuvimos que comprar todo porque era negocio pero estaba todo completamente fundido. De clientela y de todo. Tuvimos que comprar desde heladeras a cortadora. Todo, todo, completo. Después empezó a trabajar en la Universidad. Mi marido en realidad no tenía ningún oficio. Pero sí estaba para llevar la correspondencia al correo, para ir a cobrar... Todas esas cosas, y a veces cuando no había eso, para ir a servir el café, de todo, de todo, sí.

—¿Qué les diría usted a los chicos que ahora se están yendo hacia España? Desde su posición de inmigrante ¿no?

—Mira, yo lo que les diría a los chicos que... el que no tiene trabajo, bueno, por ahí cuando uno es joven... Si no consigue allá vuelva otra vez acá a su país.

—¿Se siente argentina en parte?

—Sí, me siento argentina, sí.

—¿Usted hizo el documento acá o siguió con el pasa-

57
de
Pa
Se;
Z:
int
da
Le
fo
tel

tie
di
cu
ca
cc
lo
di
m
de
qu
in
cc
ac
p
y
rr
d
d

porte español?

—Mi marido lo tuvo que hacer para entrar a trabajar en la Universidad, pero si no, tampoco quería. Mi hija, cuando se puso esto tan mal me dijo: “Mami, ¿usted se iría a España si nos fuéramos nosotros?”. Digo: “Mira, si se van todos sí. Si se van los nietos y todos, sí. Pero si se van los nietos también...”.

—Quiere decir que usted esta afincada acá.

—Pero, ¿sabes qué? ¿Cómo a nuestra edad, que tienes aquí todo, lo poco que tengas, qué vas a hacer a España a empezar de nuevo? Pero yo les quería decir cuando vine, que fue hace siete años, en Benidorm había muchas casas que se vendían. Yo cuando vine se lo dije a mi hija, digo: “Tú sabes, qué lindo sería...”. Pues claro, esas casas que se venden están en las montañas y las venden prácticamente a los que son como nosotros, porque después no pueden entrar en coche. Los jóvenes tampoco quieren vivir ahí. Entonces uno está ahí. ¿Si tiene que ir al doctor, qué hace? Pero se vendían rebaratas. Y Benidorm es una belleza... Eh... Yo me hubiera ido, porque la gente... En las ciudades no sé, porque no conozco nada; pero está todo muy cambiado. Mi familia es los... hijos de mi cuñado viven todos en Burgos, todos tienen su... ¡Uh! El chico grande... eh... Hay tres que son profesores, otras son maestras. Y no han cambiado nada. No, no, yo me refiero a que no han cambiado nada, como los ha criado la madre; como nos hemos criado nosotros, sin ningún vicio, sin ninguna nada. No conocían nada, si ni un caramelo conocían. Cuando mi padre iba a la feria que llevábamos esto... chivitos o algún... las mulitas, a vender o algo, él nos llevaba castañas, higos, unas pocas castañas, unos pocos higos, unas zanahorias. Zanahorias, sí. ¡Y qué ricas eran!

—¿Y qué era lo que comían ustedes allá?

—Cuando yo era chica, en mi casa, que se comía como en todas, en otras mucho menos, que era más o menos, más o menos. ¿Sabés qué se comía? Esto... en invierno, patatas cocidas. Después, las sopas, cuando se hacía la matanza. En las tripas del chanco se llenaban de manteca de chanco que se derretía y se llenaba. Se ponía sal y eso después se guardaba en la despensa y una cucharada de esa manteca se ponía después al caldo que se hacía en unas ollas

grandes. Se hacía sopas, sopas cortaditas bien finas de la grasa y se volcaba el agua con esa cucharada de manteca y eso se comía. Y después en una sartén se ponía dos huevos o tres huevos con pimientos colorados secos, de esos chiquitos que aquí no se conservan —parece que no hay nunca—, daban un gusto... No, no, pero no picaban, eran morrones, no picaban, no. Comíamos, de la sartén comíamos todos. Yo nunca había comido del plato. Esos eran grandes así, pero secos. Secos como esto, pero así grandes, así grandes y bien angostitos. Sí, sí, pero secos. Sí, para invierno siempre era... Nosotros prácticamente conocíamos en lata, conocía yo nada más los morrones, morrones. Y después al mediodía, porotos con papa y repollo y un pedazo de tocino, un pedacito, una rodajita para cada uno, para untar el pan y comerlo. Desde los cuatro años, allí uno se gana la vida, en mi pueblo. A cuidar ovejitas, o caballos, a “enguinchar” la hierba... Hay muchas praderas, entonces se riega y cuando llega la primavera se corta, se deja secar —que hay que darlo vuelta dos o tres días—. Se lleva para el pajar... Se deja secar, después con dos vencejos que se hacen del centeno se atan los haces que son así más o menos, de un metro... Se cargan en los caballos de a diez, cinco a cada lado de la jalma. Y se llevan a la casa. En el alto de arriba porque... Casi todas las casas, por lo general eran: primer piso, segundo y tercero para la despensa, para el chanco y después, la hierba. Se llena de hierba, el pajar... No, el pajar ya era otra cosa. Allá al pajar se metía cuando se trillaba el trigo, la avena, el centeno, la cebada... y las ovejas abajo. Ay, el rastrojo, cómo te quedan las piernas (*risas*). Y arriba, entonces, los chiquillos meten como una soga larga y un ganchito, se engancha la hierba que a los chiquillos se les daba, un pedacito me acuerdo —nosotros teníamos abejas, por suerte, muchas abejas, hasta vendíamos— y se les daba una rodaja de pan de ese redondo y un cabito de miel, y los pibes se amontonaban a enguinchar la hierba, por eso te digo, allí se ganaba la vida desde los cuatro años.

—Hermoso, entonces vamos a pasar a...

—Entonces te contesto de cuando la guerra. Me acuerdo que estaba, esto... mi hermana, pero la de... una que tenía en Sarmiento, se habían juntado, de Sarmiento. Entonces ellos iban a las

conferencias, que había un pueblo cerca... que hablaban los requetés¹. Y yo siempre iba con ellos.

—¿Qué eran los requetés?

—Eran los contrarios a los falangistas, cuando la guerra. Entonces me acuerdo que yo siempre iba con ellos, ¿no? que tenían una hija, la hija que tienen que vive en Sarmiento esto... que tenía nueve o diez años ella, ya. Y siempre yo iba con ellos. Y me acuerdo que para ir a ese pueblo era una montaña grandísima. Entonces yo llevaba la comida, y la llevaba en una fiambrerita ¿Cómo se llamaba? fiambarrera, creo. Y no te digo que íbamos jugando y se sentó en la fiambarrera esa perra [...] y nos quedamos sin comer, Y... mi hermana le dio una paliza —no le conocía, más que de un bosque de... ahí en el pueblo... Le dio una paliza por esa fiambrerita (*risas*), que nunca me puedo olvidar. En mi casa, antes de la guerra, no se conocía la guerra, porque no había llegado ahí, pero, sí por los montes dice que andaba gente que se iba escondiendo. Y en mi casa, estábamos más o menos en mitad del pueblo, como tenía vista a los dos caminos. Entonces, en mi casa habían llenado el altillo con leña gorda y ahí nos quedábamos las mujeres. Y los hombres se quedaban abajo, haciendo toda la noche guardia, por su vida. Porque entraban... de mi pueblo, ya no te cuento más. De mi pueblo... Había un señor que tenía tres hijos, y nunca iba a la misa, entonces... Después había otro que era rengo y tampoco iba a misa, y les llamaban comunistas. Se los llevaron, nunca jamás aparecieron. El comunismo, pero... pero si nadie entendía más que de trabajar y de ir a la iglesia. Trabajar... Los domingos en verano teníamos que tirar la hoz, cuando estábamos segando en las tierras, el trigo y todo y a la misa. Y de la misa a la tierra otra vez, vaya a saber. Tocaban las campanas porque el que no iba a misa era comunista. Bueno, ya está.

¹ Requeté: cuerpo de voluntarios que, distribuidos en tercios, lucharon en las guerras civiles españolas en defensa de la tradición religiosa y monárquica. Diccionario de la RAE

Josefa León Nistal

— Yo soy Josefa León, nacida en Astorga, provincia de León. Vine de 13 años. Tenía 13 años cuando mi papá y mi mamá y mis hermanos decidieron venirse a la República Argentina. Nos habían invitado unos tíos que estaban en muy buena posición y, bueno, le ofrecieron cosas a mi mamá que nos parecieron... Bueno, a ella, por lo menos, le parecieron muy buenas. Al haber tenido tantos hijos, tenía 9, éramos 9 hermanos. Mis abuelos estaban los dos en buena posición, pero mi papá parecía que era la oveja negra. Nadie lo ayudaba, entonces mi mamá resolvió venirse acá, a la Argentina. Primero, para probar, vinieron los dos hermanos mayores, este... Ellos vinieron en enero, sí. Les tocó un barco que tardaron un mes, un mes tardaron en llegar a la Argentina. Claro, cuando ellos vinieron empezaron a preparar todo, porque la idea era juntarnos. Juntarnos lo más pronto posible. Y bueno, ellos dijeron que sí, que íbamos a estar mejor que allá. En aquel momento, España estaba muy pobre, muy... Faltaban muchas cosas, muchos alimentos. Eh, no era fácil criar a una familia tan numerosa, entonces, nos vinimos para acá en noviembre. Salimos de Vigo en barco el 2 de noviembre de 1952. Llegamos el 16 de noviembre. Un viaje bastante rápido, bastante complicado también porque, bueno, la familia...

— ¿Se acuerda del nombre del barco?

— Sí, sí, Ciudad de Buenos Aires se llamaba. Un barco de guerra, un barco grande, grande, veníamos casi 500 personas sin contar la tripulación.

— ¿Y el viaje, cómo fue?

— Al viaje también nos costó mucho adaptarnos porque los vómitos estaban a la flor del día, porque era desastroso, claro, se ve que eran barcos pesados, entonces se movían mucho. Y lo que más me acuerdo, cuando estábamos en alta mar, era que parecía que se iba a hundir, era una cosa... tremenda.

— ¿Tuvieron alguna tempestad, algo fuerte?

— Sí, tuvimos una tormenta muy grande que nos metieron a todos abajo y se sentía que pasaba el agua, así tipo... que cubría el barco, el agua todo. Silbatos para que nadie subiera a cubierta. Eso

nos pasó una vez sola. Después, bueno, el barco era, era cómodo, porque la verdad que veníamos cómodos...

— Cuando ustedes se fueron de allá, en el pueblo, ¿había mucha gente que se había venido?

— Nosotros vivíamos en una ciudad, bastante importante, una de las ciudades más importantes que tiene León. Astorga es una ciudad grande, muy linda, ahora está catalogada monumento nacional. Es una ciudad que está toda rodeada de murallas. Es importante, muy linda ciudad.

— ¿Y sus vecinos?

— Sí, todos salían a despedir. Cuando nos veníamos era un mundo. La estación de trenes era...

— ¿Pero, con ustedes se vino más gente?

— De Astorga, en ese momento, no. En ese momento, no. En el barco hicimos amigos. Unos amigos que también se radicaron acá en La Plata. Me acuerdo de la familia Argüelles. Creo que todavía el hijo, todavía vive. Venían el matrimonio, un hijo y una hermana de la señora. Yo, seguimos en contacto con ellos. Ahora hace tiempo que no. Bueno, ahora los mayores ya han fallecido, como a su vez mi papá, mi papá también. Pero nosotros tuvimos una vida social bastante importante acá, no nos abandonamos en el sentido de encerrarnos en nuestro mundo. Yo empecé... tuve que hacer quinto y sexto grado, acá. Así mis hermanos también tuvieron que hacer la primaria. Yo tengo cinco hermanos más chicos que yo. Íbamos acá a la escuela de la calle 38 y 8. Ahí hicimos... también gente que... amigos, compañeros, bueno, vivimos siempre en la zona de acá de este barrio de La Loma. Teníamos mucha gente amiga ¿no?

— ¿Y ustedes se vinculaban con centros españoles?

— Sí, nosotros nos relacionábamos mucho con el Centro Gallego. Porque teníamos muy amigos, muchos amigos que... que hicimos como... como una comunidad ¿no? Aparte mis hermanos, todos jóvenes ellos, iban al baile, me llevaban. Había... se hizo un grupo de gente española, como que al conocerse eras como un amigo ya ¿no?, amigos. El que más extrañó fue mi papá. Mi papá no quería nada, nada. Estaba... le agarró la morriña y nunca quiso, nunca fue feliz en la Argentina. Era muy trabajador, pero nunca estuvo

contento. Mi mamá era un poco más adaptable porque, bueno, ella había elegido este rumbo para la familia y... Pero mi papá no, siempre le quedó ese... ese... de haberse venido. Y... bueno, la familia, lógico, tuvimos que luchar, trabajar todos. Cuando a nosotros nos trajeron los tíos eran muy ricos de acá, La Plata, gente de mucho dinero, pero explotadores. Tenían una idea distinta, querían explotarnos a toda la familia. Entonces, primero nos separaron, porque la casa que nos habían puesto para vivir era muy chica. Tenía un dormitorio, una cocina y el taller para que trabajáramos. Porque mi papá era mecánico, junto con mis tres hermanos mayores empezaron a trabajar como mecánicos, acá. Entonces... Nos querían sacar de las ganancias un porcentaje para ellos. Entonces un día mi papá se negó y se enojaron. Entonces, eh, tuvimos que dejar esa c... Primero, bueno, cuando vinimos, nos repartieron. Para que pudiéramos dormir un tío se llevó a dos, otro tío se llevó a otros dos y así hasta que... Y a los más chiquitos los dejaron con mi papá y mi mamá, pero a mí me llevó uno de ellos, que... Nunca le voy a perdonar lo que nos hizo porque... mi papá tuvo que andarlo echando con un cuchillo en la mano, que mi papá era un hombre santo porque era un hombre buenísimo... Pero como nos querían explotar de esa manera y quedarse con nosotros como sirvientes, entonces yo, yo no podía estar separada de mis padres, sobre todo de mi mamá. Yo siempre fui muy pegada a mi madre. Me acuerdo siempre que este tío con todo el dinero del mundo no era feliz. Porque tenía dos hijos que le negaban España. No querían ni escuchar hablar de España. Por eso te digo que no siempre uno tiene la felicidad de que los hijos te apoyen ¿no? Entonces, este..., bueno, yo me escapaba de la casa de ese tío, no quería saber nada de estar ahí con ellos. Yo quería volver a mi casa, así que me escapaba. En cuanto veía la puerta abierta me escapaba para mi casa. Bueno, así nos independizamos. Mi papá y mis hermanos se compraron una propiedad, un galpón, alquilamos una casita para vivir y ahí, bueno, empezamos a hacer nuestra vida. Yo tendría 16 años, trabajaba como niñera, me acuerdo que estaba trabajando como niñera. Me había comprado una bicicleta para movilizarme y le llega la carta documento a mi mamá diciéndole que tenían que pagarle los pasajes que nos habían pagado ellos cuando vinimos (risas) y justamente el que manejaba eso, el dinero, era ese tío que me

había llevado a mí. Entonces agarré la bicicleta, me fui al colegio de abogados, que está en trece, y le tiré la plata así en el escritorio. Él dice: "Vos sos una mocosa para faltarme el respeto". "No -le digo-, soy una hija de unos padres que están trabajando mucho para vivir". Entonces de ahí nunca tuve más relación con ese tío. Después cuando falleció, por otro primo de mi mamá, sobrino de él, me dijo que... que quería verme, se estaba muriendo y yo no fui. Le hablé agarrado tanto, tanto rencor a esa situación, que no fui más. Entonces esas cosas a uno le duelen, le quedan grabadas para toda la vida. Pero salimos a flote. Pudimos estudiar... Yo tengo hermanas que tienen... una es maestra, se recibió de maestra, otra está muy bien trabaja en el Servicio Penitenciario, tiene un cargo alto. Mis otros dos hermanos, bueno, de mecánicos y de chapistas y eso, con mi papá tuvieron buen trabajo. Y salimos a flote, lo que pasa que el papá no da para más, tampoco.

—Ustedes tenían otra expectativa cuando se vinieron...

—Sí, teníamos otra expectativa. Pensamos que al venir a trabajar íbamos a salir mejor, más a flote. Porque ellos te decían que iba a haber trabajo para todos, y que están... uno bien, pero, no era así. Vos trabajabas y ganabas, ganabas para vivir y nada más.

—Y el barco de ustedes había llegado a Buenos Aires ¿no?

—Sí, nosotros llegamos a Buenos Aires, sí. Nos estaban esperando los tíos estos que nos trajeron. Ellos tenían auto en esa época. Era de esos autos grandes, cuadrados, pero.

—Y ustedes que fueron a la escuela, sus hermanos más chicos, ¿se sentían discriminados por ser españoles?

—No, no, no, para nada, para nada. No, no, la verdad que la gente argentina, yo tuve amigas argentinas, de primera. Aparte los vecinos. La única vez que yo tuve una discriminación, que me agarró mucha bronca, fue ya de grande, en el trabajo. Yo trabajaba en "Mi regalo", una casa de regalos muy linda que había acá en La Plata, y un día tenían los compañeros eran más viejos, mucho más viejos que yo, empleados y de edad. Entonces un día me dice: "Ay, gallega...", me decían Josefa ahí en el negocio, Josefina, Josefina, me decían, en vez de llamarme por Josefina me dice: "Gallega, ¿no me

harías un... no me traés tal cosa del sótano?" Porque los repuestos estaban en el sótano. Entonces yo me clavé ahí y le dije: "Yo no soy gallega, primero tengo nombre, segundo soy española, pero no tienen por qué llamarme española, o gallega, o nada", le dije. Entonces me enojé mucho, me dolió mucho ese "gallega" despectivamente. Fue la única vez que sentí que me llamaban gallega con desprecio.

—¿Qué cosas trajo de España?

—Me traje muchos recuerdos, cosas muy bonitas, la niñez fue muy hermosa. Nosotros vivíamos en un barrio donde estábamos todos juntos, los pueblitos... Las ciudades o los pueblos se juntan en barrios, entonces tenemos muchos primos y nos juntábamos a jugar. Salíamos del colegio, porque allá hay doble escolaridad, pero, cuando salíamos del colegio, nos juntábamos todos en casa de mi madrina que era divina, nos aguantaba, todo. Y siempre me acuerdo cuando armábamos el pesebre. El pesebre: le hacíamos desocupar una habitación, un salón, y ahí nos poníamos todos, pero nosotros nueve hermanos, ocho, siete, que seríamos los más grandes, con los otros primos, armábamos un pesebre que ocupaba toda la pieza. Armábamos los castillos con corcho, los pegábamos. Íbamos a las zanjas y juntábamos el musgo para poner como la bajada de un río, hacíamos los ríos con espejos, con vidrios. Era una cosa tan emocionante. Después, en mi casa, teníamos una mesa muy larga y ¿sabés qué hacíamos? Tipo tobogán. Nos poníamos, unos con fuerza levantábamos de un lado, venían otros, se subían y se resbalaban por la mesa. Porque había que hacer juegos de invierno, por ejemplo salón... Tenía que ser cerrado porque nevaba, era una ciudad donde nevaba, caían unas nevadas de metros. Entonces teníamos que buscar juegos de así, de casa porque no había, como ahora, la computadora, todas esas cosas. Y hacíamos teatros, cuando venía la primavera, en el jardín de mi casa, que teníamos un jardín muy bonito, hacíamos las obras de teatro. Mi hermana se disfrazaba... nos preparábamos.

—¿Las inventaban ustedes las obras?

—Las inventábamos nosotros las obras. Sí, cada uno tenía su trabajo: el lobo, las ovejas, eh... cosas así. Inventábamos cosas, porque... era otra vida.

Eladio Palomo Fernández

—Yo nací en el año '26 y tuve la mala suerte de que a los siete años quedé sin padre. ¿El nombre mío? Eladio. El apellido, Palomo Fernández.

—¿En dónde nació?

—En un pueblo que se llama Gil Manuel Tejada, que es de la provincia de León. Está a 27 kilómetros de León. En una ribera que yo creo que es de las mejores de España, no solamente de León, la Ribera de Orvigo. Una ribera muy fértil, pues nosotros allá quedamos sin padres, quedamos seis hermanos y después vino la guerra civil. Nosotros hambre no pasamos nunca porque cultivábamos nosotros lo que comíamos. Y era una tierra muy fértil que había abundancia para comer. Era una vida durísima. A los catorce años tuve que empuñar un arado y aún no tenía fuerza suficiente, pero no me quedaba más remedio. Después fue pasando el tiempo. Cuando ingresé al servicio militar me mandaron a Salamanca. Allí estuve un año, hice un curso de radiotelegrafista y de ahí me mandaron a la provincia de León de vuelta, a una zona muy montañosa. Teníamos que ir a lomo de burro hasta Ponferrada, que es una ciudad de León. Cincuenta kilómetros. Todo por lugares peñascosos. Bueno, allí estuve hasta que pasaron dos años y me licenciaron y volví al pueblo mío. Yo tenía ganas de emigrar porque la vida era muy dura. Con ser que hambre no pasamos, la vida era muy dura, muy dura.

—¿Qué edad tenía usted, entonces?

—Cuando vine para acá yo tenía 26. Yo tenía acá a mi hermana que vivía acá, entonces me reclamó ella, pude venir.

—¿Le dio una carta de reclamo, de llamada?

—Una carta de llamada que exigían ellos. Y además tenía que haber una persona de acá, porque aquí ya los inmigrantes tenían que ir a 100 kilómetros de distancia de Buenos Aires.

—¿Su hermana estaba en La Plata?

—No, acá donde vivimos, en Arturo Seguí. Y había que ir... creo que lo más cercano era Magdalena pero, en cambio, nos quedamos por acá, más cerca el lugar.

—Y usted llegó a la Argentina ¿en qué año?

—En el año '52. Sí, en barco. El Colón que era un barco argentino que era lo que había comprado, en época de Perón, Cafiero. Que estaba transportando tropas para Japón. Un barco que era de carga pero había acondicionado para pasajeros. Así que no tenía camarotes como tienen ahora. Era una nave amplia y allí estaba lleno de literas de abajo y de arriba. Pero el viaje fue bastante bueno.

—¿Y cuál fue la impresión cuando llegó acá, al puerto de Buenos Aires? ¿La Argentina era cómo usted se la imaginaba?

—Una gran desilusión. Primera desilusión cuando en Avellaneda tomé el tren provincial que venía de Avellaneda acá a La Plata. Y saliendo de Avellaneda estaba lleno de villas miserias, que llamaban. Y yo creí que la Argentina era otra cosa. Cuando vi toda esa gente que vivía abajo de una chapa, dije: "Esto es la Argentina". Esa primera desilusión.

—Y su hermana, ¿cómo vivía acá?

—Ellos estaban trabajando allí en una quinta de verduras y se defendían bien. Sí, yo también. Vine a trabajar allí y estuve ahí tres o cuatro años, pero decidí ir a trabajar en gastronómicos. Yo trabajé ahí en 7 y 51, que era "El Parlamento", después trabajé en el restaurán "Las Malvinas" que estaba en 49, 8 y 9 y después trabajé 25 años en el Hipódromo. Y ahí me jubilé.

—Usted, cuando llegó acá, ¿se relacionó con otra gente de la comunidad castellanoleonesa?

—Sí, sí, sí. Conocíamos a muchos españoles del Centro Español, Centro Gallego, Centro Vasco, sí, me rodeé bastante con ellos. Hasta fui socio del Centro Gallego, también. Claro, yo no era gallego pero fui socio. Me gustaba mucho también ir al Centro Asturiano. Cuando el Centro Asturiano lo conocí yo, recién habían comprado un lote y tenían una casita solamente, ahí. Después ampliaron... Cuando venían las autoridades de todas las provincias, ahí éstos todos contribuían. Entonces ahí pudieron comprar otro terreno y entonces edificaron después ahí. Unas fiestas muy familiares.

—¿Qué costumbres conservó usted de España, de su región?

—No tenía dónde practicarlas acá. Allá, por ejemplo, como

decía el señor, les gusta mucho jugar a los bolos. Y jugamos también a la pelota, a la pelota en el frontón, también.

—Bueno, pero acá había de eso también.

—Sí, en el Vasco se tiene, sí también. Pero, yo al Vasco iba poco, al Centro Vasco. Alguna vez cuando el aniversario...

—Comidas... música...

—Bueno, comidas... Había que adaptarse a la comida de acá (*risas*), al churrasco... Y música... en aquella época estuvimos nomás en el pueblo ése que no había ni luz eléctrica, tampoco. Entonces en aquella época no había, todavía, televisión, radio, había que tener radio con pilas. Pero uno se fue adaptando, aunque siempre uno recuerda el terruño, siempre ¿no? Porque ya uno viene de 26, ya vivió muchos años allá. No se olvida tan fácilmente. Y varían las comidas, varían las costumbres, varía todo ¿no?

—Usted, hoy, ¿está conforme con esa decisión de haber venido a la Argentina o le hubiera gustado quedarse?

—No, me hubiera quedado (*baja la voz*). Allá, el señor vino más joven que yo, pero ya a la edad que vine yo, se añora mucho interrumpirla. Ahora, usted dirá: aunque es el mismo idioma, son distintas las costumbres de acá, se añora mucho. Así es.

—¿Tuvo posibilidad de volver a su pueblo, a España?

—Sí, fui dos veces. Fui en el año '69 y en el año '90.

—¿Y cómo fue la impresión?

—Muy grata. En el '90, la verdad que, si no lo veo, no lo creo. Claro. Muy distinto todo allá, muy distinto. En el '90, el auge ése de los jubilados que vivían sin ningún problema. La gente igual, vestían bien y se divertían. La gente estaba contenta porque vivía bien. Fue una impresión muy linda la que me llevé.

—¿Usted viajó con otras personas de su pueblo? ¿Se encontró con gente de su pueblo, de la región, en la Argentina? ¿O vivió un poquito aislado, en Arturo Seguí?

—No, yo venía sábado y domingo para acá, a La Plata. Y además cuando trabajaba de gastronómico siempre íbamos a todos los centros. No, no, yo estaba bastante vinculado con la colectividad, sí.

—¿De su pueblo había gente acá en La Plata?

—Sí, había una familia, sí, una familia.

—¿Cuántos habitantes tenía su pueblo.

—No, son pueblos chicos. ¿Qué tendría? 600 habitantes, son pueblos chicos. Ayuntamiento también...

—¿Y qué es lo que más recuerda de la época en que estaba en León?

—Bueno, recuerdo de la infancia, recuerdo también, como dice el señor, los maestros... La escuela primaria era muy buena. Allá en la escuela primaria no había grados, había secciones, o sea que el período escolar, el primario, era de los seis años a los catorce. Y las secciones yo lo veo una cosa muy bien, porque había chicos que estaban adelantados y no estaban esperando que pasaran de grado, si no al estar adelantados los pasaban a la sección subsiguiente. Había una escuela primaria muy buena, la escuela primaria era de primera, de primer nivel. Ahí siempre estábamos con el mapa, con el pizarrón. Y en la época de la República teníamos el inspector escolar. Venía todas las semanas al colegio. En la época de Franco, nunca vi un inspector en una escuela.

—Usted vivió la época de la guerra civil. ¿Cómo fue esa experiencia?

—Un genocidio de los más grandes que conoce la historia, fue eso. Un genocidio atroz, fue eso. Ahí sacaban, a la gente que más mataban era al intelectual, no al obrero, porque esa gente no molestaba. A la gente pensante. Gente intachable, la sacaban de noche y los mataban, y los tiraban ahí en la cuneta. Una cosa atroz, fue eso.

—¿En su pueblo cómo se vivió la guerra civil? ¿Estaban los dos bandos, estaban los republicanos, los nacionalistas...?

—Bueno, no, no, desde el primer día caímos en la parte de Franco. Tuvimos la suerte de que ahí no hubo combate, nunca. Tuve esa suerte, nunca hubo combate en el frente de León.. Hubo tres que murieron en combate. Pero yo conocí a muchos, de otros pueblos aledaños, que los fusilaron, directamente.

—De su pueblo, no.

—No, estaban escondidos. Estuvieron escondidos, yo tuve un tío que tenía que llevarle de noche al monte la comida. Si lo

agarraban lo fusilaban. Por el solo hecho de pensar distinto. Mi tío no era ningún delincuente.

—Su familia era republicana...

—Sí, completamente, sí.

—¿Usted encontró esa división de los republicanos y los nacionalistas acá en la Argentina, dentro de la comunidad española?

—No, yo no alcancé a verla. Me dijeron que había muchos en Buenos Aires, por ejemplo en Avenida de Mayo, que había encontronazos entre la derecha y la izquierda. Cuando yo llegué ya no vi nada de eso. Pero esa época fue una época muy atroz...

—Cuéntenos cómo era lo de su tío que estaba escondido.

—Lo tenían que tener escondido; si no, lo sacaban y lo pasaban por armas. Iban de noche a llevarle de comer y no sabían, de la falange no sabían que estaba escondido en ese lugar. Y después había un médico ahí que llegó a ser jefe de la falange, tenía amistad con él y lo salvó. Entonces él salió del escondite... Mire la escuela nuestra, la escuela donde fui yo, teníamos una biblioteca que era un orgullo, tenía esa biblioteca. Yo, toda la vida, siempre me ha gustado mucho la lectura. Yo todas las semanas llevaba un libro para leer en casa. Ahí no había ni un libro, ni un solo libro de política. Me acuerdo que yo leía poemas de Rubén Darío, de Gabriela Mistral, me gustaban mucho todas las poesías. En cambio cuando entró Franco, los falangistas mire las barbaridades que hicieron, quemaron la biblioteca. No había nada de política. Ningún libro de política. Y la quemaron.

—¿Y después no se volvió a reconstruir esa biblioteca?

—No, Franco estuvo 40 años, no la pusieron más. Yo no quiero venir a hacer política acá. Yo le cuento la realidad.

—Quiere decir que su familia la pasó muy mal en esa época...

—No, la familia no estaba en la política. Tenía el tío ese, nada más. Pero la familia, aunque la familia era toda de izquierda, no la pasaron mal, solamente el tío ése que después lo salvó el médico ese. Hay un hostel, ahí, que es muy... Yo creo que debe tener como

500 años. San Marcos ¿Lo conoce? Ahora es un hostel. Fue un convento de monjas, fue una... No sé cuántas cosas fue. Pero es una maravilla el edificio ese. De ahí sacaban todas, todas las noches dos camiones de gente a fusilar.

—¿Alguna otra cosita quiere agregar, un recuerdo, algo de lo que quiera dejar testimonio?

—Bueno, no sé... Mi infancia, aunque fue dura, fue grata para mí también. Fue dura porque me quedé sin padre a los siete años y tuve una vida muy dura; aunque no pasamos hambre, pero era muy dura la vida. Pero después de todo fue grata también porque nos divertíamos: íbamos hasta las romerías de los pueblos vecinos y la pasábamos bastante bien, después de todo.

57
de
P:
Se
Z
in
da
La
fo
te

Visitación Palomo Fernández
(Hermana de Eladio Palomo Fernández)

— Visitación Palomo, edad: 81. Pueblo: Linares del Tejar, provincia de León. ¿Y ahora qué más...?

— Y ahora vamos a charlar... A ver, cuéntenos. ¿Cómo recuerda su infancia, su pueblo?

— Bien y mal. Muy buena no, porque quedamos solos desde muy chicos sin padre. Yo tenía ocho años cuando nos fuimos a vivir a Barcelona. Y ahí en Barcelona fue cuando vino la República. Eso me acuerdo como hoy. Yo estaba en la escuela. Eran las cinco de la tarde, pasaron las catalanas, ellas iban con la bandera española. Había venido la República. Entonces la maestra nos encerró y no nos dejó salir. Que fueran a buscarnos, porque no sabían lo que podía pasar.

— ¿Qué estaba haciendo su familia en Barcelona?

— Mi papá se fue a trabajar para Barcelona; teníamos parientes; y nosotros fuimos a vivir. Unos trece meses. Yo fui al colegio ahí; un año en Barcelona. Que estaba muy bien.

— ¿Cómo recuerda la vida ahí en Barcelona?

— La vida la recuerdo muy bien. Lindo, muy lindo. Se vivía bien, era otra vida que en León. Porque ya el sábado no trabajaba, era sábado inglés. En León todavía no existía eso. Mi papá trabajaba en una fábrica de tejidos. Donde hacían los tejidos, donde los empaquetaban para mandar después al exterior.

— Y después falleció su papá...

— Nosotros vinimos antes, el vino después; falleció al año. A los dos años, falleció. Yo tenía once años.

— ¿Y cómo era la vida en el pueblo?

— Bueno, qué comer no nos faltaba, pero teníamos que trabajar, éramos chicos. Y teníamos una... la escuela. La maestra a la tarde nos enseñaba siempre costura. Íbamos todo el día. A la mañana hacíamos deberes y a la tarde, una hora, las cuentas y después a coser. Coser, bordar, hacer de todo. Íbamos todo el día. Y el inspector venía todas las semanas a ver cómo iba. Y escribíamos un diario, todos los días lo que había pasado. Que creo que todavía está, por

allá lo quemaron, no sé. Me conseguiría el diario, con obligación de escribirlo...

— ¿Y usted vino para la Argentina a qué edad?

— Ya vine casada. Mi marido era argentino. Hijo de españoles. Se fue de trece años, y se casó allá y entonces ya vine casada. Vine con dos hijos de allá. Él, después de los trece años lo llevaron los padres y allá nos conocíamos todos porque el pueblo era chico. Nos conocíamos todos.

— ¿Y su marido dónde había nacido?

— En La Plata. En la calle 10 y 36 ó 10 y 38. Ahí nació, cerca del Hospital Español.

— Así que usted vivió en España ¿hasta qué edad, entonces?

— Yo vine de 26. Vine con dos hijos. Uno de cinco años y uno de dos y vinimos a La Plata allá en la calle 36 y vivimos tres años. Y cuando fuimos para Arturo Seguí, mi marido trabajaba en los tranvías. Y se anotó porque le aconsejaron que se ganaba mucho, como ya sabíamos de campo, en los tomates. Y fuimos para un pueblo, Arturo Seguí; que hay mucha quinta y... floricultores. Y ahí fuimos a la quinta a trabajar.

— ¿Usted estaba de acuerdo en venirse a la Argentina?

— Yo tenía ganas porque de acá me hablaban maravillas, pero cuando vine no me gustó nada. Mi marido no tenía ganas de venir, fui yo la culpable de venir. A pesar de que él había nacido acá. Porque él dice: "Lo que yo me divertí en España, no voy a divertirme en la Argentina" (*risas*). No se podía vivir. Yo vine en el '48. Doce días del '48. Yo vine el 12 de diciembre, todo racionado. Cosechábamos un poco y teníamos que entregarlo para comer carne. Teníamos que darles nuestro trigo, que había dos cosechas... Teníamos que ir con el burro o el caballo, no sé cuántos kilómetros, andar de noche. Venía la Guardia Civil y nos ayudaba. No podíamos ni hacer el pan. Bueno, todo racionado. En una cartilla que nos daban para un mes, a lo mejor nos daban doscientos gramos, un cuarto litro de aceite para todo el mes. Azúcar, que se cosechaba, que había mucha remolacha de azúcar, era el país azucarero, nos daban cien gramos. Una vez al mes. Cortaban un cupón. Había veces que iba-

57
de
P:
Se
Z
in
da
La
fo
te

mos a moler y chicas y venir rodeando no sé cuántos kilómetros con el burro o el caballo, porque si venía la Guardia Civil y nos lo sacaban, el trigo que era nuestro, lo llevábamos al molino. Que no lo vieran. Eso lo hacíamos cuando pudiéramos. Cerraban las piedras del molino para que no se moliera. No se podía, la Guardia Civil andaba. Le temíamos a la Guardia Civil. Eso era un espanto, ver todo lo que pasaba.

—Así que la decisión de venir a la Argentina era para escapar un poco de todo esto...

—Es claro, fue por eso. Mi marido no tenía muchas, no quería, todavía con todo eso. Él se fue de trece años, y dice "yo donde viví fue en España. He vivido en España". Yo fui la culpable más, de venir. Al principio no me arrepentí. No me gustaba, porque digo la verdad que no me gustaba.

—¿Qué era lo que no le gustaba de acá?

—Me gustaba... aquella vida, las costumbres. Además, tenía toda la familia allá. Yo vine sola con mis dos hijos y mi marido. Sin tener nada. Con un baúl y cuatro maletas. Era todo lo que tenía... "Los gallegos muertos de hambre que vienen...". Yo trabajé toda mi vida y mi marido también. Trabajé en la quinta, en todo he trabajado. Vinimos porque no se podía vivir.

—Y vinieron directamente a trabajar a la parte rural, en Arturo Seguí...

—No, mi marido trabajó en los tranvías. Primero trabajó de peón de albañil, lo que consiguió, le consiguieron. Después trabajaba en los tranvías. Y ahí se anotó porque había una señora que lavaba ropa, le aconsejaba mucho que había venido un sobrino de Italia. Y se había ido de medianero a una quinta a plantar tomates, que le había ido muy bien. Y esa señora me quería mucho y dice: "Mire, puede ir a ver..." y entonces yo le digo a mi marido. Se anotó, a los tres días lo fueron a buscar para Arturo Seguí, donde vivimos ahora. Y estuvimos ahí de medianeros. Y nos fue bien, la verdad que el primer año trabajamos como burros porque había 35.000 plantas de tomates que ya daban para brotar hasta allá arriba y después de unos años empezó a decaer, a decaer y él después hizo trabajo de albañil...

—¿Usted, además de la quinta, hizo algún otro tipo de trabajo?

—Yo acá lavaba. Cuando estaba en La Plata, ¿qué iba a hacer? Si no tenía nada. Vine con dos hijos... Éramos cuatro. Lavaba, por ahí no, porque tenía que atender a los chicos. Lo llevaba a casa...

—¿Tenía contacto con algunas otras personas del pueblo, de España...?

—Casi no había nadie del pueblo. Unos que eran parientes... porque Pascual vino después que yo. Estaba muy aburrída, muy desesperada de estar aquí.

—¿Trajo sus costumbres acá a la Argentina?

—Sí, sí, sí después uno se va acostumbrando, muchos años.

—¿Qué comidas recuerda de las que le gustaban de allá de su pueblo y que todavía las sigue cocinando?

—Ah, de allá. Mucho cocido, batata, todo eso. Sí, las hice muchos años.

—¿Y qué comidas hace, a ver?

—Garbanzo, mucha alubia, porque se cosechaba mucho, y se mataban cerdos, y se hacía con tocino, con jamón, había rebaños, había ovejas, cabras... Había de todo para comer. Pero igual cuando la guerra la pasamos mal, porque nos sacaban todo.

—¿Y qué otras costumbres conservó usted, de su pueblo?

Ay, yo conservo todavía muchas. Ay, cómo me encanta, yo vine a hablar de España, hoy, para mí es mi vida y mire que llevo... 44 años llevo acá. Vine de veintiséis.

—¿Volvió, Visitación, a España?

—Fui cuatro veces... Y claro, aquí es todo distinto...

—¿Sus hijos se sienten argentinos o españoles?

—Esos dos son españoles, tengo uno que nació acá, no habían crecido...

—¿Pero ellos se sienten españoles o se sienten argentinos?

—Mi hija, la mayor, ésa se siente bastante española. Está casada con un portugués, también. Pero a ella siempre le tira mucho España, toda la vida. Sí, ella ha ido dos o tres veces allá también. Yo

fui cuatro veces, allá.

—¿Y cómo fueron esos viajes?

—¡Ay, hermosos!. El encontrarse con la gente es muy bonito, muy lindo es. Fui a mi pueblo. En la casa donde nací, donde me crié. Ahí estuve las seis veces que vine. El año pasado. Ahí dormí donde creo que dormí siempre. En mi casa estuve... Ahora estuve dos y medio, porque se casaba una nieta. Antes había estado cuatro meses y otra vez estuve cinco... Hace dos años fuimos por esto de que pagan, el gobierno español... Pagamos medio pasaje y por tres meses. Yo después de ahí me fui a mi pueblo. Estuve los tres meses que me correspondía. Y la última vez que fui, va a hacer dos años que estuve. El 31 de agosto dos años va a hacer que fui.

—¿Y cómo encontró a su pueblo? ¿Ha ido viendo cambios? ¿O se mantienen ciertas cosas?

—Hay costumbres que se mantienen pero está completamente distinto. Hay un estándar de vida, nada que ver con lo que teníamos. Además cuando yo vine se había terminado la guerra. Allá no se podía vivir. Pero ahora está muy bien.

—¿Usted se nacionalizó argentina en algún momento o siguió conservando la nacionalidad española?

—No, yo sigo con mi nacionalidad.

—¿Cómo los recibieron sus parientes cuando llegaron?

—Muy contentos. Yo ahora cuando fui también. Yo ahora, mira, soy vieja, si no, volvería; (risas) porque tenemos la casa ahí. La casa ande nacimos, ahí estuve. Ahí está todavía, está con todo ahí. La casa le han arreglado todas las comodidades. Tengo de todo ahí.

—¿Y quién vive en la casa en que ustedes vivían?

—Van mis hermanas porque viven en Madrid. Van en verano y una sobrina que vive en León. Ahí tienen de todo, arreglado con todo porque van en verano. Ahí estuve todo el tiempo. Ahí es donde nacieron mis hijos. Ahí dormí todas las noches que estuve así que para mí es una alegría muy grande. Después, que ahí nos conocemos de chicos. Todos te van a saludar. Es muy distinta la vida a esto. Completamente.

—Su hermano contaba que a él le gustaba mucho relacionarse con la comunidad española. ¿A usted también?

—Claro, a mí también, porque mi mamá había estado acá en la Argentina, y mi abuela. Mi mamá se fue de doce años y luego como mi abuela se quedó viuda, mi abuela, quedó con un hijo y mi mamá. Y se vino para acá. Tenía todo hipotecado. Se vino para acá. Trabajó de sirvienta y de todo, en cuanto levantó la hipoteca, pagó todo y se fue para allá. Que fue la desgracia de ella que tenía un hijo y se lo mataron. Tenía ése y mi mamá. Dos hijos, tenía.

—¿Cómo se lo mataron al hijo?

—Lo mataron en España... Un criminal que había.

—Su hermano también contaba cómo habían vivido la guerra civil. ¿Usted coincide con lo que él decía?

—Bueno, yo me acuerdo porque tenía 14 años cuando empezó. Si vi tantas cosas... Y no las vimos todavía porque estábamos retirados, pero las cosas que se oían... Que ahí cerca... hay uno que le dicen "el muro", porque pasa un río grande que pasa de río a río y para el otro lado hay otro pueblo y hay un pedazo de carretera... está aquí la carretera y aquí está el monte, las cuestas. Y cada tantos metros hay un pedazo para que salga el agua. Ahí, una noche mataron a catorce. Los sacaron de un camión y les pegaron un tiro y los tiraron al río. Al día siguiente aparecieron. Venía un primo mío. Otros aparecieron, no sé dónde, aparecieron todos ahí: ahogados.

—¿Había un primo de ustedes entre los muertos?

—No, entre los muertos, no. Pero un primo mío vendía carne y pasaba por ahí, por la carretera. Había para que saliera el agua porque estaba ahí el monte pegado a la carretera. Entonces para que saliera que le decíamos el muro, se llamaba y marcó con una cruz, con una navaja, marcó para saber por dónde se habían arrastrado. Algunos aparecieron 20, 30 kilómetros, otros aparecieron ahí cerca. Porque muchos los tiraban medio vivos. Les daban un tiro y los arrastraban para el agua y era en invierno que había subido... muy crecido el río; porque nieva en la montaña, entonces derriete la nieve y viene mucha agua. Que después se contó que uno aquel que había estado con Vaquero... que era jefe de la falange, que lo encontró y dice que había ido a matarlos. Que había ido con el camión, porque cargaban un camión. Iban allá como unos animales. Les pegaban un tiro y los arrastraban. Uno dice que se salvó, que se

subió al monte, porque estaba pegado al monte. Y bueno, muchas cosas... ¿Cómo se va a olvidar uno? No puede olvidarse.

—¿Qué recuerdo agradable tiene usted de aquella época? ¿Qué es lo que recuerda con más cariño, con más ternura?

—Sí, en realidad tengo, porque después, terminado todo lo que pasó... aquello. Es otra diversión. Aunque estaba todo racionado... Porque cuando yo vine en el '49 a lo último del '48, quince días. Y la guerra terminó en el '36... el '39, y seguía todo racionado... Te ponían un cupo y tenías que entregarlo. Te quedabas sin ello, tenías que entregarlo. Después comprarlo todo al estraperlo. ¿Sabe lo que era el estraperlo?

—El contrabando.

—Que a veces caminábamos veinte kilómetros para ir a comprar una hogaza de pan. Y lo teníamos. Lo habíamos cosechado. El trigo, el centeno y teníamos que caminar. Estaba la Guardia Civil y te andaban revisando por ahí, a ver lo que había. Y te sacaban todavía, si tenías chorizos o lo que fuera, te los llevaban.

—Cuando usted habla de divertirse. ¿A qué se refiere? Usted dice: "Allá en España había una diversión..."

—Sí, había. Bueno, esos... esos años de guerra tocaban un poco, pero poco. Por ahí para el día de las fiestas, sí. Tocaban los platillos, la dulzaina que aquí no la conocen, que es muy bonita la dulzaina. Platillos, el tambor. Allá de donde es usted a lo mejor también se tocaba eso, no sé. Gaita, tamboril y trompeta... Pero de esta gaita de viento no, era dulzaina, que es como un clarinete que tiene llaves. La dulzaina de viento no, allá en la parte nuestra, no.

—¿Y su infancia, cómo fue?

—Mientras vivió mi papá fue más o menos. Hasta los ocho o nueve años que fuimos a Barcelona. Después ahí murió mi papá. Yo tenía once. Era la mayor y éramos de seis hermanos. Teníamos poco, nos divertíamos, nos arreglábamos.

—¿Y a qué jugaban?

—Ah, a todos juegos, jugábamos. Pues a todo, que teníamos que ir a trabajar. Porque de muy chicas teníamos que ir al campo a trabajar.

—El trabajo del campo allá y acá, ¿qué tenía de igual y

de diferente?

—Bueno, aquí se plantaban otras cosas. Allá venía el agua por las acequias que se regaba. Se sembraba remolacha, remolacha azucarera. Que después se limpiaba y se llevaba para la fábrica, para la báscula. Alubia, garbanzos, trigo. Centeno, porque hay un monte muy grande, que nos pasábamos quince días segando, cortando con la hoz. Muchas cosas sembraban, garbanzos, eso había para todo el año. Vino. Hasta yo lo pisaba al vino. Porque acá se reían pero hay que pisarlo, la uva. Va al lagar, entonces ahí se pisa con los pies...

—¿Usted recuerda alguna canción de cuna que le cantara a sus hijos? ¿O alguna canción que le cantara su mamá a usted, o alguna poesía que le dijeran?

—Cuando estoy en casa me recuerdo tantas... (risas) Mucho porque allí cantamos mucho, ¿eh? Vamos por ahí... Íbamos junto a las chicas siempre hacíamos de ronda... Es otra diversión, otra cosa que aquí... Lo que pasa es que sé cantar mal... Yo vengo de gente que sabía cantar muy bien. Porque mi mamá cantaba una maravilla y yo, no.

—Tiene valor como testimonio...

—“Los cordones / que tú me dabas / no eran de hilo / ni eran de lanaaa. // Ni eran de lana, / ni eran de seda / todos me dicen / que no te quiera. // Eres buena moza, sí, / Cuando por la calle vas. / Eres buena moza, sí, / pero no te casarás. // Pero no te casarás, / porque me lo han dicho a mí. / Tienes una falta, niña, / no la puedes corregir. // No la puedes corregir. / No la puedes enmendar. / Eres buena moza, sí. / Cuando por la calle vas”. Creo que era más larga. No me acuerdo...

Emiliano Abilio Isla Verde

—Nací en el año 1925 en un pueblo de Castilla La Vieja (hoy Castilla y León) llamado Villa Ciervos. Mi infancia: como todos los chicos del pueblo, desde muy chicos, ayudaba a mis padres. Cuando comenzó la guerra española tenía 11 años. Mi hermano mayor tuvo que ir a la guerra, el otro menor estudiaba en Soria y tuve que ir a trabajar. No terminé la primaria, no había clases. Luego terminé cuando tenía 17 años en una escuela nocturna. Desde esa época, felizmente no dejé de trabajar nunca. Mis padres eran unos agricultores de poca monta, como se dice acá, pero tenían su finca. Mi padre era un hombre muy trabajador. Apenas terminábamos la cosecha, íbamos a arar, a segar con la hoz, cosecha, trillar. A los 11 años yo comencé con mi padre. En el pueblo teníamos mucho monte. Allí es una tierra agrícola ganadera y mucha gente tenía ganado, tenían ovejas; nosotros teníamos caballos, yeguas y cabras. Cuando se terminaba la cosecha, nos íbamos al monte a cortar la leña. En agosto, septiembre y octubre, cuando se empezaba a sembrar, íbamos al monte a cortar leña y tratábamos de traerla y guardarla en un galpón para, después, llegado el invierno, con el trozador la serrábamos a mano. La hacíamos taquitos para llevar a la capital. Porque la vida era ésa, toda la vida mis abuelos lo hicieron así, mi padre también.

—¿La casa cómo era?

—Teníamos una casa bastante linda para lo que era el pueblo, grande, con tres balcones y un montón de habitaciones, de piedra. Es una zona muy fría. La casa tenía muros de 80 cm. El entrepiso es de madera, que todavía sigue vigente. Como empecé joven a trabajar, aprendí todo rápido. Cuando terminé el secundario, a los 18 años, mi padre me había dado carta blanca. Yo manejaba las propiedades, sabía todo. Pero el asunto de la leña, se me había puesto en la cabeza que no podía ser tanto sacrificio para traer la leña en bruto en los carros con los bueyes. Pero lo que más me molestaba era que después había que levantarse a las 2 de la mañana con frío y lluvia. Tardábamos 4 horas con los bueyes, porque había que entrar en la capital a las 8 horas. Pero lo que más me molestaba era que teníamos que subir las dos toneladas al hombro hasta el 5° piso. No

había ascensores. Así lo hicieron mis abuelos y mis padres. A los 18 años me revolucioné y le dije: "Esto no va más, padre. Esto no es para nosotros. Nosotros tenemos que vender la leña acá al aserradero, y el aserradero que la venda por bolsas, por canastas, como quiera". Yo tenía otro hermano dos años menor e íbamos los tres, con otra familia y cortábamos la leña en el monte. El monte estaba en un terreno montañoso, donde no podían entrar los camiones. Pero había un lugar que sí. Ahí cortábamos la leña, la cargábamos en el carro con los bueyes y solamente en un día por semana. Ya me había hecho un poco empresario. Yo fui al Ejército en Zaragoza. Cuando volví del Ejército, España estaba muy mal económicamente. En el año 1936 empezó la guerra y yo vine en el año 1950. En España estaba todo racionado. Te daban un pancito por la mañana y un poco de azúcar. En la casa de agricultores lo pasábamos mejor, porque había huevos, leche y otras cosas. Cuando íbamos a llevar la leña a Soria, muchachos del instituto donde estudiaba mi hermano le decían a mi padre, que se llamaba Antolín: "¿Señor Antolín, trajo pan?". Vino un tío, hermano de mi mamá, que estaba en La Plata. Mi tío vino a buscar a otro hermano. Pero fui yo. Me tuvieron que hacer un poder, un certificado de no haber ejercido la mendicidad y donde se comprometía el familiar a darme de comer y brindarme habitación. Llegué y me esperaban mi tío y mis primos. Mi tío era muy derecho y muy recto. Bravísimo. Era abogado muy destacado, Agapito Verde Tello. Se trataba con Palacios, Alicia Moreau de Justo, Ghioldi; personajes que eran el sùmmum en aquel tiempo. Yo llegué el 16 de noviembre de 1950, Año del Libertador General San Martín. Agapito Verde Tello, que llegó a los 12 años, con gran sacrificio se recibió de abogado, y lo digo con orgullo. Fue el primer secretario y fundador del Colegio de Abogados de la Provincia de Buenos Aires. Él me orientó y me dijo: acá los que vienen, el 90 % son mozos, pero tú tienes que estudiar. Entonces entré a los 15 días a trabajar en una empresa que fabricaba cojinetes, que se llamaba Minoli Hermanos. Eran cuatro hermanos. Luego se separaron. Todavía sigue Minoli Indeco. Si bien estaba conforme, porque se ganaba bien, empecé a vivir en una pensión. Eso era bastante problemático. Vivir en una pieza, con un italiano, un sueco y un ruso... Aun-

que iba a las casas de mis tíos. En aquel tiempo no había viviendas. Un año después tuve el privilegio de tener una habitación para mí solo, en un conventillo de 48 entre 8 y 9 que se llamaba el Conventillo de la Paloma. Había 20 habitaciones o más y un baño elemental, y para ducharme me hice socio del Club Estudiantes, o iba a Caritas que estaba en la Plaza Italia. En el primer año estaba algo perdido. Yo trabajaba desde las 6 a las 14 horas. Y como tenía algo que hacer, fui a la Academia Morse a estudiar. Estudié radio y fabriqué una. Practicaba en el negocio de mi tío. Éste me preguntaba si me gustaba lo que estaba haciendo y, como en España era casi un empresario activo y la fábrica de cojinetes con esa rutina me mataba, a los tres meses, le dije: "Esto no es para mí, yo no soy estándar". Mi tío tenía un sobrino en el Ministerio de Obras Públicas y me nombraron como ayudante tornero. Esta dependencia estaba en 66 y 120. Trabajaba de 6 a 12 horas en lo de Minoli y a las 13 horas estaba en Obras Públicas. Había venido un hermano de España que me había traído una bicicleta Orbea. Ya era un rey. En Obras Públicas, no se hacía nada y yo no servía para no hacer nada. En mayo me inscribí en la Escuela de Capacitación Obrera y a los 5 años me recibí de tornero mecánico, ya casado. Trabajaba desde las 7 hasta las 14 horas y de ahí al Aerotaller La Plata, en 44 y 22. Era una fábrica que hacía bujes en serie, pero no importaba, había que hacer plata. Al tener una habitación, yo era una persona independiente, ya vivía distinto. Después vino mi hermano y vivíamos juntos. Pasó el tiempo, 5 años, y con mis actuales socios decidimos independizarnos. Lo pasamos mal, porque no teníamos recursos. Mi señora era modista de La Rioja, Logroño, de un pueblo que se llama Galilea, lo curioso que igual al apellido de mi esposa. En la vida, uno trabajando con honestidad y dedicación siempre sale adelante, nunca hay que bajar los brazos. Eso es fundamental.

—¿Cuándo se independizó? ¿Qué tipo de empresa pusieron?

—Una rectificadora de motores. Pero no teníamos casi nada. Teníamos una rectificadora de cilindros, un torno, que habíamos comprado a plazos. Parece mentira, pero a la gente honesta siempre le aparece alguien quien la ayuda. Nos echaron de Minoli por una

huelga metalúrgica. En un día de verano vino un señor con un rastrojero, en un galponcito de un tío de mi socio, Giannelli, 122 entre 40 y 41, y traía una máquina de rectificar pistones. Pero no teníamos nada, ni plata. Me preguntó si sabía trabajar, le respondí: "Sí, cómo no", y la bajamos. La pusimos en marcha. "Yo se las dejo", y no firmamos un solo remito. Volvía una vez por mes a preguntar cómo andábamos. Éramos los muchachos de la 122. Sabíamos trabajar. A los tres meses nos trae otra máquina. Al cuarto mes le pagamos la primera cuota y el 30%. Aquí detecta que había rectificadoras que no tenían máquinas de pistones y le conseguimos venderle 10 máquinas. Luego le compramos otras más. Compramos un terreno en la calle 13 y pusimos la empresa que se fue agrandando. En la vida hay gente que te ayuda. En el Banco Comercial de La Plata, su Presidente, Isnardi, nos dio un préstamo, por el cual trajimos máquinas italianas de un valor incalculable. Un catalán que vino nos dijo por qué no hacer un taller autorizado Mercedes Benz. Nos llevó y nos presentó al gerente general, Sr. Bosse, y nos ayudó como si fuera un padre. Y ya nos instalamos. Cuando decimos que estamos mal. Yo digo, que si lo estuvieron, fueron aquellos españoles cuando llegaron acá. No tenían familia y vinieron a hacer zanjas y a colocar ladrillos. Porque se dedicaron a hacer edificios públicos. Tenían visión de futuro. Nosotros somos simples continuadores.

—¿Dónde estuvo el primer Hospital Español?

—En la calle 12 y 50, en la Clínica del Dr. Albina. El Hospital Español de la calle 9 se hizo en el año 1938. La primera vez que salía a pasear con mi tío, que vivía en 7 y 43, me llevó al Hospital Español para hacerme socio, para tener una cobertura. Eran calle de tierra. A los años sin quererlo fui presidente y llevo 10 ó 12 años. Acá estamos en la lucha. Hace cinco años la Municipalidad de La Plata me designó Ciudadano Ilustre, por lo que hago por la colectividad española y por el Hospital Español. Está mal que lo diga pero es el mejor hospital de La Plata. El año pasado hicimos un Congreso de Cardiología, 130 médicos se hospedaron en el Hotel Corregidor y se realizaron siete operaciones cardiológicas. Compramos equipamiento para medicina nuclear, ecógrafos, y una sala de hemodinamia (en La Plata es la única). Hicimos las habitaciones de

maternidad, las de neonatología, la terapia intensiva neonatal. Se hicieron 16 cunas para la sala neonatal, para que sea rentable por la cantidad de gente que trabaja en terapia. La sala no se podía habilitar sin la firma del director, que estaba en contra del proyecto. Me fui a Buenos Aires al Consulado Español, para que el embajador viniera a inaugurar la sala. Y se inauguró.

Emilio del Pozzo

— Todo lo que digo me lo contó mi padre ...

— ¿Sus padres eran inmigrantes españoles?

— Sí, de Soria. Aquí he traído el recorte del diario, de esa época. Mis padres vienen a una fiesta, a la casa de unos españoles, Herrero de apellido, que tenían una pensión. Y ocurre el drama. Cosa de muchachos, se cae una pelota adentro de la casa del vecino, la quisieron sacar y el vecino le pega una puñalada al hijo de esta familia, de 14 años, y lo mata.

— ¿Estos españoles Herrero eran los dueños de la pensión donde ocurrió ese drama?

— Sí, era en la calle 1, frente al Colegio Nacional, donde está el bar Ayuntamiento. Ellos tenían un kiosquito a media cuadra. Venían mis padres, se armaban esas reuniones, jugaban a la brisca, y ahí se armó el drama. Eran cuatro hijos. Se recibe el otro hijo, Manuel, le agarra fiebre tífus y se muere. En tres meses ¡qué drama! En el día de la primavera, por una pelota, el día de los estudiantes... Eso nos hace entrar en el tema; que la inmigración es un drama y que no era tan feliz como a usted le parecía...

— Pero usted es español. ¿A qué edad vino?

— A los 9 meses. Aprendí a caminar en el barco. Venía el barco lleno. Vine con mi hermano mayor que tenía un año más que yo. Eso que le dije antes me impresionó, guardo el recorte. A esa familia no los vi más, se fueron a Mercedes, de San Luis, con una hija y un hijo.

— ¿Qué le contaron sus padres de ese viaje a usted? ¿Cómo fue?

— Como le dije yo. Dos oficiales me sacaron del camarote. Estaba solito llorando. Mi mamá estaba lavando, venían descompuertos. Entonces mi madre se asustó, porque faltaba yo. Los oficiales me tenían en cubierta y ahí aprendí a caminar, en el barco. Los oficiales le pidieron disculpas a mi mamá: "Lo vimos que estaba solito, llorando, y lo sacamos", le dijeron.

— ¿Sus padres donde habían nacido?

— En Burgos, en un pueblito, de la frontera. Yo nací en

Sala de los Infantes, Burgos, famoso por los infantes de Lara. Que se había casado con una mora bastarda. Entonces le habían cortado la cabeza. Es del tiempo del Cid Campeador.

—¿Y sus padres a qué se dedicaban allá?

—Mi padre era herrero, como mi abuelo. Era un lugar donde hacía mucho frío, 8 ó 9 grados bajo cero. Iban a la montaña. Trabajaban y cazaban... Cuando muere mi abuelo de una neumonía, mi padre y sus hermanos se reparten entre los parientes... Algunos de esos parientes estaban más o menos bien...

—¿Su padre y los hermanos de su padre se reparten?

—Sí, no podían ir al colegio. Tenían que trabajar. Pero tenían mejor letra que yo, leía con un candil a kerosén, mire qué sacrificio. Junta sus pesitos y los guarda en una pata de la cama. Ya tenían pensado venir. Porque estaba el problema de España, que había perdido la guerra de las Filipinas y la guerra de Cuba... Y ya tenían otro conflicto en África. Y estaba Francia en contra de España, que ayudaba a las tropas rebeldes africanas. España fue desquiciada...

—¿Su papá desde qué edad empieza a pensar en venir?

—Desde los 13 años hasta los 18. Mi padre nació en 1892 y vino en 1910. Ésa es la primera vez que vino. Fue tres veces a España. Vino aquí a La Plata y se puso a trabajar en una fábrica de licores y reparto de soda en la calle 1. En ese tiempo no había tanto asfalto.

—¿Aquí había amigos, conocidos?

—No había.

—¿Entonces él venía a la Argentina y después se volvía?

—Sí. Después hizo negocios. A él le gustaba mucho cazar. La única diversión que había era cazar. Después se compró un negocito en 49 entre 3 y 4. Se durmió con el cigarrillo y se le prendió fuego el negocio. Empezó de vuelta. Después traía mercaderías de España, en los buques. Facturas, latas de aceite de oliva, enlatados, embutidos, pimentón. Agarraba la gente del pueblo, y él le compraba.

—¿Todo eso la primera vez que vino?

—Sí, y hasta que volvió en el año '20. Le dijo a la madre que volvía a los 10 años y así lo hizo. Luego trajo al hermano y a la hermana. El hermano se volvió a España y mi padre se quedó acá. Tenía un almacén grande en 48 y 12. Vendían todos productos im-

portados. Tenía camioneta para trabajar con llantas macizas atrás, me contaba mi padre. A mi madre se le muere la madre, cuando ella tenía dos años, en Soria, queda con el padre. Y vino mi madre con su hermana, se queda con ella. Se ve que mi madre iba a comprar al almacén de mi padre, y se enamoran. Ella era menor que mi padre. Pasan los años y yo tomo la comunión en la catedral con el mismo sacerdote que había casado a mis padres.

—¿Y una vez que se casan ellos vuelven a España? ¿Por qué, si les iba tan bien?

—Fueron de paseo, a vender cereales, con otros dos primos. Papá se pasó dos años allá, paseando en España. Porque le gustaba con locura.

—Y mientras tanto, acá, el negocio ¿qué tenía?

—Lo vendieron. Él tuvo una mantequería, con un socio que era vasco. Jugaban a la generala. Tuvo el bar Bristol...

—¿En qué año fueron sus padres de paseo a España?

—En el '29 ó '30. Nosotros tenemos el diario El Día de esa época y decía: "Los indios hermanos del Pozzo se van a España". Cuando viene mi padre de España ya su padre había fallecido.

—Cuándo vuelven de ese viaje de 2 años, ¿ya se radican definitivamente?

—Tuvo un problema. Después empieza la guerra. En el '31. Había enfrentamientos.

—¿Ellos vivieron personalmente alguna experiencia de guerra?

—Mi tío sí. Estuvo preso. Era republicano. Él que había vuelto allá...

—¿Su padre adhería a algún grupo?

—Era republicano, pero después reconoció todo lo que hizo Franco. Me contaba de la guerra. Él me explicaba todo. Era un autodidacta. Leía todo el día, diarios, revistas, libros. Sabía hablar inglés.

—¿Él se sintió argentino en algún momento?

—No, era muy español. Iba con sus paisanos a conversar. Fue socio fundador del Centro Vasco y del Hospital Español. Estaba la Sociedad Española de Socorros Mutuos en 12 y 50, en Plaza Moreno. Mi padre molía y tostaba café. La manda a mi madre y

manejando la máquina de moler café le llevó un dedo y yo la acompañaba ahí, en ese tiempo.

—¿Iban a la Sociedad Española de Socorros Mutuos?
¿Cómo era eso, pagaban?

—Sí, pagábamos.

—¿Qué beneficios les daban?

—Todos. Le darían atención cuando estaban enfermos...

—¿Le pagaban la sepultura?

—No. Para eso estaba la Asistencia Pública. Llamabas, un carro llevaba los cajones, lo he visto. El que era pobre llamaba a la Asistencia Pública. Y en cajones llevaban a los muertos.

—¿De qué año está hablando?

—En 1940.

—¿Cómo era esa esquina donde estaba la Sociedad Española?

—En un caserón típico, de aquella época, una mansión, con ventanales. Ahora hay una casa de música...

—¿Qué otra asociación española...?

—El Club Español. Se juntaba gente que tenía dinero. Se ponía lo que se podía. Unos ponían \$100, otros menos. En el Club Español estaba Barceló, Miguens.

—¿El Club Español de acá era elitista, o cualquiera podía ir?

—Venían muchos conferenciantes.

—¿Cualquiera podía ir?

—Los Domingos venía mucha gente. Había juegos. Yo vine alguna vez a las conferencias.

—¿Ustedes eran habitué? ¿Su papá venía?

—Sí, venía a las conferencias. Y cine los domingos.

—¿En el Centro Vasco las actividades eran diferentes a las del Club Español?

—Este club al principio estaba en 63 entre 7 y 8, un caserón viejo. Tenían los caramelos eskalduna, de dulce de leche. Después compraron un caserón en 14, para hacer la cancha de paleta. Eso era del Club Estudiantes, ya había ahí un frontón de paleta. Vendieron allá y compraron en 14. Mi padre fue socio fundador con el vasco

Ibargoyen. Mi padre se queda con el corretaje de Monte Grande de ese hombre. Este hombre tenía un almacén en 12 y 72. En esa época también en 12 y 72 paraban los carros lecheros, ponían los tarros uno al lado de otro y con el densímetro controlaban y medían si tenía agua la leche... Este hombre fallece, lo lleva un tren por delante...

—¿Por qué en el Club Vasco, si su padre no era vasco?

—Porque está cerca, en el norte, en la frontera; eran vecinos. En esa época los vascos eran mayoría; había gente de campo, tamberos, lecheros.

—¿Qué fiestas españolas había? ¿Concurrían a alguna fiesta, que tenía que ver con el Patrono?

—Sí. San Fermín. Había bailes en Plaza Moreno, danzas.

—¿Ustedes participaban, de chicos, en esas fiestas?

—No. Yo iba a estudiar de noche al Colegio Industrial. Después puse un barcito americano, en la calle 5, hacíamos jugos de fruta. No fui más al colegio... Es una historia de lucha...

—¿Cómo se acercaron al Centro Castellanoleonés?

—Mi hermano que está en Buenos Aires averiguó y se informó allá. Y el año pasado nos avisó de este Centro. El centro de acá es nuevo ...

—¿Ustedes, de allá del pueblo de su padre, tienen ropa típica?

—Mi padre tenía un traje típico, colorado con franjas negras, una pollera de mamá y una chaqueta negra toda trabajada, el chaleco, polainas y boina.

—¿Y las comidas? ¿Cuáles son típicas?

—Porotos con pimentón y carne de cerdo (morro, oreja), guisos, tortillas españolas con perejil y chorizo y el hornazo, que es muy típico. Además, mucha caza, liebres en escabeche, mucha carne de caza. Hacían también paella, con garbanzos, atún, berberechos, con aceite de oliva.

—¿En qué se argentinizaron sus padres? ¿Qué incorporaron?

—El asado, mate, café con leche. De grande el hombre tomaba café con leche. Tenía 90 años cuando falleció. Era muy sano. Mi tía, casi de 100. Una vida sana...

Ángela Gallego Blanco

—Mi nombre es Ángela Gallego Blanco. Nací en España en un pueblito de Desas, ayuntamiento Ponferrada, que es provincia de León. Nací el 24 de julio del '44. Yo tenía doce años cuando vinimos a la Argentina. Fue un tío a pasear allá a España. Mi papá trabajaba mucho, estábamos muy bien económicamente, pero trabajaba muchísimo. Mi tío habló con mi papá y mi mamá. Y bueno, lo entusiasmaron para venirse para acá. Era en el año '55. Mi papá estaba bien, cosechábamos, teníamos muchos terrenos, muchas hectáreas. Allá se cosechaba todo el año para vivir, tanto papa como cebolla, todas las verduras, muchas vacas, muchas ovejas. Vivíamos así, como en una estancia.

—¿Su casa cómo era?

—Mi casa era una casa común, de alto. Las casas se usaban de alto, les decían corredores. Había un corredor y arriba estaban las piezas y abajo la cocina. Y bueno, allá nosotros hacíamos todo. Mi papá mataba dos cerdos por año, teníamos comida, porque la carne de vaca se comía muy poco, más pescado, carne de cerdo. Hacíamos chorizos, jamones, pancetas. Todo eso lo curábamos en una pieza que teníamos, al humo, ahumado, hacíamos una fogata ahí, y hacíamos todo eso. Vivíamos de eso, aparte mi papá trabajaba en una mina de carbón, pescaba, hacía redes y las vendía. Inclusive alguna aguja con las que él tejía debo tener en casa. Y bueno, después fue mi tío, nos convenció de venir acá. Mi papá no tenía muchas ganas de venir, la que más ganas tenía era mi mamá.

—¿Por qué tenía más ganas su mamá?

—No sé, ella quería venirse para acá, lo veía a mi papá que estaba muy delgado, él dormía cuatro horas de noche nada más. Era mucho lo que trabajaba, y ella también, y todos éramos cuatro hermanos, teníamos viñedos, hacíamos el vino en cubas grandes, en una bodega allá abajo, en un sótano, en unas cubas muy grandes, para todo el año. El aguardiente lo hacía mi papá, con lo que le quedaba de la uva. Nos convenció mi tío y nos vinimos.

—¿Recuerda el barco en el que se vinieron?

—Era un barco de seis pisos, hermoso, el barco era

Alcántara, era inglés. Era el tercer viaje que hacía, creo. Duró catorce días, nosotros vivíamos descompuestas porque nos mareábamos. Pero no era para marearse porque era un barco que era primera, segunda y tercera, era un lujo...

—¿Ustedes en qué clase venían?

—En segunda, era hermoso, piletas de natación, teníamos todo. Salió del puerto de Vigo. Nos quedamos dos días allí. El puerto quedaba muy lejos de la provincia de León.

—¿La familia de ustedes cómo quedó?

—Quedaron bien. Después se fueron a vivir todos a Ponferrada y están todos muy bien. Inclusive teníamos comunicación con ellos. La despedida fue un llanto terrible, muy triste, muy triste. Era puro lloro y lloro y lloro. Cuando el barco se alejaba, cuando subimos, era algo que veíamos que se alejaba, el puerto donde embarcamos se alejaba más y más... Hasta que lo perdimos de vista. Bueno, ya en ese momento, nos llamaron para comer, tocan una campanita que es para ir a comer todos. La comida deliciosa, todo muy lindo. Es un placer viajar en el barco. Mientras uno no se descompone, es un placer.

—Cuando llegaron acá, ¿quiénes los estaban esperando?

—Toda la familia. Eran hermanos de mi papá. Mi papá tenía acá a tres hermanas. Y mi mamá tenía una y no sabíamos dónde estaba. Y vivía acá en La Plata, justo. Nos comunicamos, averiguamos y, bueno, pudimos comunicarnos con mi tía.

—¿Vinieron directamente a La Plata?

—No. Nos quedamos un año en Ituzaingó. Mi tío nos dio una casa para vivir, mi papá trabajaba. Después averiguamos dónde vivía mi tía, la hermana de mi mamá. Vivía en 13 y 32. El yerno de mi tía nos consiguió la casa, donde ahora mismo estoy viviendo yo. Porque mis hermanos se casaron y la única que quedé en esa casa fui yo.

—¿De qué trabajaba su papá acá?

—A mi papá le decían que no se vaya a Argentina, tienes 45 años, va a ser muy difícil que te tomen y más con cuatro hijos, la verdad, hay que tener un coraje... Y bueno, trabajó de todo, en la calle haciendo los pavimentos esos, en Obras Públicas también. Tra-

bajó en los frigoríficos Armour y Swift, como vigilancia. Porque, la verdad, a esa edad, trabajar en una compañía efectivo ya no lo tomaban. En una empresa particular sí porque si ellos quieren en cualquier momento se van y listo. Pero dentro de todo vivimos bien. Luego mi mamá, ella era diabética, murió a los 66 años y mi papá hace seis, siete años que falleció. Tenía 87 cuando falleció. Gracias a Dios pudo irse a España una vez, cosa que ella no pudo. Tenía a mi hijo de seis años de edad cuando fue lo de la guerra de las Malvinas, tuve que quedarme, cambiar el pasaje y no pude viajar.

— Cuando llegaron acá estaban en edad de ir a la escuela. ¿Cómo fue su inserción acá en la escuela?

— Terminamos acá, porque yo tenía doce años, entonces me faltaba un año. Lo hice en la escuela N° 9, en Villa Argüello. Tengo recuerdos de mi maestra, era chiquita y bastante mala (*risas*). Era terrible, no fueras a llegar tarde un minuto, porque nos castigaba, no salíamos al recreo. Era bastante recta...

— ¿Encontró muchas diferencias con el lugar donde vivían? Las costumbres que ustedes tenían, las comidas, ¿qué era lo que más extrañaba en ese momento?

— El río que pasaba cerca de mi casa, donde mi papá iba a pescar siempre. Había muchos, muchos peces. Y después, las montañas, las montañas de Prellavanza se llaman, es Villa Libre. Había que cruzar un río y caminar unos cuantos kilómetros, nosotros llegábamos a la ladera y cuando éramos niños llegábamos casi hasta la cima. Hasta donde había orégano. Nos traíamos los manojos de orégano y los vendíamos en el pueblo. Era hermoso, hermosísimo, España...

— ¿El río cómo se llamaba?

— Se llamaba el río Sil. En Ponferrada había unas compuertas, que podían largar el agua o retenerla. Era como un estanque. Nosotros nos bañábamos ahí, en el pueblo, en Desas. Las compuertas estaban en Ponferrada, que queda cerquita, era como ir de acá a Berisso, Magdalena, a Magdalena.

— ¿A qué jugaban cuando eran chicos?

— A mí me gustaba mucho hacer muñecas de trapo. Mi único objetivo era hacer muñecas de trapo y hacerles vestiditos. Me encantaba. Todo con un costurero. Era un placer para mí. Me senta-

ba ahí a la orilla del río. Había también prados, como le dicen allá, y las vacas pastaban ahí. Y las cuidaba, porque yo era chica, tenía diez, nueve años, y las cuidaba para que no se fueran. Teníamos como cuatro. Ordeñábamos. Mi papá y mi mamá ordeñaban. Y vendíamos la leche.

— ¿Y sus hermanos qué hacían?

— Yo tuve una hermana mayor. Ella trabajaba, iba a ayudar a vendimiar. Ella trabajaba, aparte, con otras personas, y se ganaba su sueldito. Los otros dos eran más chicos. Somos tres hermanas y un varón. La más chica tenía 6 años y el varón 8, y yo tenía 10, más o menos. La mayor ya tenía 16, 17.

— ¿Cómo era la escuela del pueblo?

— Era linda. Porque allá nosotros estábamos en el medio. El pueblo se dividía en dos partes, estaban los de arriba y los de abajo. Los de arriba éramos los que estábamos más cerca de Ponferrada. Los de allá abajo eran los que iban más al campo. Era un pueblo muy unido. Cuando se hacían las misas, de todos los domingos, el cura contaba persona por persona, parecía la familia Ingalls... Hacían bailes para las chicas grandes. El baile se hacía afuera, en un campito, es hermoso, con orquesta y todo. Entonces el cura contaba, la chica de una casa que no iba a misa, no iba al baile.

— Cuando ustedes vinieron para la Argentina, ¿sus papás, sus tíos, iban a algún lado, a algún centro? ¿Conservaban las costumbres de allá?

— Bueno, las costumbres de a poco se van yendo, ¿no? Bueno, no, en las comidas... Yo de la empanada gallega no me voy a olvidar jamás. La hago como si fuera allá. También el pulpo gallego es una comida muy exquisita. Algunas costumbres quedaron. Por ejemplo, la tortilla de papas yo no la hago como la hacen acá en Argentina, la hago como la hacía en España, con las papas redondas y fritas.

— ¿Usted siempre mantuvo su ciudadanía española?

— No me hice ciudadana argentina. No tenía necesidad. Mis padres, tampoco.

— ¿Hay alguna cosita que quiera contar, de su niñez, del viaje, de su papá?

— Mi papá estuvo cuatro años en la guerra civil, fue la que

duró más. Cuando estaba Franco, es el asesino número uno. Tenía que presentarse; si no, lo venían a buscar y lo mataban. Tenía que presentarse. Anduvo por muchas partes. Por Valladolid, Orense, Pontevedra, toda la guerra civil, por todos lados. Bueno, llegó, no sé si en Valladolid, iba con tres caminando, y había un montón de paja, lo venían siguiendo. Ya no tenían escapatoria y se metieron abajo de la paja. Y ellos creyeron que eran los falangistas, que eran de Franco. Se creyeron que eran dos. Ellos vieron que parecía que alguien había ahí adentro. Empezaron a tantear con los fusiles, para ver si había alguien. No encontraron a nadie. Regresaron y los dos le dicen a mi papá: Ángel, vamos a salir que van a venir de vuelta. Justo en el momento que sale, los matan. Matan a uno, al otro lo dejaron herido. El que quedó herido lo llamaba, le decía: "Ángel, vení, salí, me muero". Mi papá estaba abajo, mi papá era el único que no quería salir. Y les decía mi papá: "Si ustedes salen van a morir, los van a matar", y así fue. La Guardia Civil estaba ahí. La Guardia Civil le decía: tus compañeros eran asesinos totales. Tu compañero ya tiene bastante. Ellos se creían que era por el otro que había muerto. Porque eran tres y ellos se creían que eran dos. Mire cómo tuvo un Dios aparte mi papá. Después de que se fueron todos, ahí salió mi papá, lo cargó en la espalda, le decía: "Ángel, llévame a Desas, llévame a mi casa". Lo cargó y lo llevó. Porque quedaba cerca. Lo llevó y cuando llegó, con la familia ahí, sus últimas palabras fueron éstas: "Tengo que morir cantando porque llorando nací, las penitas de este mundo se acabaron para mí". Ésas fueron las últimas palabras que dijo y ahí murió. Y sí, seguro que allá con el Señor iba a estar mejor.

—Y su papá, ¿qué otra alternativa tuvo?

—Mi papá tuvo un problema bastante serio. Nosotros económicamente estábamos muy bien, pero mi mamá no sabía leer ni escribir. ¿Qué pasa? Cuando ya habíamos decidido y estaban todos los trámites hechos para viajar a la Argentina, y no sabía y tenía que leer unas letras de imprenta. Durante un año, después de que mi papá había vendido todo, porque eso se lo dijeron a último momento, había vendido todo, así que durante un año con cuatro hijos tuvimos que vivir con la plata esa. Vivíamos en nuestra casa de Desas, que fue lo único que mi papá no vendió. Después vendió todo: el

ganado, las hectáreas que tenía, que eran cualquier cantidad.

—Necesitaban guardar ese dinero para venir acá.

—Sí, teníamos que tener recursos suficientes para venir acá.

Y para comprarse la casa en la que actualmente estoy viviendo. Por eso es que allá nosotros estábamos muy bien. El tema es que mi mamá no lo podía ver a mi papá trabajando tanto. Estaba muy delgado. Acá empezó a engordar. Aunque allá se sentía bien, de salud estaba bárbaro. Pero mi mamá eso no lo podía tolerar, que no tenía descanso. Hasta los domingos trabajaba, hacía redes. Allá hay para hacer harina, un molino, le pegábamos con un palo a las espigas y caían en un cántaro, luego recogíamos los granos en una bolsa y los trasladábamos al molino. Había un horno en el pueblo para todos, un horno grande, que había que sacar turno. Mi mamá hacía todo casero. Era bárbaro, teníamos una vida hermosa. Esa cosecha alcanzaba para todo el año. Por semana nos tocaba una vez por persona, y hacíamos 3 ó 4 hogazas de pan, grandes, después a la semana siguiente otra vez, y así. Me acuerdo de los jamones crudos que colgaban del techo, qué ricos, los bajábamos y los cortábamos a cuchillo.

— Cuando venían para acá, ¿pensaban que iba a ser mejor?

—No, yo no pensaba nada, no quería venir, no queríamos venir, no era como ahora, yo cuando vine tenía 12 años y jugaba con muñecas. Ahora una chica de 12 ya tiene novio. Éramos muy inocentes, muy puras.

— ¿Qué les diría usted a los chicos que ahora se están yendo para España?

—Les diría que es lo mejor que pueden hacer. Si quieren vivir bien, que se vayan a España. Acá estamos mal.

— Pese a que usted extraña a su España, ¿les aconseja igual que se vayan?

—Sí, sí. Que se vayan a España que allá hay trabajo, España los va a recibir con mucho amor y cariño porque es en realidad la Madre Patria, así que yo les aconsejaría que vayan. A los chicos jóvenes que tienen toda una vida por delante, y si después a través de los años ellos extrañan, pueden regresar.

María Encarnación Villar

— Díganos su nombre y lugar de nacimiento.

— María Encarnación Villar, y nació en Villa Roqué, provincia de León, el 24 de mayo de 1924. Cuando yo era muy chica, mi madre se vino para acá y yo quedé con mis abuelos. En el pueblo, que era muy chiquito, corría un río con aguas muy claras, entre dos montañas, y ahí íbamos a lavar la ropa. Vivían del ganado porque tenían vacas, ovejas, chanchos, gallinas. También había verduras, repollos, nueces, avellanas. Se consumía eso. Cuando sobraba algo se llevaba a la feria de León. Con eso se compraba después ropa, o lo que se necesitara para la casa. Cuando yo tenía diez años me vine a la Argentina, y me llamaba la atención en los puertos que todos vendían sus productos. Y lo que más me atrajo fueron las bananas en cachos, porque allá no se conocían. En la Argentina probé por primera vez las bananas.

— ¿Qué frutas consumían allá?

— Naranjas y frutas secas, nueces, avellanas. Otro tipo de frutas no me acuerdo. Traían otras variedades cuando iban a León. En el viaje en barco tardamos treinta días. Vine con unos parientes que no los conocía. Ellos se fueron a Mar del Plata y yo me quedé acá, que me estaban esperando mi madre y mis tíos. Mi madre trabajaba y yo me quedé viviendo con mis tíos. Hace ya de esto casi 70 años, porque tengo 79 y tenía casi 11 cuando vine. Los chicos de ahora no son los de aquellos tiempos, son muy vivos, nosotros éramos unos pavos.

— ¿Se acuerda el nombre del barco, cómo fue el viaje?

— ¡El viaje, lindo! El barco se llamaba Arturo. Todo nos llamaba la atención, porque nunca habíamos salido del pueblito. En cada lugar que paraba aparecían las embarcaciones con las cosas del pueblo. Yo me quedé con mis tíos que ya estaban casados, mi madre trabajaba como sirvienta con cama adentro, así que nos veíamos los domingos o cuando podía. Fui a la escuela de 8 y 38. Acá el estudio era distinto, con casi 11 años yo casi tendría que haber salido de la escuela, pero fui a tercer grado. Pero era lindo, con los compañeros. Y como la lengua es igual, a lo mejor algunas palabras son distintas,

pero no es como si fuera una lengua extranjera. Mayormente la pasé bien.

— ¿Qué diferencia había entre el colegio de allá y la escuela de acá?

— Son otras materias, otras formas, había que ir a la mañana y a la tarde, no había grados como acá. Nos iban pasando de acuerdo a cómo sabíamos. Estaban todos los grados juntos, era chiquita la escuela porque chiquito era el pueblo. Es distinto todo. También eran otras comidas, no sé cómo explicarle. Éramos muy inocentes en todo. No sabíamos nada. No es como ahora que un chico de siete o diez años ya sabe todo de todo.

— ¿Volvió a su pueblo, se acuerda bien de él?

— No, no volví. Me acuerdo, sí, eran casas de alto, abajo estaba la cocina y arriba dormíamos. Al lado, no pegado pero al lado, estaban las vacas, que también eran de alto, porque abajo estaban las vacas y arriba les almacenaban el pasto seco. Porque en invierno helaba mucho, entonces no tenían comida. Ese pasto seco guardado se los daban en los días de nieve. Después, las ovejas estaban en otro lugar un poco más lejos, tenían la mitad cerrado y la mitad abierto, para conservar el calor de los cuerpos. Cuando nevaba se formaban esos "caramelos" enormes, como a veces dicen acá que se forman en Bariloche, yo me acuerdo que eran enormes, porque nevaba mucho. Los abuelos se dedicaban a la agricultura, tenían que nevaba mucho. Los abuelos se dedicaban a la agricultura, tenían verduras —no como acá—, había repollo, papa, después estaba el trigo. Lo mandaban a León y traían la harina, para hacer el pan y todo lo que sea necesario. Una parte se vendía. Se mataban muchos chanchos y se aprovechaba todo, primero se sacaba la grasa y se derretía, se usaba para las comidas, en lugar de aceite, como acá. Se hacían las morcillas, los chorizos, se aprovechaba todo. Las patas y la cabeza las hacían con repollo, para las comidas. Después, las gallinas y los huevos, se esquilaban las ovejas. Había un río que caía de la montaña, pero no tiene nombre. Lavábamos la ropa, no había tabla como acá, la lavábamos sobre las mismas piedras del río. En verano nos bañábamos ahí mismo.

— ¿Usted con quién iba al río?

— Mi abuelo se había casado dos veces, entonces con el

hijo de la abuela, que eran mis tíos, ellos se vinieron primero a la Argentina. Y también con otros, si nos conocíamos todos, no había la maldad que hay hoy, digamos. Íbamos ahí, nos sentábamos en las piedras, jugábamos. El juego era con piedras, a ver quién las tiraba más lejos, jugábamos a la mancha, totalmente inocente.

—¿Cómo siguió su vida acá?

—Me quedé siempre con mis tíos hasta que me casé.

—¿A su mamá cómo se le ocurrió venirse sola?

—Ella era soltera, en el barrio se conocen todos, y saben que es soltera, allá se toma de otra forma diferente que acá. Así que decidió venirse, fue idea de ella venir. Tendría cuando vino 22, 24 años. Cuando ella vino yo tenía unos cuatro, cinco años, así que estuve sola con mis abuelos unos cinco años. Yo la extrañaba a mi mamá. Pero como mi madre vivió siempre con mis abuelos, yo estaba con mis abuelos.

—¿Usted aquí con quién se casó?

—Con un italiano. Murió hace doce años. Lo conocí cuando éramos vecinos. Tenía una hermana que era de mi edad, así que iba todos los días a la casa. Él hablaba castellano lo más bien, porque se vino acá cuando tenía dos años. Con la familia de él, no tenía problemas con el idioma cuando estábamos con ellos, pero cuando se reunía toda la familia y hablaban entre ellos, no les entendía nada. Ellos tenían el Círculo Trentino, que iban siempre y a mí no me gustaba ir. Yo no aprendí nada de italiano porque mi marido no hablaba nunca en italiano.

José Luis Rodríguez Álvarez

— Mi nombre es José Luis Rodríguez Álvarez, nací en León el 13 de octubre de 1941. El motivo del viaje mío a la Argentina es un poco curioso, no sé si vale la pena contarlo. El primer emigrante fue mi abuelo, vino a la Argentina los primeros años del siglo XX, y se radicó en Carlos Tejedor. Trabajó muy duro con un hermano e hicieron una pequeña fortuna para ese momento, lo suficiente para que a los cuarenta años no trabajaran más. Entonces a partir de los cuarenta años se dedicó a viajar a España, algún viaje a Cuba, y otro tiempo se radicaba acá. Tuvo tres hijos, uno de ellos, obviamente, mi madre, que nació en Carlos Casares, mi madre es argentina. Bueno, en uno de los viajes que hizo mi abuelo a España, comenzó justo la guerra civil, entonces se tuvo que quedar. En el año '36 se tuvo que quedar. Paralelamente, desde otro punto del mundo, mi padre, era hijo de una familia gallega. Mi padre jugaba al fútbol y jugó en la primera división del Deportivo La Coruña. Con lo que ganaba, a pesar de que tenía una buena posición, se recibió de abogado. Cuando comenzó la guerra, por el hecho de ser abogado, con un pequeño curso que hizo en el ejército, lo incorporaron, le tocó del lado de Franco, hizo la guerra como oficial y terminó la guerra como capitán. En el año '38, poco antes de terminar la guerra civil, lo hirieron en una pierna. Mi madre que, como comenté recién, estaba imposibilitada de abandonar España con la familia de mi abuelo materno, lo conoció porque ella era enfermera voluntaria en un hospital. Entonces se casaron y de ese casamiento nacieron cuatro hermanos, de los cuales sobrevivimos dos. Por motivos, supongo que de añoranzas de mi madre, porque cuando terminó la guerra mi abuelo inmediatamente se volvió acá, tenía sus negocios acá, y mi mamá sentía mucha nostalgia, extrañaba mucho a la familia, porque en realidad ella estaba sola allá, porque mi abuelo se vino antes, un hermano se vino antes y terminó su carrera acá, y al sentir ese tipo de nostalgias y sentirse mal fue arrastrando a mi padre, que en un momento dado supongo yo, y eso no nos lo dijo nunca, se habrá sentido mal, suponemos nosotros con el tiempo, porque le tocó después de que terminó la guerra civil y por ser abogado, la desgra-

ciada tarea de ser juez militar, en un proceso dictatorial como el de Franco, no debe haber sido nada sencillo. Seguramente todos esos motivos fueron los que hicieron que mi padre abandonara una posición que era buena, en la cual era un profesional, y nos vinimos acá a la Argentina. Llegamos el 21 de junio de 1952 en un barco que se llamaba Monte Urbasa, que salió del puerto de Vigo y tardó 21 días en llegar a Buenos Aires. Esto es el primer aspecto de lo que yo podría relatarles.

— ¿Cómo fue su llegada a la Argentina?

— Llegamos a Buenos Aires y la impresión que recibí fue mala. Llegamos en plena sudestada, cinco días nublado y lloviendo. La tristeza que nos embargaba era tremenda, porque nosotros veníamos del verano español, de hacer un crucero en el barco que es agradable, con buen tiempo, llegar acá con frío, llovizna... Pero éramos cuatro hermanos, éramos unidos, y de alguna manera pudimos superar, digamos, ese pequeño desarraigo, aunque en realidad, los chicos viniendo con la familia el desarraigo no es tan grande. Supongo que para mis padres fue muy fuerte, y tendrían en ese momento 32 años. Bueno, ese mismo año conseguimos ingresar en el colegio, acá en la Plata, en la Escuela N° 2. Hice hasta 5° grado y después hice 6° en el Sagrado Corazón, luego seguí en la Escuela Industrial y después ingresé en la Facultad de Ingeniería y ahí me recibí de agrimensor. Ésa es mi vida a grandes rasgos.

— Volviendo a España y a su niñez en España, ¿cuáles son los recuerdos más gratos que le han quedado?

— No sé si podrían ser gratos. Tengo un recuerdo que me impactó mucho: me impactaban mucho las procesiones. Nosotros vivíamos, no sé si ustedes conocen León, en la avenida Padre Islas frente a la estación de Matallán, el tren de trocha angosta, cerca de las murallas viejas de León. Y las procesiones, que para Semana Santa las de León eran de las procesiones más importantes de España, por la calidad, por los pasos, y por la cantidad de gente, y por el fervor de las cofradías de los que integran las distintas cofradías... Por eso es muy importante, y nosotros vivíamos en un primer piso, siempre recuerdo sobresaltado la música lúgubre de la procesión, los tambores, y yo era chiquito y no los veía desde el primer piso y

por ahí aparecían encapuchados de negro, y los pasos que en esos Cristos sanguinolentos pasaban a metros míos del galpón, y eso me sobresaltaba mucho y lo tengo como un mal recuerdo. Me acuerdo cosas alegres también. Yo tenía un tío que vino para acá, un hermano de mi madre, que estudió allá veterinaria e integraba la "Tuna", la agrupación musical de las universidades españolas, muchas veces venían adonde nosotros vivíamos a darle algún tipo de serenata, porque normalmente lo hacían los integrantes de esa agrupación musical. Recuerdo salir con mi padre, ir los domingos a los bares, iglesias, la catedral, mucho, San Isidoro, las murallas de León. Es una ciudad muy bonita. Volví, en realidad en León estuve un solo viaje, en el año '80, después he vuelto, pero no volví a León.. Bueno, no lo encontré demasiado cambiado, me parecía que no me iba a acordar de nada, lo había negado, me había borrado muchas cosas, yo esto lo cuento y ustedes pensarán que yo lo tengo muy presente. Lo que pasa que ese viaje a mí me significó recordar muchas cosas, no sé si las había querido olvidar, pero el viaje ese fue para mí como reencontrarme con un pasado que lo tenía muy lejano, muy borroso. Encontré una ciudad hermosa, la gente leonesa es una gente muy fina en su manera de hablar, sus mujeres son muy elegantes, se visten muy bien, igual que las asturianas. Me han llamado la atención frente a otros lugares de España.

— ¿Cómo era la vida de su padre cuando se vinieron acá, a la Argentina?

— Como ustedes saben, si bien España estableció convenios para revalidar carreras universitarias, mi tío, por ejemplo, que se había recibido en León de médico veterinario acá lo revalidó. Pero la carrera de abogacía no es una carrera factible de revalidar, porque la legislación es absolutamente distinta. Podían reconocer materias muy básicas, Derecho Romano, Filosofía del Derecho, muy pocas materias. En realidad tenía que empezar de nuevo, y él estaba trabajando, nosotros éramos cuatro. Acá trabajó, lo primero que hizo cuando llegó: trabajó en una carpintería, después trabajó como visitador médico, toda la vida, que no tenía nada que ver con su profesión. Era una persona capaz, con mucha facilidad para aprender.

— ¿Su padre estaba integrado en la Argentina? Porque

la mayor parte de los gallegos vinieron acá. ¿No se integró al Centro Gallego?

—No, no se integró a ninguno, era una persona muy hogareña mi padre, yo no diría poco sociable, pero en realidad no se integró.

—¿Y el abuelo tenía contacto con los castellanos?

—No, tampoco. El único, yo, y no hace mucho, me asocié al Centro Castellanoleonés.

—¿Costumbres que se conservaban en la familia?

—Con respecto a las comidas, sí, yo las mantengo también. Donde podemos —mi mujer es argentina, es de descendencia española también— hacemos comidas, yo cocino el cocido español, la fabada asturiana, con mariscos, lo que en España es una de las comidas más ricas, que le llaman gambas a la gabardina que son langostinos fritos envueltos en una pasta, es algo muy rico. La música la mantenemos, y la literatura española también, yo donde puedo leo, lo que siempre me remite a España...

—¿Mira algún canal español?

—No, no lo miro mucho, en realidad no me gusta mucho el canal español, el cinco creo que es, y el 54, en realidad no me parece muy buena la televisión española, por lo menos el canal que se ve acá que es el canal estatal, no, no me gusta mucho...

—Si hubiera tenido que tomar la decisión de irse o quedarse en España, hoy, en perspectiva, ¿cuál hubiera sido esa decisión?

—En el momento en que nos vinimos, que fue el año '52, en España se vivía mal, si bien hacía tiempo que había terminado la guerra, España sentía un bloqueo, Franco se caía, cuestionado en su política, y había un bloqueo económico. Estaba difícil la vida, si bien nosotros teníamos un buen pasar, pero yo creo que en ese momento se vivía mal. Si yo hubiese tenido que tomar una decisión, no hubiese sido la misma que por ejemplo ahora. Ahora España tiene otra realidad. Como la Argentina, en esa época, cuando nos veníamos, nos decían los amigos de mi familia: "Qué suerte, se van a América, van a volver millonarios". Era la idea que había, era cuestión de venir a América y volver con mucho dinero, pero siempre

pensando en volver. A veces es como una reflexión que me hago, muy particular. Pienso en que el motivo de que la Argentina es un país muy desarraigado es el hecho de que el inmigrante nunca pensó en quedarse, aunque después se quedaba, pero siempre el que venía lo hacía con la idea de hacer algún tipo de diferencia de dinero y después volver a su país. A veces es la falta de identidad nacional que tiene la Argentina, en muchos casos.

—¿Usted se nacionalizó argentino?

—Me tuve que nacionalizar, me nacionalicé después de los 18 años cuando tuve que empezar a trabajar.

—¿Se siente argentino, español, las dos cosas?

—Me siento las dos cosas. En cuanto a la discriminación, la pregunta que me hicieron de cuando era chico, yo pienso que no existió como tal. Me parece a mí más bien que cuando éramos chicos, pero me parece que la actitud en general de los chicos, los chicos son agresivos, propensos a burlarse del gordo, del petiso, es una actitud casi normal. Entonces nosotros la teníamos, yo también la sentí, pero la sentí hasta que abandoné la niñez, cuando me relacioné con adolescentes, gente mayor, no sentí ningún tipo de discriminación. Eso yo lo sentí cuando era chico, pero ahora a la distancia pienso que no fue porque era español o italiano, sino por la naturaleza un poco cruel de los chicos.

Juan Ramón de Prado Fernández

—Según España mi nombre y apellido completo es Juan Ramón de Prado Fernández.

—¿Cómo vino para acá, a qué edad vino?

—Bueno, a qué edad me trajeron, porque no fue mi voluntad el haber venido. Yo tenía cinco años, mi papá andaría por los treinta, mi mamá andaría por los veinticinco o mi papá tendría un poquito más. No, no tengo ganas ahora de andar haciendo cuentas, perdiendo tiempo en cuentas. Mi papá vino primero, escapado...

—¿Cómo es eso?

—¿Qué sé yo cómo es eso? Como es todo allá, primero fue la guerra, después un día uno se entera de que peleó para el lado de Franco y él es comunista, después cuando uno tiene un pariente que no lo quiere y relata por qué se escapó, bueno, dejemos esas cosas que son vidas privadas de mi papá.

—Bueno, ¿dónde había nacido?

—En el pueblo de Cistierna, en León, y mi papá —como te cuento— vino primero y consiguió un trabajo. Éste era un país que afortunadamente cualquier persona que quería venir a trabajar y viniese con una mano adelante y la otra atrás conseguía trabajo, y en dos años se podía comprar su pequeña casita, así que en esa época era un país próspero que le abría los brazos a cualquiera, sea español, boliviano o paraguayo; hoy no quieren a nadie, pero tampoco en España quieren a nadie así que no sé qué es lo que está pasando que entonces no pasaba.

—¿Cómo vinieron ustedes? ¿Su papá los mandó a buscar?

—Sí, yo me supongo, con mi madre, éramos tres hermanos, los tres somos españoles y con mi madre en el año '52 vinimos...

—¿Cómo fue esa partida? ¿Tuvo idea de que se venía?

—No, yo no tengo idea de venir me, yo tengo idea de ser un chico muy, muy travieso, me acuerdo mucho del barco, jugar mucho en el barco y que mi madre estar atrás, pobrecita, de los tres, no me acuerdo de haber cuidado a mis hermanitos, por el contrario...

—Usted era el mayor.

—Sí, soy el mayor, sí.

—¿Recuerdos de haber dejado cosas, de esa partida, de sus abuelos o sus tíos o sus primos, despedidas?

—No, no tengo muchos recuerdos, no tengo muchos recuerdos de España. A esa edad, no, uno no se tiene conciencia... Yo estuve en España hace un año y realmente me fue maravilloso, ver mis tierras donde había nacido, donde había estado y no recordar absolutamente nada, absolutamente nada, nada, nada. Es como que siempre hubiéramos estado de un lugar a otro. Yo sé que con papá estuvimos mucho tiempo en Cistierna, pero de Cistierna habré estado hasta los tres años, quizá recuerde al abuelo, que ya murió, que según me dijeron en España ahora cuando fui es muy parecido a mí, nada más que yo soy mucho más alto que él...

—¿Alguna canción, algo que le recuerde que su madre le cantaba?

—Oh, las canciones que mi madre cantaba en aquella época, sí, sí, por supuesto, Pedrito Rico. Ya son canciones de aquí cuando mi madre sintonizaba la radio y escuchábamos radio, todas las audiciones españolas habidas y por haber que pasaban por todas las radios. En esa época eran pocas.

—Del viaje, usted dice que era travieso...

—Me recuerdo que mi madre estaba permanentemente alerta porque era un barco de inmigrantes, era un ¡barco!, con la proa, la popa, no sé cómo se le llama donde están la gente, los chicos, están ahí mientras... la cubierta, donde transcurren los días. Yo me acuerdo que me asomaba así y veía agua, agua, agua por todos lados y el barco que caminaba y yo tenía menos de cinco años, así que los gritos, me acuerdo de los gritos de mi madre. Me acuerdo muchísimo, muchísimo cuando llegamos con mi madre al puerto de Buenos Aires y yo descubrí a mi padre. De eso sí me recuerdo muchísimo, siempre lo tengo grabado en toda mi vida con mis cinco añitos haberle dicho: ¡Mamá, mamá, allí está! Entre toda, entre toda la muchedumbre que estaba esperando a otra muchedumbre poder señalar al pelado de mi papá: ¡Allí está, allí está! ¿no?

—¿Cuánto hacía que no lo veía?

—Mi papá vino en el '50. Yo vine en el '52, pero imagínate

que, si yo tenía cinco años, cuando mi padre se fue tenía tres, así que hay que tratar de acordarse de eso...

—¿Y la llegada?

—Es ésa, la de haber dicho: “¡Papá, papá, papá! ¡Allí está, allí está! ¡Mamá, papá, papá allí está! ¡Allí está!”. Y a papá saludando con los brazos en alto, y nosotros también, ¿no? Y bueno...

—Al poco tiempo que llegó debe haber empezado la escuela...

—Al año siguiente empezamos la escuela. Era un barrio humilde, Berazategui era un barrio humilde, muy humilde, pero eran casi todos inmigrantes, el que no venía del Chaco, venía de Italia, así que...

—¿Y ustedes se reunían con gente española, del pueblo o de la provincia?

—No, no, no. Es buena la pregunta porque le preguntaría a mi padre por qué no fue a buscar a algún pariente, porque parientes por parte de mi madre teníamos, teníamos en Lomas de Zamora, teníamos en otros lados, pero bueno, cada quien conoce la historia de su familia y sabrá por qué no se buscaron, al contrario, unos estaban en Lomas de Zamora y nosotros estábamos en Berazategui, cuando nos queríamos visitar teníamos que salir dos días antes (*risas*).

—¿Eran frecuentes las visitas?

—No, no, no, un par de veces al año, podríamos decir.

—¿Qué oficio tenía su padre?

—Mi padre... Era una especie de comerciante en España, él comerciaba, hacía todo ese tipo de cosas, así que tuvo que irse, eso lo sé yo clarito que tuvo que irse o iba a la cárcel; o iba o se venía para la Argentina.

—¿Se puede saber el motivo?

—No lo quise ni yo indagar... Eso sí, sé que son motivos comerciales... Acá inmediatamente encontró trabajo en Gurmendi. Gurmendi era un español, era una metalúrgica muy grande en Avellaneda y que no tenía ningún empacho en que todo español que viniese y quisiese trabajar allá le daba trabajo, de alguna forma se lo encontraba.

—¿Y le parece que era un trato igual o mejor que el del trabajador común, o los tomaba sacando alguna ventaja?

—No, no, al contrario, tengo muy buenos recuerdos de este hombre, de Gurmendi, mi padre siempre me hablaba muy bien de ellos, de la gente, de la familia Gurmendi. Yo me acuerdo de haber recibido muchos útiles y de primerísima calidad de parte de esta familia, o sea que todos los años al iniciar las clases este hombre, como patrón, como dueño de la fábrica, a sus empleados, a todos los que tuviesen hijos les daba libros, cuadernos, los primeros instrumentos que prácticamente eran los que después íbamos a utilizar durante todos los años. Y hasta me recuerdo que nosotros éramos tres chicos y prácticamente logramos hacer una pequeña biblioteca en la familia con los libros que nos daba Gurmendi.

—¿Qué trabajo hacía su padre?

—Obrero metalúrgico, después inmediatamente pasó a ser capataz, empleado administrativo, era en su época de trabajador una persona sumamente capaz... Siempre se jactó de eso, tener tercer grado de estudios primarios terminados, pero él me decía siempre que con ese tercer grado más lo que aprendió por su cuenta superaba a cualquier bachiller que se le viniese de la fábrica.

—¿Con ideas políticas?

—Sí, era un férreo comunista mi padre, sí, en ese sentido nos adoctrinó bien.

—¿Cómo fue la inserción de ustedes, como familia, aquí?

—En aquella época el que no venía de España, venía de Italia y el que no, de Polonia, y el que no, de Hungría, y en el barrio donde nosotros vivíamos y en otros barrios, eran todos así...

—¿No se sentía una discriminación? Por el acento, por ejemplo...

—Tengo una pequeña anécdota, sí, serían los primeros días de clases, en que yo ya iba con mis vecinitos, me parece que el vecinito era tucumano, el otro vecinito era un tal Franco, Franquito, de Italia. Íbamos por la calle con nuestros guardapolvitos, nuestras carteritas, bien peinaditos, medias blancas, zapatitos lustraditos, bien peinaditos con gomina y el guardapolvo ¡plan-cha-do!, hoy la plancha no se

conoce, ¡plan-cha-do! y además con almidón, acordémonos... Y me recuerdo que íbamos caminando y apareció por ahí un perro que cojeaba de una pata y hoy podemos decir que cojeaba de una pata, pero en aquella época no podíamos decir y yo dije: ¡ay, un perro cojo, un perro cojo, un perro cojo! Y la risotada de los chicos fue general, general hasta que me hicieron pasar vergüenza, ¿no?, pero como buenos chicos, y como yo no me dejaba tampoco amedrentar, me dijeron: "Aquí no se dice, aquí se dice rengo, acá cojo no, cojo es otra cosa...". A esa edad, seis años, tampoco sabíamos explicar qué era cojo, pero que era una mala palabra, que era una reverenda mala palabra, horrible, así que ni en esa edad ni supe qué era cojo, pero supe que a alguien que cojeaba se le decía rengo, rengueaba.

—¿Notaban diferencias en las costumbres, entre ustedes y el resto de sus compañeros, de ese tucumano, por ejemplo?

—No, no, no, yo me adapté muy rapidísimo, muy rapidísimo, a los chicos, a todos, tendría que hilar en mi memoria muy profundo, pero creo que íbamos a la carnicería y pedíamos lo que pide todo el mundo, la milanesa, el churrasco, la carnaza, el cuadril, el puchero, así que no, no me recuerdo ya, salvo esa pequeña anécdota... Mis padres hablaron siempre con el acento castellano, yo no podía absorberlo, pero se me quedó muy pegado a tal punto que el año pasado fui a España y al día siguiente ya estaba hablando como un castellano más, y al día siguiente de volver acá estaba hablando como un argentino más...

—¿Cómo vivían sus recuerdos sus padres?

—Directamente desapareció España para la familia. Mis padres, los inmigrantes, venían aquí para quedarse, entonces, tomaban la política de decir: si nos tenemos que quedar, más vale olvidémonos. Y que nuestros hijos nazcan, o sea, crezcan, sabiendo que son españoles, pero nada más, o sea, que se adapten absolutamente a esta forma de ser. Nunca lo escuché a mi padre criticar al país, tampoco se lo escuché, no es una persona tampoco que ande alabando nada, pero nunca lo escuché criticar, decir: este país de mierda o que tanto le di o que tanto me sacó, que esto, que aquello. No

jamás, jamás, como sí lo escucho en muchos argentinos...

—¿En su mamá no había añoranzas, hacia la familia que dejó, escribían cartas, se carteaban con familiares? Porque a veces las mujeres son más de añorar ¿no?

—Mi mamá prácticamente no sabía escribir, con el tiempo después sí aprendió ¿no? Y a leer, a escribir y a ser muy inteligente y ser muy avispada. Mi padre era superdotado, porque él, si tienen que discutir al lado de cualquier presidente de cualquier país él se pone a discutir, a hablar y está a la altura perfecta ¿no? En cuanto a sabiduría, en cuanto a experiencia y en cuanto a demostrar razones, de tal punto que si esto es negro, él te dice que es blanco o te va a convencer de que es blanco. Pero mi madre, no, mi madre era una persona más normal. No nos escribíamos, al poco tiempo de estar nosotros vino un hermano de mi madre, yo era muy pequeño, tendría unos ocho, diez años, así que estuvo un poco tiempo en casa, en esa casa de Berazategui, y mi padre lo echó, me parece que tuvieron una discusión muy fuerte, yo la escuché y era porque a ese tío no le gustaba mucho trabajar y como no conseguía rápido trabajo mi padre le debe haber dicho: "Que no te voy a mantener, ala, a tu casa", y se volvió a España. Estuvo un poco tiempo por ahí por Cuba, por algunos lados y se volvió a España, terminó en España y hoy está en España. Vino también una hermana de mi padre, tía Concha, aquí se tuvo que poner tía Conce, de Concepción. Con su hija, tía Concha ¿no? y su esposo vinieron aquí, estuvieron en Once un tiempo trabajando y no, no pegaron, habrán estado unos diez años, un poquito menos y se volvieron para España. Quiero decir que si vinieron ellos es porque algo se tienen que haber carteadado entre mis padres y haberles dicho: "Bueno, mira, aquí se puede, no se puede", y también quiere decir que en España seguía habiendo miseria, hambre, falta de trabajo, falta de oportunidades y aquí había abundancia, exceso de oportunidades, exceso de trabajo. Claro, si vienen y no se adaptan, eso no quiere decir que acá esté mal...

—¿Cómo se relacionan ustedes, si se relacionan, con la colectividad, con los centros?

—Yo me acuerdo que íbamos cuando yo ya empecé a tener mis trece años y estábamos viviendo en Wilde, o sea, más cerca de la

Capital, íbamos al Centro Asturiano, que yo me recuerdo que en el Centro Asturiano, también íbamos al médico, íbamos a los bailes, a las cosas del Centro Asturiano, sí... Era en el Centro Asturiano donde festejábamos las fiestas...

—Había convivencia entre gente que a lo mejor allá en España había tenido algún enfrentamiento. Usted hacía mención a que su padre había sido comunista...

—Mi padre fue comunista por convicción, literato, no por acción porque cuando tocó luchar, cuando a mi padre lo pescaron, lo agarraron los falangistas, así que peleó del lado de Franco y cuando se pudo escapar, se escapó de la guerra, así que debía tener varios pedidos de secuestro por haberse escapado, por haber hecho contrabando, por haber hecho algunas cosas, así debe haber pasado ¿no es cierto? Por ahí yo me recuerdo de las reuniones de familia, de tener discusiones políticas, pero no pasaban nunca jamás a la acción. Yo me recuerdo que la familia de Lomas era una familia muy alegre, siempre metían, cuando ya empezaba el postre y las botellas se vaciaban, le metían una cucharita en la boca de una botella, la empezaban a tambalear con la mano y ¡ah, ah, ah, ah, ah! Y la cucharita esa sonaba como castañuelas. Se reunían y cantaban, yo siempre recuerdo mucho, cantaban todos, mi padre no, mi padre era parco, pero ellos no, eran muy alegres. Y bueno, posiblemente, algún enfrentamiento así, teórico o...

—Usted dijo que sus padres habían venido con la idea de quedarse, muchas veces los inmigrantes vienen con la idea de volver, ¿estaban seguros?

—Yo creo que en el subconsciente, quizá, pretendan volver algún día, pero en la práctica saben que no van a volver nunca más. Cuando vieron, cuando ven ese viaje de prácticamente veintiún días hasta Buenos Aires, y ya lo ven como que desaparecen las oportunidades, y cuando ya uno sabe que sus hijos se van a criar acá y se van a hacer grandes acá y van a tener nietos acá y todo eso acá se dan cuenta de que no pueden volver... Mi padre y mi madre se separan y mi madre vuelve a España inmediatamente, o sea, mi madre vende la casa, todo lo que le pudo sacar a mi padre, nosotros ya éramos los

tres grandecitos, cada uno tenía hecha su vida... Mi madre se fue a España. Está allá y desde entonces, volvió a visitarme un par de veces y ahora fui yo a visitarla a ella.

—¿Rehizo su vida?

—Con otra persona no, no la rehizo mi padre tampoco, o sea mi padre en principio sí, pero... esas boludeces que uno peca cuando tiene andropausia, o sea que cuando el hombre tiene la andropausia tiene esas pelotudeces de juntarse con alguna empleada, secretaria o algo por el estilo y, claro, cuando llegan por los cincuenta y pico y la otra está en los veintipico... tarde o temprano se terminan separando también.

—¿Se nacionalizaron ellos?

—No, no, ni nosotros tampoco. Una vez, y esto es de corazón, me quise nacionalizar, cuando mi madre se fue a España la quise nacionalizar y eran tantos los papeles que tenía que hacer y tanto lo que me pedían que desistí de ello, pero después también estaba el problema militar, precisamente quienes destruyeron al país. Este país que estaba yendo hacia un futuro hermoso, a partir de la muerte de Perón comienza un vertiginoso descenso hacia la nada... Yo me recuerdo que en aquella época hasta la renovación de una cédula, un pasaporte, un documento, era terrible. Uno estaba ya también en la cabeza como ultimado a no hacer nada, a tratar de circunscribirse a sus acciones, su trabajo y nada más, y no andar haciendo cosas raras hasta que pasara toda esa dictadura militar. Mi madre es muy probable que también se haya ido por eso, pero yo creo que más se fue porque se desató de mi padre y añoraba España.

—La mujer sufre más el aislamiento.

—Sí, sí, sí, y bueno, la cuestión es que precisamente así se dio: madre viajó, se fue y no volvió, o sea, volvió para visitarnos, pero no volvió nunca más para quedarse. Se fue a Madrid, a Madrid directamente.

—¿Qué siente usted que le haya quedado de su origen español, castellano?

—Nadie, nadie, nadie, en absoluto, puede dejar de sentir aunque no quiera sentir lo que son sus raíces. Yo me preguntaba por qué teniendo diecisiete años me gustaba la música andaluza, qué

5
d
F
S
Z
ii
d
I
f
t

ti
d
c
c
c
k
d
n
d
q
ii
c
a
F
y
n
c
d

tenía yo que ver si a mi padre no le gustaba, la odiaba, será por eso, me llamaban mucho las cumbres, Córdoba, me llamaban mucho ciertas cosas que uno va diciendo por qué no me llama la playa, por qué me llaman las cumbres, tal clima, tal otro... Hay raíces, hay genes, en uno mismo, que están definidos, y yo los sentí muchísimo ahora cuando viajé a España: el por qué de muchas cosas de mi vida que yo no sabía, por qué ciertas cosas me habían llamado tanto la atención, ciertas personas, ciertos escritores, ciertos paisajes, me llamaban tanto la atención y quizá sea que uno lo tiene adquirido ya desde hace mucho tiempo. Entonces yo, aquí en la Argentina, ya soy abuelo, tengo hecha mi vida, más de cincuenta años, absolutamente tres profesiones, bueno, no, no le puedo, o sea, soy ¡argentino!

— ¿Cuándo usted era adolescente, joven, que iba a los bailes, decía que era español o decía que era argentino?

— No, no, no, jamás dije que era español, no jamás, jamás, es más, en algunos lados hoy día, “¿Español?”, me dicen cuando tengo que poner español. “¿Español?”. “Y sí, qué querés, allí, allí nací, no es mi culpa”, digo, pero no es que a uno tampoco le dé vergüenza ni nada por el estilo, menos ahora, por supuesto, pero... Lo que pasa que ya uno es de donde se hace y no donde se nace, como decía mi padre. Uno es de donde paca y no donde nace...

María Teresa León Nistal

— Me llamo María Teresa León, nací en Astorga. Vine en el año 1952, vinimos mi papá, mi mamá y nueve hermanos. Vinimos no porque estuviéramos del todo mal, sino porque un matrimonio con nueve hijos era lo mismo que acá ahora, un matrimonio con nueve hijos y sin empleo. Vinimos todos a Argentina, directo a La Plata. ¿Por qué vinimos? Ante la situación de España y porque había que darles estudios a los hijos, y mi mamá se escribía con un tío que había acá, y creía que acá había más posibilidades que en España, para darles un futuro, las promesas eran que acá se vivía muy bien. Mi papá era mecánico, y sus hermanos mayores también, y que iba a poder darles estudio y todas las comodidades. Yo fui caprichosa, no quise estudiar. Empecé a trabajar y después muy rápido me casé, porque vine como de 17 años. Me casé, tuve tres hijos, me dediqué a la familia, los hijos, a los suegros, a los abuelos, a todos, y bueno... Me quedó la gana de volver a España. Recién ahora empecé a sentir ganas de volver...

— ¿Qué recuerda de Astorga?

— En Astorga me acuerdo cuando tomamos el tren, cuando salimos, fue feo, fue triste, fue dejar todo, y aún hoy me acuerdo, cuando tomamos el tren, la gente que nos fue a despedir. Llegamos a Vigo, abordamos el barco, creo que soy una de las que más recuerdo y que más sufrió y la que no volvió. Yo ya era grande, tenía 17 años. Fui al colegio, mitad colegio de monjas y mitad colegio estatal. Iba al colegio de monjas y me enfermaba. Cuando me enfermaba mi mamá me mandaba a la casa de unos abuelos y unos tíos. Estaban muy bien económicamente, entonces me mandaban al colegio de monjas. Cuando volvía a estar bien de salud y se peleaban mi mamá con mis tías, me llevaba de vuelta a casa. En casa me necesitaban, entonces empezaba a ir al colegio del gobierno. Lindo, todo lo que recuerdo es hermoso, me llevaba mi mamá. Me escapaba con mis hermanos más chiquitos, me iba a lavar al río. En Astorga había un río muy bonito, cerca de la plaza de toros. Y me escapaba, después me retaban, me iba con los chicos. Me acuerdo de todo. Yo hago un mapa, un croquis, y me recorro la ciudad de Astorga.

—¿Qué otras cosas recuerda de allá, las costumbres, las fiestas?

—Me acuerdo de todo. El día de Domingo de Ramos era hermoso, porque, si me pongo a pensar, por donde salía Jesús con el burro y la Virgen por la otra calle y se encontraban, era hermoso. Es lo que extraño. Acá que no hay nada de eso. Las procesiones, las fiestas del pueblo, que eran maravillosas. De mi niñez me acuerdo más que de todo lo que viví acá. De cómo hacían las comidas, para mí era un juego. Se comía de todo. Porque dicen que no había carne, había carne riquísima. Las tortillas, las empanadas, el mondongo, todo. Comidas se comía de todo, porque se comía hermoso puchero. Mis abuelos eran gente de plata, y lo siguen siendo. Lo que pasa es que mi mamá vio que la posibilidad de un futuro mejor era venir acá, rompió con mis abuelos, y a mi papá le dieron la parte que le correspondía que era lo que yo decía del viaje. El viaje anterior fueron los inmigrantes que venían por Perón y en el viaje que vinimos nosotros ya lo pagamos nosotros. Le dieron la parte que le correspondía de la herencia a mi papá y pagó los pasajes. Fuimos en el barco Buenos Aires que fue el último viaje que hizo. Después de ese viaje no salió más el barco ese. Me acuerdo cuando llegamos al puerto de Buenos Aires, que creo que fue una de las desilusiones más grandes de mi vida ver el río, no sé si a alguien le habrá pasado. Ver el Río de la Plata, levantarse a la mañana y asomarse al barco y ver el río fue terrible, porque claro, ese color. Uno viene de un lugar, no sé, a alguien le ha tenido que pasar, es horrible. El camino más largo de mi vida fue venir de Buenos Aires a La Plata. Fue una cosa muy, muy triste, yo siempre extraño porque Astorga es hermoso. En enero es una montaña de nieve permanente. Es algo tan, tan lindo. Ay... estoy mezclando todo... Nos quedamos acá, mi papá y mi mamá, con los años cuando ya estaban todos instalados, ellos volvieron todos los años, hasta que mi mamá falleció. Los chicos casi todos volvieron, yo no... El año pasado también fue otra desilusión, yo vivo de desilusión... Diga que yo tengo un carácter, el humor no lo pierdo. El año pasado me habían hecho ilusionar, porque iba a viajar por el viaje ése que daban de España, y ocho días antes me avisaron que no viajaba. Ya había hecho un año de trámites y de todo. Por el

problema del corralito se me quedó toda la plata que yo tenía para irme, me quedó ahí. Después volví otra vez de nuevo a levantar, con humor y todo, y ahora tengo la ilusión de que me lo van a dar de vuelta, por ahí viajo. Pero siempre fui muy de cuidar a todos, a mis padres, a mi suegro, a todo el mundo, nunca pensé en mí. Recién ahora estoy pensando...

—¿Sus padres eran de Astorga, los dos?

—Sí, los dos. De esas familias que había antes conocidas, mi papá era un mecánico, tenía una casa y la tiene y mi mamá también. Eran tejedores y creo que la industria siguió, porque tienen una tejeduría muy grande y reparten a toda Europa. Pero esas cosas que yo nunca se me dio por volver porque siempre había alguien a quien cuidar y alguien a quien ayudar y nunca pensé en volver. Recién ahora cuando ya están todos criados. Tengo tres hijos varones, casados, con siete nietos. Ya tengo una nieta de 20 años y el más chiquito de cuatro. Recién empecé como a querer ir, pero después de la desilusión del año pasado (2002) como que me endurecí y volví otra vez para atrás. Porque yo ya me veía tocando las puertas, porque me dicen que cómo me puedo acordar después de cincuenta años del lugar, y el lugar yo no lo olvidé. El que viene y me dice: "Pero mira que cambiaron las cosas", pero cambió tal calle, tal casa, no, eso no cambió, la catedral no la pueden cambiar, las iglesias tampoco, los barrios, podrá haberse agrandado alrededor. Las murallas, no las pueden sacar, y es hermoso. Para mí, mucho no me quiero acordar porque me pongo como triste.

—Sus padres, cuando vinieron acá, ¿se relacionaron con otros castellanos?

—No, había gente de Astorga, y había gente de León, había muchos canarios, pero casi todos volvieron para Canarias. Los canarios no se adaptaron al clima, a la gente, se volvieron todos. Mi papá era el que más extraño, porque no se adaptó. Él tenía una vida que iba a su café, su vida ya la tenía muy hecha. No se adaptó nunca. Mi mamá, sí. Mi mamá además era de pasear, de salir, nunca tuvo problemas, mi papá sí.

—¿Cómo hizo su papá para sobrellevar la nostalgia, la falta de adaptación?

—No creo que la pudo superar hasta que él viajó, cuando empezó a viajar iba de una manera y volvía como renovado, era una hermosura el cambio que hacía, porque estaban como dos o tres meses en Astorga, después volvían todos. Mamá era como si no hubiera extrañado nada, pero sería el carácter. Mi papá no, mi papá renegaba siempre porque le faltaba su ámbito, su gente, sus amigos. Era muy difícil adaptarse a esa edad, tenía cincuenta y algo, y nunca se adaptó, nunca le gustó. Era él, tenía ese carácter. Pero, bueno, viendo a todos los hijos como estaban, nunca decía nada, era muy, muy bueno. Se adaptaba a lo que mi mamá quería. Yo digo siempre que nunca conocí una mujer tan, tan inteligente. Era hija única de gente muy, muy bien. Se había casado con mi papá y tuvo los hijos. Lo que le preguntaras lo sabía, ella se adaptaba a todo por lo inteligente que era, pienso yo, no sé. Ahora de grande me doy cuenta de muchas cosas, como por qué se vino acá. A lo mejor había problemas que uno de chico no los ve. De grande es como que te das cuenta de que había otros problemas para venirse, no sólo el tener nueve hijos, sino muchas otras cosas. Otra cosa que yo siempre digo es que este país se podría arreglar, como se arregló España. Porque en España al poco tiempo de venir nosotros se solucionó el problema. Cuando la gente pobre no podía comer ni nada, hicieron un sistema de libreta, de comer y eso, y el que tenía nueve hijos era millonario, porque el gobierno te daba mercadería y cosas, que te sobraba, a la gente pobre le sobraba, entonces trataban de negociar. Íbamos a los barrios así lejos con mi hermano y cambiábamos, por ejemplo, aceite por pan. Estas cosas yo las viví, que era el famoso estraperlo que le decían. Canjeabas, vos llevabas chocolate, por ejemplo, y lo cambiabas por garbanzos, lo que quisieras. Nos escapábamos mi hermano mayor y yo, a eso de las 4:30, 5 de la mañana en invierno, y nos esperaba don Antonio, ahí, viejito, donde hacen el pan, y nos tenía unas fugazas, que acá había, bueno ahora no las veo más, con chorizo colorado, entonces nos sentábamos ahí con el viejo. Después había que volver a casa, y llevábamos el pan. El pan te duraba porque hacían esas hogazas de pan. Mirá las cosas que me acuerdo, cómo cambió todo, a las 7 de la mañana íbamos a buscar los churros, con lluvia, con helada, con escarcha, y mi mamá, que se

levantaba muy temprano, me preparaba el café con leche con los churros. Mirá si le digo a un hijo mío, y le preparaba el desayuno a esa hora para mi papá que se levantaba temprano, porque era sumisa...

—¿Se acuerda de refranes, canciones?

—El año pasado, hace poquito yo fui a un seminario que hicieron en ecología, en el Museo, y ahí me hicieron cantar. Estaban los del museo de Bahía Blanca, y me hicieron cantar, el señor del museo era maravilloso, llevé pastafrolas, las reuniones duraron una semana. Había mucha gente, muchos profesores, y yo les dije que no, y en los intervalos que hacían él me hizo hablar, entonces hablábamos y hablábamos, y un día me dijo cómo había hecho de todo, cómo había conocido a mi marido y, como quien no quiere la cosa, le conté. Él vivía al lado de unos españoles y él siempre renegaba que no se iba a casar con una española nunca, y yo le había conocido, bueno, lo conocí, me casé, los tres hijos, todo bárbaro, y le cantaba, “sabés cómo le cantaba”, le explicaba. Le cantaba “Ojos verdes” que era una maravilla. Cuando estábamos en la sala, dice: “Bueno, yo tengo una señora que me contó así y así, y ahora María Teresa —me había dicho que si cantaba apagaba las luces— va a cantar lo que le cantaba a Cachito cuando lo conoció”. Hizo apagar las luces y no sé, me salió y le canté y después, cuando dije “bueno basta”, encendieron las luces y fue... un aplauso, pero me dio una vergüenza... Fue muy lindo, porque a la gente joven le hacía acordar a la abuela, a la tía. Fue muy bonito. Yo estaba tan entusiasmada que iba a viajar que hacía cualquier cosa.

—¿Usted sigue escuchando música española, ve el canal de España?

—Sí, sí. Veo el canal de España y por ahí son las tres de la mañana y entonces... Porque están dando programas de Las Canarias por el canal 12, bueno 12 lo tengo yo, por la TV española. Ése es una maravilla. Y si me pongo a cantar, todo me gusta.

—¿Canciones de cuna?

—Canciones de cuna, porque le canté a los seis hermanos que crié. Pero eso me parece que lo mamé, porque mi mamá cantaba tangos que era una maravilla. Cantar sí me gusta, y si fuera a España me parece que me tienen que sacar de allí, del lugar donde cante,

porque me gusta con locura. Todo lo español me gusta. Lo que he perdido un poco, lo que yo noto por mis hermanos que han vuelto, es que tienen ese tono así distinto, así como hablan los españoles. Uno lo adquiere cuando convive con ellos, si no, uno lo va olvidando. Pero, por ejemplo, si me pongo a cantar una canción la canto con el acento de España.

— Usted habló de que el viaje a La Plata fue uno de los más largos y tristes. ¿Vinieron en tren?

— No, no, vinimos en auto. No se por qué. Yo no quería venir. Me pareció que tenía edad como para que no me hubieran traído. Pero como veníamos todos, y era una época en la que uno cómo le decía a la madre o al padre “me quedo con mis tíos o con mis abuelos”, imposible. Siempre le eché en cara a mi mamá por qué me había traído, pero bueno, era la mayor y mi papá y mi mamá era adoración que sentían por mí, así que imposible. El rechazo sigue, toda la vida dentro mío. Pero bueno, la vida se dio así, de casarme y de tener hijos y todas esas cosas. Pero yo veo los programas de España y eso y es como un dolor, como una cosa que vos decís por qué. Yo se lo decía a mi mamá. Después, bueno, cuando se murió mi mamá a quién se lo digo. Mi marido no me cree. Yo digo, si él va conmigo, que no le gusta viajar, acá sí, dentro de la Argentina. Pero, por ejemplo, es un hombre que no te cree. Todo el mundo le habla, le dicen todo lo que es España. Si el podía viajar a España, pero es que no me cree.

— ¿Y usted se iría a vivir a España?

— Yo dije que si me iba el año pasado sola yo no volvía. Mirá como seré de mala. Sí, porque todos me dicen “pero los hijos, los nietos”, no, no, los hijos y los nietos si me quieren ver que me vayan a ver. Pero no... Lo digo en serio, yo me ponía la mano en el corazón, que mi marido no me deje ir sola porque no vuelvo. Ahora por qué es eso. Yo tendría que ir a un psicólogo, pero como no creo mucho... Pero no quería, es una cosa que yo decía “irme, me voy”, pero no, no. Porque los que van dicen que van y vuelven porque extrañan...

María Cristina Torres Pérez

— Soy María Cristina Torres Pérez, nací en Burgos, en noviembre del '47, y me bautizaron en el Monasterio de las Huelgas, y mis padres vivieron en Pineda de la Sierra, que es un pueblo, yo lo conocí, está a 49 kilómetros de Burgos, entre montañas, y ahí está la sierra de Almandas, que nace el río Arlanzón que pasa, baña todos los pueblos. Yo me vine de muy chiquita, somos tres hermanos, y la más chiquita venía en moisés, cuando decidieron venirse mis padres. Yo, recuerdos que tengo del pueblo, era cuando me iba con mi papá, me llevaba a buscar las ovejas, íbamos a caballo, y me llevaba como dicen allá, el bocadillo, es el sándwich con el jamón crudo, llevábamos el perro. Cuando volvíamos, me acuerdo porque lo tengo tan presente, el “reguero”, que son las acequias que pasan por el pueblo. Yo me acuerdo porque, con mis primas, me pasaban a buscar, mi mamá nos ponía de punta en blanco y nos íbamos a jugar al reguero y, claro, ahí nos poníamos de agua y de barro. Allá tengo 24 primos hermanos. Después mis padres se vinieron, el 10 de julio del '52 llegamos acá a la Argentina. Papá se vino porque tenía unos tíos que lo llamaron, mamá añoró siempre porque se quedó mi abuelo allá, mamá era única hija, y mi abuelo dicen que se murió de tristeza. Allá quedaron los hermanos de mi papá, que son ocho. Llegaron en el '52 en el Alberto Doderó, salimos de Vigo. Yo empecé acá la escuela porque llegué de cuatro años, cumplí cinco en la Argentina. Nos radicamos en Bahía Blanca, después de ahí pasamos a Buenos Aires.

— ¿Vive su papá?

— Sí, viven. Los dos viven. Mi papá hasta hace cuatro años se iba a jugar sábados y domingos sus partiditos de pelota. Toda la vida jugó a la paleta. Yo volví ahora, en 2001, me fui por el Centro, volví a mi pueblo y a la casa donde viví cuando era chiquita.

— ¿Qué impresión le dio?

— Hermosa, allá me reencontré con todos mis primos. Había muchos que no los conocía, nacieron todos después que yo, cuando me reencontré allá fue todo muy lindo, estuve en la casa donde yo viví, llevé a mi hija, las casas, el pantano, y después, las casas se tienen que conservar todas de piedra, pero adentro son

hermosas. Mis padres tienen allá propiedades y tierras, en los pajares hacen casas de fin de semana. Los pajares son los lugares donde guardan a las ovejas. El pueblo es precioso...

— Cuando habla de pueblo se refiere a Pineda de la Sierra...

— Sí, a Pineda de la Sierra.

— Pero usted nació en Burgos. ¿Por qué nació en Burgos?

— Porque mi mamá fue a tenerme a Burgos. Mis padres son de Pineda de la Sierra, pero tenemos familiares en Burgos, mi mamá estudió en Burgos también, estuvo pupila. A los tres hermanos nos tuvo en la clínica Santa María en Burgos y nos bautizaron en el Monasterio.

— ¿Su papá a qué se dedicaba allá en España?

— Mi papá tenía ovejas y un camión, mi abuelo también, estaba bien la familia de mi padre, pero bueno, se quisieron venir acá a la Argentina. Se vinieron con los tres chiquitos, yo era la mayor de cuatro años, mi hermano que tenía uno y mi hermana que venía de meses.

— ¿Acá qué actividad desarrollaron?

— Tenían una tienda en Bahía Blanca, cuando se jubiló se fue a Salta, tenía un tío de Burgos que vivía en Orán, tenían un hotel, así que se hizo cargo del hotel y estuvieron unos años en Orán, trabajando, hasta que los convencimos, porque ya tenían a los nietos y todo, así que este año se fueron por primera vez a España después de 25 años que no veían a los hermanos. Yo después acá hice toda mi carrera. Las costumbres mis padres sí las siguen teniendo. Además de la paleta, cuando hacen las comidas mi mamá es la que tiene que hacer las tortillas, que hace unas tortillas tan ricas... Y después el pescado, yo también conservo, las comidas españolas me encantan. La música también, se sigue conservando. Los españoles somos así, somos familias muy unidas. Nosotros acá, directos, estamos nosotros nomás, tengo primos lejanos. Después, toda la familia quedó allá en España.

— ¿Sus padres se relacionaron con otros castellanos?

— Mi papá cuando estuvo en Buenos Aires fue vicepresidente del Club Buralés, que se juntan con los de León, así que

siempre, sí, el año pasado le dieron la medalla de oro, siguen teniendo contacto siempre. Fueron dos veces por los viajes que hacen, y por cuenta de ellos, ellos han ido ya varias veces. La única que no había ido era yo, el año pasado fue mi hermano.

— ¿Usted cómo se relacionó con el Centro Castellanoleonés?

— Por el diario. Yo me casé y me vine a vivir a La Plata. Mi marido no era de acá de La Plata. Él falleció y yo seguí estando acá con mi hija. Lo vi en el diario, y me acerqué y me hice socia.

— ¿Está trabajando como maestra actualmente? ¿Les transmite a sus alumnos sus vivencias?

— Yo ahora estoy como preceptora. Pero sí, siempre. Y a mi hija le pagué yo el pasaje. Justo como eran vacaciones de invierno en la escuela y yo saqué licencia sin goce de sueldo y la hice faltar a ella y nos fuimos un mes y medio. La pasamos divino, de boliche en boliche. Ella no se quería venir de mi pueblo. Cuando le dije que la llevaba le agarró una alegría, pensó que yo la dejaba. Porque es única hija, yo pensé, irme yo sola, no iba a disfrutar del viaje, entonces sin que sepa nada, fui a averiguar a ver si conseguía en el mismo vuelo, hice todas las averiguaciones y me la llevé. Y cuando íbamos de Madrid para Burgos, me decía: "Mamá, con lo lindo que es esto me vas a dejar en La Plata", porque realmente Burgos es precioso, muy, muy lindo.

— ¿Qué le diría a su hija si le dice que quiere irse a vivir a España?

— Que se vaya. A mí me gusta, a mí me gustó. Yo en realidad tengo las dos ciudadanías, porque cuando me recibí me tuve que hacer ciudadana argentina, pero bueno, yo me considero más argentina, más que vine desde chiquita.

— ¿No sintió el desarraigo en ningún momento?

— No... quizás... No me puedo quejar, vivo bien, así que no me puedo quejar. Pero me gusta, España me gustó muchísimo... Yo pienso que para irse, como se fue un sobrino mío, hay que irse ya un viaje tan largo, yo pienso que no me iría. Hay gente que ha ido a Estados Unidos, y hacen cosas que acá no harían. Acá si se los piden no lo hacen y allá lo tienen que hacer...

María Cristina Vidal Morcelles

—Mi nombre es María Cristina Vidal Morcelles. Soy española, porque no me nacionalicé nunca. Viene a los 3 años y volví a los 50. Nací en la provincia de León, en un pueblito que se llama Corlion de... Villafranca del Bierzo. La ciudad más importante, a 15 kilómetros, es Ponferrada. Vine con mis padres, el 15 de mayo de 1951 y un hermano de 9 años, y yo de 3. Mi madre con su barriga, como dicen los gallegos, embarazada. Mi hermano más chico nació aquí en junio de 1951; quizás hubiese sido inglés porque veníamos en un barco que era inglés... Mi madre murió a los 6 años de haber llegado y mi padre se hizo cargo de nosotros, con una tía, hermana de mi madre. Mi madre tenía toda su familia aquí. Ésa fue una de las razones por las que se vinieron, según me contaba mi padre. Mi padre dejó a todos allí. Entonces estaban allí sus hermanos. Un hermano de mi madre. Vinimos directamente a la ciudad de La Plata. Mi tía vendió su casa y se mudó, mi padre volvió a mudarse... Fui la hija mimada de mi papá y de mis hermanos. Y, bueno, cuando pasaban los años, mi papá siempre hablando de España, siempre hablando de España... Murió a los 73 años, hablando como en gallego, porque nuestra zona está en la frontera de Portugal y Galicia. En casa se hablaba gallego. Era sentarse al lado de mi papá y escuchar. Yo le preguntaba a mi papá: "Papá ¿el abuelo tenía un burro?". "Sí, no era un burro, era una burra". Yo iba al río a lavar la ropa con mamá. Tendría esa imagen, la casa de una tía, el burro, mi abuelo. Me subía a una ventana y veía un nogal, una higuera en el patio y nada más... Pasó el tiempo y yo siempre pensé que iba a volver a España algún día. El primero que viajó fue mi hermano mayor. Le preguntaba a mi papá: "Papá, ¿por qué no vamos a España?". Mi papá me decía: "No quiero volver a ver a mis hermanos viejos". Eso fue una vez. Siguió pasando el tiempo, me había atacado la morriña y le decía: "¿Por qué no vamos a España?". Y él me dijo algo que después me quedó más grabado todavía: "No me quiero despedir dos veces". Y ahí me agarró el ataque. Pasó un poco más. Papá muere. Yo les decía a mis amigos, en reuniones: "Yo tengo que volver a España". Era en un momento en que no llegaba ni a Berisso.

Entonces un día para navidad mi hermano me llamó aparte y me dijo: "Tengo un regalo para vos; quiero que vayas a España, que vayas con Benigno (mi hermano más chico, el nombre de mi abuelo materno)". Me organiza el viaje, me paga el pasaje, etc., etc., con mi hermano más chico, el único argentino. Llegué al pueblo. Y lo primero que quería hacer era conocer el río. Era como una obsesión conocer el río. Aclaro que me encontré con 16 primos hermanos, la hermana de mi papá viva —que yo creí que no estaba más—, la tía abuela, hermana de mi abuela paterna que era diez años más chica que mi papá. Había nacido cuando mi papá tenía diez años. Estaban todos de vacaciones, porque era agosto, o sea los que estaban vivían en Suiza, los que estaban en París estaban en el pueblo, los que vivían en Barcelona, estaban en el pueblo. Mi tía abuela vivía en Madrid, estaba en el pueblo. Nadie sabía que yo llegaba. Solamente la que me iba a recibir. O sea que fue la fiesta del pueblo. Al otro día, el cura del pueblo, amigas de mi mamá... Bueno, impresionante, la casa de mi abuelo, la casa de mi padre, la casa donde nació...

—El tema del río, de los lugares, de contactarse...

—¿El otro día dije dónde está el río? Vamos al río. Mi papá me contaba que se bañaba desnudo en el río y se zambullían en la costa del río a pescar las anguilas con la mano... Me pasé esa mañana llorando, la mañana siguiente llorando... Y mi prima me llevaba a las tierras y me decía: "Éstas eran las tierras de tu abuelo, éstas eran las tierras de tu padre". Y yo me sentaba debajo de los ciruelos, de los manzanos, y comía ciruelas y lloraba... Hablaba con mis hijos por teléfono y les decía: "Hoy comí las ciruelas del abuelo y lloraba...", y lloraba. Al cementerio, me fui caminado al cementerio... Después de almorzar con 43 grados de temperatura; me decían: "Tú estas loca". Entonces iba recogiendo ramas. Yo iba con mi cuñada y mi hermano. Yo decía, esto es tal cosa, esto es tal otra. Volvimos a la casa de mi prima, desparramé los frutos, las flores, las ramas... Y decía, esto es tal cosa. ¿Y cómo lo sabes? Y, no sé a lo mejor porque me lo contaron, a lo mejor porque me acuerdo... de los frutos, de las plantas, de todo... Me paraba en el mirador y mis primos me decían: "Tu padre, en esta tierra, porque era totalmente vertical tu padre se ataba, y había una viña todavía, la viña era de tu padre y se tenían que

atar para trabajar, porque era tan empinada...". Yo creo que ahí cuando lo cuento, realmente hice el duelo de mi papá y de mi mamá.

—¿Cómo se le explicó, a los tres años, "nos vamos a ir de casa, vas a ir en barco"?

—Eso no lo recuerdo nada. El único recuerdo que tengo es el río, la casa de mi tía, del viaje no tengo recuerdos... Tengo recuerdos de una casa, que fuimos de chiquita, que se sentaban alrededor mío. En la esquina de mi casa, había un almacén de ramos generales, en 26 y 60 en La Plata, tenían un chanco. Entonces, yo llegaba a mi casa y decía: "En la casa de Elena hay un rancho que hace cr cr y muchos cacharriños, muchos cacharriños", era un almacén... donde había cacharros...

—¿Hasta qué edad mantuvo el acento gallego?

—Hasta que empecé el colegio, sí, nadie se imaginaba que yo era española... Mis padres hablaban entre ellos en gallego. Mi hermano más chico, cuando fuimos a España, que volvimos al pueblo, hablaba gallego con mis primos.

—Tus padres, cuando llegaron, ¿se integraron enseñada?

—Mi padre se hizo de amigos españoles y un amigo gallego que vivía en Villa Elisa, que era de Galicia. Íbamos al Centro Gallego, nos reuníamos los domingos, con un amigo que vivía en Villa Elisa. Mi papá y yo bailábamos siempre, los sábados, los domingos. Bailábamos la jota, la muñeira, vales. Éramos totalmente bailarines los dos. Ésos eran los encuentros que teníamos.

—¿El acercamiento a este Centro?

—Después de que volví de España fue como que me atacó la nostalgia. Me empecé a enterar del Centro, me acerqué, a escuchar historias... Cuando yo llegué del viaje dije: tengo que escribir un libro. Es más, llegó un momento en que no lo quería contar porque era como que tenía miedo que se me fuera, que se me gastara. Entonces yo digo, a ver si pierdo la memoria un día. Por lo menos lo tengo que escribir.

—Cuando usted era chica, que iba a la escuela ¿entra contraba diferencias entre las costumbres de sus compañeras y las que se vivían en su casa?

—No sentí esas diferencias. Mi mamá, los pocos años que vivió, se adaptó muy pronto. Pienso que habrá sufrido un montón, porque yo era muy chica y no lo podía captar. Se hizo amiga de señoras, que eran argentinas, eran del barrio, ahora ya no están.

—¿De las canciones, se acuerda de alguna? ¿Le cantaba su mamá?

—Sí, yo tenía el pelo hasta la cintura, muy largo, no me lo querían cortar. Me peinaba con un peine que había hecho mi abuelo en la cárcel y me peinaba con ese peine y me cantaba... En casa éramos muy de cantar y bailar. Mi mamá me peinaba, cantando muchas canciones en gallego. En esa época, ella tenía toda la familia acá menos a su padre. Lo cuento cortito... En este momento en la ciudad de La Plata está vivo mi tío, el mayor de los hermanos de mi mamá, y el más chico. El mayor que tiene 96 años y que sigue cantando y recitando, el 6 de enero estuve con él porque era su cumpleaños y tuvieron también mucho para cantar, como muchos de ustedes... La familia de mi papá y mi mamá en la guerra civil fueron enemigas como los montescos y los capuletos, porque el hermano de mi papá era oficial de Franco y los hizo meter presos a mi abuelo materno y a tres hermanos de mi mamá. Estuvieron seis años en la cárcel, en los cuales uno murió enfermo y a otro lo fusilaron. Yo tengo en el misal guardado el anuncio, la lista de los que fusilaron ese día. Y está mi tío... Y ahora son como una familia. Los descendientes, nada que ver.

—¿El matrimonio de sus padres los unió?

—Bueno, mis padres estaban de novios cuando estalló la guerra civil. Mi papá estaba haciendo el servicio militar, o sea que hizo los tres años en el frente. Se contaban anécdotas, miles. Tengo todas las cartas, se escribían. Las cartas las tengo de papá de cuando estaba en el frente. Se casaron a escondidas. Por eso te decía, cuando conocí a una amiga mía en España yo fui a Villafranca, al pueblito, a la ciudad, a conocerla. Entonces, entro a la casa de fotografía, que tiene un negocio y yo tenía una fotografía que mamá trajo... mía y de ella. Yo era María Cristina y ella, María Rosa. Cuando la veo, una señora como yo, con el pelo así lacio, rubio, entro al negocio y mi primo le dice: "Rosita, te presento a una amiga que viene de Argen-

5
c
l
c
z
i
c
l
f
t

t
c
c
c
c
l
c
r
c
c
i
c
a
F
y
r
c
c

tina". Me mira y me dice "María Cristina". Cuando al otro día nos encontramos, me dice: "Tengo un regalo para vos". Me trae la misma fotografía que yo tenía pero más grande y me dijo: "No te llevo a que veas a mi madre porque ya tenía también sus años y estaba muy mal, pero mi madre fue la madrina de casamiento de tus padres". Y, bueno, no la pude conocer... Volví mal, descompuesta, estuve toda la semana mal y entonces mis primos me decían: "Tómate una copita de orujo".

María Piedad Conde Torres

—Buenas tardes, mi nombre es María Piedad Conde Torres. Bueno, la decisión de venirse fue de mi padre, cuando yo era una niña, y más bien fue la decisión de mi mamá porque era argentina. Ya falleció. Prepararon el viaje, fuimos a Barcelona, ahí es donde embarcamos, en un barco francés que se llamaba Florida, estuvimos como quince días, algo así en la travesía, muy linda, porque el viaje es lindo en barco, al cruzar el estrecho se hace una fiesta, después llegamos a Río de Janeiro, ahí estuvimos un día, llegamos a Montevideo, aquí estuvimos un día demorados porque no se podía, el puerto estaba cerrado, y llegamos el 31 de marzo de 1952 a Buenos Aires. ¿Ahora qué cuento?

—¿Qué edad tenía cuando vino para acá?

—Siete años. En el año '52.

—¿Cuál fue la primera impresión que tuvo de la Argentina?

—Y, primero para mí fue raro, porque nos bajamos del barco, nos estaban esperando unos familiares, nos trajeron en el subte hasta tomar el micro hacia La Plata y, qué sé yo, me parecía todo raro, y era medio de noche, que de noche uno no ve todo claramente. Raro, eso es para mí lo primero que vi. Bueno, me fui acostumbrando, corriendo los días me fui acostumbrando al modo de vida de acá, de la Argentina.

—¿Qué recuerdos tiene de España y de su lugar de origen?

—Mis padres trabajaban la tierra por cuenta propia. Mis recuerdos de niña, lo que hacía era jugar con mis hermanos. En el pueblo había tres escuelas, una para varones, otra para mujeres y otra mixta. Después había una iglesia, como en todo pueblo había una iglesia. La fiesta que es el 29 de septiembre, de San Miguel Arcángel, se hace la procesión y después está la corrida de toros. Bueno, pues nosotros íbamos con mis padres al huerto, se regaba con un motor, había un tanque australiano, de agua, y de ahí se abrían los surcos y se regaba. Recuerdo que se recogía el trigo, luego la remolacha azucarera, era lo que sembraba mi padre con ayuda de otras

personas. Los recuerdos con mis primos, y todas esas cosas, la matanza que se hacía, también, en diciembre. Ahí sí que era lindo, que era una fiesta, participaba toda la familia y también nuestros tíos, primos, todos participaban de la matanza y era un día festivo para la persona que hacía ese día la matanza. Nosotros, más que nada, jugar y con unas de mis tías, ya una persona mayor, como era invierno y nos reunía a todos, nos contaba cuentos...

—¿De qué comidas se acuerda?

—Se hacía puchero con garbanzos, tocino, chorizo, carne, la paella también. El pan lo hacía también mi mamá y después lo íbamos a cocinar a la casa de un tío que tenía horno porque tenía panadería. El pueblo también tenía farmacia, un salón de fiestas en el se realizaban los bailes o había cine, teatro, alguna obra de teatro que también iba...

—¿Cuántos habitantes tenía el pueblo?

—Y... mil y pico tenía en ese momento, ahora ya quedó menos gente. También estaba el correo. También había médicos, uno para mayores y otro para niños. El pueblo tenía todas las comodidades. Era chico, como un pueblo, pero estaba bien organizado.

—¿Cómo fue la llegada acá, a los siete años, empezar una escuela distinta en nuestro país, el contacto con los otros chicos, la forma de hablar?

—Cuando yo llegué, eso nos preguntaban, qué raro hablábamos y nosotros, con mis hermanos, nos preguntábamos cómo puede ser qué raro que hablamos si nosotros entendemos lo que ellos hablan. Eso nos daba curiosidad: nos exigían hablar y nosotros por ahí nos reservábamos de hablar para no parecer raros como hablábamos. Bueno, y después, como llegamos en marzo, tampoco podíamos empezar la escuela ese año. Empezamos el año siguiente, porque no se conseguía banco. Mi padre empezó a trabajar y así seguimos acá hasta el día de hoy.

—¿En qué trabajó su padre acá?

—En una empresa, en YPF, y después tuvo dos o tres trabajos más, y después se empleó en Gas de Estado y ahí hasta que se jubiló.

—¿Le fue fácil adaptarse a usted y a su padre?

—No, a mí más fácil, a mi padre no, porque ya era una persona que había vivido con 37 años y no le fue tan fácil. Porque siempre hasta el día en que falleció él siempre como que tuvo mucha ignorancia de su país, nosotros no porque al venir más chicos ya toman más las costumbres del lugar y entonces éste les gusta más ya después venir acá y todo.

—¿Sus padres pudieron volver a España?

—No, mi padre no, porque mi padre iba a ir pero justo fue la guerra de Malvinas y entonces no se atrevió a irse porque pensando que podría pasar a mayores de lo que pasó y entonces se quedó y después se enfermó y ya no pudo ir. Y yo sí, en el '99. Yo sí estuve en el pueblo y en otras partes de España. Estuvimos en Málaga, en Marbella, en el peñón de Gibraltar, en Salamanca, en Segovia, en Ávila... Sí, recorrimos bastantes lugares, todo muy bonito. Y el pueblo, aparte de que yo había estado en él, me pareció distinto pero me agradó mucho. Sí, el tamaño es el mismo, algunas casas como no vive gente están medio abandonadas, pero las que están, están muy cuidadas, ya lo que no hay, en la escuela hay menos chicos, hay bastante menos chicos. Van a estudiar en Aranda o en Salamanca. La escuela primaria sí la hacen ahí en el pueblo, después los estudios superiores los hacen en Aranda o Salamanca.

—¿Qué costumbres ha conservado de España, de su pueblo?

—Muchas no. Mis padres, cuando vivían ellos, sí. Nosotros no, porque ya tenemos el estilo de acá. La música, siempre, le llena a uno el alma cuando escucha música española, que sé yo, me pongo a cantar y a disfrutar lo que escucho. Y la comida, bueno, mi madre hacia las paellas y todas esas cosas muy, muy ricas. Nosotros acá, de todo, lo que se come acá más las comidas de allá.

—¿Suelen ver la televisión española, los noticieros?

—Sí, los programas, las películas, hay mil programas de la televisión española, las novelas, ahora vemos Rosa Alcántara, que está de mañana, y hace referencia a los años setenta, están haciendo referencia ahora, van repitiendo lo que ha sucedido en España en todo ese tiempo, y yo ya estaba acá en esos años.

—En cuanto a cómo fueron recibidos, ¿sintieron en

algún momento algún tipo de discriminación de parte de los habitantes de la Argentina?

—Al principio sí, como que... pero ahora ya no. Al principio era como que si uno hablaba u opinaba, estaba viviendo en este lugar y si quería opinar de lo que a uno le parece, es como que por ahí no te permitían mucho hablar. Pero bueno...

— **La descalificaban por no ser argentina.**

—Descalificar como diciendo "tenemos más derecho los que somos ciudadanos, los que somos nativos", que a mí me parecía que no, que correspondía que uno se expresara, me parecía porque uno estaba viviendo acá. Pero bueno, eso se superó y estamos felices. Bueno, ya no preguntan si una es española.

— **¿Se nacionalizó argentina?**

—No, no.

— **¿Alguna otra cosita quisiera agregar?**

—El lugar se llamaba Zorita de la Frontera. En esa zona también estuvo Napoleón, las tropas de Napoleón llegaron al pueblo.

Pedro León Nistal

—Mi nombre es Pedro León, nací en un pueblito de Astorga, que se mantiene intacto, porque yo lo viví y lo vi en el '80. Está declarado patrimonio histórico y se mantiene yo pienso que en un noventa por ciento igual que cuando yo era chico. Porque está el paseo, está la muralla, están las entradas al pueblito...

— **¿Cómo es el nombre del pueblo?**

—Astorga, provincia de León, estamos en la carretera Madrid-Coruña, tenemos el Ayuntamiento, con los maragatos, todavía. Y la sensación de que ahora en la actualidad se ve el pueblo que se mantiene y el resto de alrededor ya con edificios y poblaciones, ¿no?

— **¿Qué edad tenía cuando usted vino, por qué se vinieron?**

—Vinimos porque éramos en ese momento una familia numerosa, yo tenía ocho años, a lo mejor no viví lo que vivieron mis hermanos mayores, pero yo pienso que fue todo por el sistema de la posguerra. Vinimos en el '52. Una familia como la nuestra, numerosa, en un pueblo chico, había que emigrar, o sea, como emigraron mis primos, y tendríamos que haber empezado a emigrar nosotros, buscar otro rumbo o capital, ir a Madrid, Alemania, como estaban divididos; ahora en el '80 fui yo y todavía estaban divididos, tenía primos trabajando en Alemania, el pueblito era una cosa que... prácticamente estaba muerto ¿no?

— **¿Usted se acuerda de que sus padres le hubieran anticipado algo de que se venían, o le hubieran contado algo y usted, o alguno de sus hermanos, hubiesen tenido que tomar decisiones, o fue...?**

—No, no, fue vivido eso, más que uno tenía ocho años, se tuvieron que venir dos hermanos anteriores a nosotros para reclamarnos a nosotros con nuestros parientes, o sea, se vivía, se vivía un montón de cosas, ¿no? Mi padre era una persona de bien, trabajador, y se desvivía para que nosotros podamos comer... Mi padre era mecánico, pero era "el mecánico del pueblo". Porque, por lo que yo tengo así en mente, él arreglaba hasta la máquina de cine. Él construía, en aquel tiempo, una pieza de hierro, la hacía a mano o ende-

rezaba algo a mano o hacía un parante de un coche, porque en aquel tiempo, los coches tenían parante de madera, no era como ahora que es todo metálico. Eso hacía mi padre, era mecánico, era un maestro de ajuste a mano, o sea, todo lo que era lima y todo eso, él, en aquel tiempo las piezas no existían, se rompía una pieza y había que construirla... El taller se construía entre tres o cuatro que eran todos aventureros. Hicieron una máquina, yo me acuerdo que lo contaba mi papá, para nadar y casi se ahogan (*risas*).

—¿Cómo una máquina para nadar?

—Claro, una bicicleta, un tipo cajón, le pusieron unos pedales y con eso... En el pueblo eran los dominadores de la parte de mecánica... Aparte lo quería todo el mundo y, bueno, mi padre volcó con un auto y le tuvieron que extirpar un riñón. Ésa es una historia que siempre la cuenta. Y, por ejemplo, al volcar, se incrustó una manija de un Hudson viejo, creo que era, y se le echó a perder el riñón y tenían que operarlo y lo mandaban a Madrid y él dijo: "No, Fernando, —creo que era el nombre del médico—, o me operas tú o me muero...". al médico clínico, bueno, el que hacía todo. Entonces dijo: "No, yo si me quieres operar tú me operas y si no, me moriré en Astorga", dijo. Entonces, bueno... lo operó este médico. Mire, le voy a contar, el doctor Fernando le dice a mi padre: "Escúchame, tú puedes preparar una cosa como para que te entre en el estómago, como una especie de montura y que te pueda salir el riñón para afuera". Y mi padre le dijo "bueno". Y bueno, y ahí en esa mesa de operaciones que le hizo mi padre lo operó. Y vivió noventa y pico de años. Con un riñón menos...

—Claro, para que el médico operara más cómodo.

—Y le extirpó el riñón, lo único que le dijo el doctor, que siempre decía, era que nunca tenía que tomar alcohol y nunca tomó, se mojaba los labios, por ejemplo, para fin de año.

—Bueno, Pedro, y la mamá ¿de qué se ocupaba la mamá?

—Mi mamá tejía.

—¿Ustedes trabajaban?

—Sí, los tres... El abuelo de mi madre... Le hicieron un artículo en el diario El Día, porque fabricaban las alfombras a mano

por encargo de la reina, yo me acuerdo que era chiquito, era un telar que debía tener por lo menos de veinte a veinticinco metros, las bobinas del telar y con hilo y ahí jugábamos porque se cortaban, por ejemplo, de treinta a cuarenta centímetros las lanas, teñidas ya, y se ataban los nuditos y se peinaba y eso iba formando los dibujos, que mi abuelo y mis tíos lo hacían. Se fabricaba la alfombra, o sea, se decía "acá van diez nudos", por ejemplo azul, "y acá van diez rojos" y así, como se hace el tejido... Mi mamá era ama de casa y bordaba. Tejía a mano. El telar era para nosotros porque éramos los nietos. El diario El Día le hizo una nota a mi abuelo y salió, hace muchos años, estábamos nosotros acá, le hizo un reportaje, no sé dónde y salió, Artesanía Nistal, que era él, el padre de mi madre.

—¿Cómo vivió el viaje?

—Yo lo viví plenamente, te aseguro que lo viví porque no quedó nadie, la tripulación escasamente, mi padre y yo. Seríamos en toda la proa del barco, seríamos diez o doce personas... Quedó el vasco disfrazado y cuando empezó a moverse el barco empezó a vomitar todo el mundo (*risas*), no quedó nadie, bueno, ellas se pasaron casi, los catorce, quince días adentro de los camarotes. Yo les llevaba la comida... Yo recorría, era dueño y señor del barco... El barco era el Buenos Aires, era argentino... Había estado en la guerra porque tenía todas las mirillas para sacar las armas, y todo eso, estaba adaptado para los inmigrantes. Entonces, cuando se empezó a mover eso, chau, desapareció todo. Bueno, y después de eso, había comida, yo que les llevaba comida a ustedes, que eran privilegiados todos.

—Pedro ¿qué dejó allá, qué sintió pena por dejar?

—Y, dejé una niñez, ¿no? Dejé, por ejemplo, recuerdos que tengo, así, de la última nevada, que habían hecho unos pozos en el jardín y nos perdimos dentro de los pozos y mis primos, ahí, un primo, José, que es el que sale en Antena Tres y él es más o menos de mi misma edad y pasamos muchas penurias ¿no? Porque nosotros vivíamos en un lugar determinado y ahí vivía la madre de ellos que era la tía Emilia, había una cuadra de por medio y en aquel tiempo éramos muy chiquitos y corríamos de un lado a otro y de noche siempre nos parecía que era una aventura, la cárcel, porque en

el pueblo estaba la cárcel, que paseábamos en la cárcel ya abandonada, dentro del jardín de la cárcel...

—¿Y qué pudo traerse?

—No, traerme, no. Era muy chico. Traía muchos recuerdos, o sea, muchos baúles; mi madre trajo un tapado para los tíos, éstos nuestros, de azafrán en rama, ¿se acuerdan ustedes? En aquel momento era contrabando, trajo azafrán en rama y todo lo que eran las hombreras, todos los forros, todo lo trajo de azafrán en rama y los baúles tenían doble fondo, no sé si alguna vez mi padre trajo todas las herramientas del taller, que las tuvimos mucho tiempo, trabajando acá. Yo, yo era chiquito, pero me acuerdo de todas esas cosas. Este... puntillas, puntillas trajo en aquel tiempo, debía ser una fortuna, también...

—Y, así, de la casa, ¿algo...?

—Sí, sí, quedó una casa grande con jardín, teníamos cocina de leña, que uno de los más chicos que vino con nosotros, un día se meaba en la cama, eso es verídico, y mi hermano, uno de los que falleció ahora, le hizo un chiste, jugando, dice: "Si no dejas de mearte, te siento arriba de la...", y se le cayó... Yo la casa la extrañé porque cuando yo fui ya no estaba...

—Cuando llegaron acá, ¿cómo los recibieron los parientes?

—Fue muy triste, fue muy triste porque nos tuvimos que dividir, yo viví con una tía mía, ellos por otro lado... Yo y Maryy Horacio, que estaba estudiando para médico. Nos tuvimos que dividir, en una pieza tenían que dormir los nueve y fue una aventura, también eso... Los nueve, más papá y mamá, claro, once, sí... No fue fácil.

—¿En el barrio conocían gente, cómo era la relación con los chicos?

—Bien, bien... Vivíamos... vinimos... Nos pusieron un galpón, con un dormitorio grande y ahí pusimos el primer taller, en 6, entre 40 y 41, y el tío Toribio vivía en 7, que un día me dice "ven conmigo" y me dio la bicicleta, me regaló la bicicleta, que yo con mi papá la arreglamos y con esa bicicleta iba y venía, como una aventura...

—¿Qué actividad desempeñó acá, en el país?

—Con mi tía Pilar, empecé a estudiar, que hice la equivalencia, de tercer grado, me parece que hice yo primero, pues ya venía con segundo de allá y empecé en tercer grado la escuela de 33 y 8, y mi tía Pilar era directora del colegio Juan Manuel Ortiz de Rozas, ésa era la 33, la escuela número 33. Bueno, y ahí hice todo lo que es terminar primaria, y después empecé secundaria en el Albert Thomas de Berisso, N° 2, que estaba en aquel tiempo en 1 y 57 y ahí hice hasta quinto año y después dejé porque ya era la familia numerosa, ya había habido un montón de problemas, ya teníamos, habíamos hecho el galpón nuestro, nos habíamos independizado... Teníamos taller mecánico, chapa, pintura y mecánica en general, mi padre era el artesano y después mi hermano que era pintor y el otro hermano era el mecánico, y yo los ayudaba a ellos, ¿no?

—¿Ustedes se relacionaban con personas de la colectividad española?

—No, no. Mis hermanos fueron al Centro Gallego, pero yo no, no, no yo ya empecé a hacer una vida argentina.

—Y en la relación con los chicos acá en la escuela, no había diferencias...

—No, para nada... Yo estudié perfectamente... Les llamaba un poco la atención, como ir a España ahora, yo en España cuando me quería acordar estábamos en algún bar y estaban todos atrás mío, escuchando cómo yo hablaba porque les parecía una cosa rara y acá pasó lo mismo al principio. Y tuvimos la anécdota famosa de mi hermano, claro, mi hermano lo primero que hizo cuando nosotros llegamos de Buenos Aires, decía "coger" igual que agarrar, por ejemplo, para que no quedase mal, eso lo vivimos, nos costó trabajo, pero bueno, después, fue todo bien. No, en la escuela no, no encontré ninguna diferencia, inclusive representé y todo. Bueno, y un poco era el acomodo también porque la directora era mi tía, era tía segunda, pero era mi tía y existía...

—¿Ustedes vinieron ya teniendo familiares acá?

—Familiares de mi madre, mi padre, no, o sea, tíos. El que los había reclamado a mis hermanos, que fue el tío Toribio y el tío Pío, y después tuvimos buena relación con los primos, porque con

ellos terminamos mal. Mi padre los quiso matar. Un día se cansó y agarró un cuchillo de la cocina y lo paramos en la plaza Olazábal, porque iba derecho a matarlo a mi tío, porque prácticamente nos estaban explotando. O sea, en los números yo no me acuerdo, pero era, por ejemplo, un noventa por ciento para ellos y cinco por ciento para nosotros...

Purificacion Merodo Alba

—Me llamo Purificación Merodo Alba, llegué en brazos de mis padres, en el año '48, tenía apenas tres años.

—¿De qué pueblo?

—De Paralaseca, que es un pueblo que pertenece a lo que sería el municipio de Villafranca del Bierzo, pero que está en la montaña, a dos mil metros de altura, aproximadamente. Es un pueblito de sesenta casas, que por supuesto no ha aumentado porque lo que han hecho fue modificar las casas, puesto que así como nosotros nos vinimos para Argentina otros se fueron para Francia, para Alemania. Bueno, fue la diáspora después de la guerra ¿no? Bueno, mi papá y mi mamá, del mismo pueblo...

—¿A qué se dedicaban ellos?

—Campesinos, labraban la tierra, el pedacito de tierra que tenían y cuando Franco toma la zona de Castilla y León, incorpora a todos los jóvenes menores y mayores de diecisiete años, entonces incorpora a mi papá y mi mamá, que tenía sus hermanos del lado de la República, comienza a ser enlace de los republicanos y, bueno, hasta que matan a los hermanos y la meten presa a ella. De todo eso, voy a cortar, porque eso puede ser para otra historia. Mamá queda mal, cuando termina la guerra, el papá la saca de la cárcel, el papá tenía alguna influencia, pero mi mamá era hija de soltera, hasta los veinte años no la reconoció, hasta que no la sacó de la cárcel no la reconoció, porque ella no quiso, ¿no? Ella se fue con su madre que luego se casó, pero no tenía el apellido de su papá, así que la sacó de la cárcel y la reconoció un poco antes de morir, también. A todo esto era el año '39, cuando termina la guerra española, mamá comienza a tener problemas de alucinaciones porque había quedado sola, en otras circunstancias, muy, muy graves, porque la habían torturado. La cuestión es que a ella la internan y cuando regresa, de toda la familia había quedado una hermana. De la familia que estaba con su mamá, porque por parte del padre tenía siete hermanos, de seis mujeres diferentes. Mi abuelo, evidentemente no se casó nunca... Dejó a siete hijos, ocho hijos, uno de ellos mi mamá. Bueno, ella regresa al pueblo, va a buscar a su hermanita que tiene siete años

y se queda en el pueblo labrando el pedacito de tierra que le había quedado... Bueno, la cuestión es que en el '44 papá vuelve, porque si bien la guerra terminó en el '39, quedaron bajo bandera hasta el '44, en persecución de huidos. En una de la veces que vuelve, en el '43, y en el '44 se casan. Mamá no quiere vivir más en ese pueblo porque realmente ella lloraba mucho y en todos lados veía algo de lo que la había hecho sufrir y por otra parte esa época era muy brava, toda la gente tenía mucho miedo, así que quedó totalmente sola y tenían miedo hasta de hablarle. Así que, bueno, se casan y... se van a vivir a Barcelona, a Montjuí, en una barraca, pero siempre con la idea de irse de España... En el '48 logran venir, en el Juan de Garay, el 30 de agosto de 1948, se embarcaron a Buenos Aires. Los reclamó una tía por parte de mi papá. Así que la primera etapa estuvimos unos días en la casa de mi tía y mamá se empleó como doméstica, y papá trató de conseguir trabajo, no era una época muy fácil, tenía que tener carnet de peronista y mis padres nunca habían ido a la escuela, además, allá arriba no había escuela. Mamá había aprendido a leer y a escribir porque era una tipa inteligente, pero nunca había ido a la escuela y mi padre tampoco. Así que mamá trabajaba de doméstica y la casa donde mamá trabajaba, la señora tenía una casita prefabricada, en un lugar bastante alejado de Martínez y le dijo que se la prestaba, y nos fuimos a vivir allí...

—En ese tiempo ¿dónde habían vivido ustedes?

—Estuvimos no sé si tres meses o cuatro meses con mi tía, en Belgrano. Bueno, la cuestión es que papá, cuando empezamos a vivir allá, al tiempo, consigue trabajo de obrero en una textil y más o menos se empieza a encarrilar la vida, pide un préstamo para reclamar a su papá que era inválido, y a sus hermanos menores. Así que creo que en el '51 llega mi abuelo con mis tíos a Argentina. La deuda la habían contraído con un señor, que era paisano, y este señor le dijo que, para poder pagarle, él tenía un criadero de cerdos en Mar del Plata, que nos fuéramos todos allí, y con eso en un año le podía pagar lo que le debía... Bueno, con tan mala suerte que en el camino volcó la camioneta que nos llevaba. Gracias a Dios nos salvamos todos, pero perdimos todo lo poco que llevábamos. Llegamos a lo que teóricamente era un criadero de cerdos y era una pareja de cer-

dos en una tapera. Lo que eran grandes eran las ratas, en realidad. Mi madre ha llorado tanto, pobre... Pero nos quedamos allí porque ya mi papá cuando se comprometía a algo se comprometía...

—¿Recuerda por qué zona era?

—Sí, sí, cerca de Avenida Luro, del centro debe estar más o menos a seis kilómetros. El primer grado, segundo grado, lo hice en la escuela Florentino Ameghino, que queda sobre la Avenida Luro, yendo hacia la Sierra de los Padres. De los cerdos, obviamente con dos cerdos no se podía vivir. Había un carro y un caballo y entonces mi papá y el hermano más pequeño, que estaba con nosotros, se iban con el carro antes de que pasara el basurero y retiraban toda la comida, los desperdicios o todo lo que quedaba en los tachos de los hoteles. Después, entre mamá y yo lo seleccionábamos, poníamos el cartón en un lado, trapo en otro, y yo con el imán retiraba lo que era ferroso y lo que no era ferroso, el vidrio en otro y los huesos en otro y lo demás se lo dábamos a los cerdos. Después venían los camiones y lo retiraban y teníamos más o menos algo de dinero. Mis padres plantaron papas, también, me acuerdo que como no se podía sembrar todo, mamá hacía un agujerito y sacaba una papa de cada planta para poner algo en la comida o cosa por el estilo. Bueno, lograron que se reproduzcan los cerdos, tuvieron una cantidad suficiente, íbamos a estar un año solo, pero cuando los vacunaron, la vacuna estaba mala, se murieron todos los cerdos y quedaron cuatro, creo o algo así. Así que tuvimos que estar otro año, pero ya el otro año papá trabajaba de lavacopas y entonces, de alguna manera, ya era un poquito diferente ¿no? Y mamá de doméstica, en las casas, por ahí. Así que ya ahí un poco mejor estaba la situación. El otro año, lograron vender los cerdos y pagarle a este señor y pidieron a otro paisano, le pidieron un poco de plata y se compraron un terreno, en un lugar que todavía es descampado, queda cerca de la Autopista Buenos Aires - La Plata, entre Plátanos y Berazategui, puro campo era. Nos fuimos allí y mi tío Fermín, el hermano que lo seguía a papá, estaba construyendo, pero no tenía techo la casa, así que por suerte no llovió, era en noviembre del '53, que estuvimos allí. Después techaron la casa de mi tío y hasta que él se mudó, nosotros vivimos ahí, y habían comprado, enfrente del terreno de mis tíos, un terreno,

mi papá, así que hizo una piecita de cuatro por cuatro, por supuesto con techo de chapas, de cartón. Allí vivimos, unos cuantos años. Mientras tanto yo estaba yendo siempre a la escuela, mamá trabajaba de doméstica en Ranelagh, y en el '55 queda embarazada, '56 queda embarazada de mi hermano menor. Yo ya ahí había crecido bastante, ya estaba por terminar, estaba como en cuarto grado, quinto grado, y daba clases particulares en casa. Las maestras cuando no aprendían a leer los chicos me los mandaban a casa. Terminé la primaria. Como yo quería trabajar, simultáneamente, había hecho dactilografía y taquigrafía y cuando empecé la secundaria, además de dar clases en casa, ayudaba, tejía, hacía lo que podía para poder tener plata para viajar. Los tres primeros años los hice en una escuela fábrica de Quilmes, y que nos recibíamos de ayudante de laboratorio, después tuve que rendir unas materias e ingresé acá...

—¿En el Albert Thomas?

—Sí, pero funcionaba el Alberdi, en el Albert Thomas, que es la que decía el señor, que había estudiado allí. Bueno, ahí me recibí de técnica química, me quedé trabajando en la misma escuela, el primer año que me recibí trabajé de celadora e ingresé a la Facultad. Y al otro año, empecé ya a trabajar como profesora. En dos o tres escuelas...

—Así que hubo, digamos, una vida lograda con mucho esfuerzo...

—Sí, sí. El tren cuando yo salía de la Escuela Industrial lo tomaba a las once y veinticinco de la noche y mamá me esperaba con el sol de noche porque no teníamos luz eléctrica, en la estación de Berazategui. Por supuesto, no había colectivo hasta llegar a casa, había más o menos veinticinco cuadras, de barro, de tierra, de lo que hubiera, si llovía; si no, íbamos caminando las dos. Íbamos cantando, no nos hacíamos ningún problema. El tema fue cuando quise empezar la facultad, papá, sí, nos armó un escándalo a las dos: "Una mujer y va a entrar en la facultad, qué querés, querés matarnos" — decía— hasta cuándo va a ser esto, qué tanto estudiar...". Bueno, me quedo en La Plata y los vengo a visitar sábado y domingo. Y mi madre dijo: "Pues la niña no se va de aquí" y mi papá se acomodó, así que...

—¿Había, digamos, como ustedes, otra gente...?

—Después de la guerra mamá lo que quería era escaparse de España, ella no quería estar en España y el único lugar donde había un pariente conocido, que era la tía de papá, era en la Argentina, y aparte le habían dicho que en la Argentina se tiraba el pan y era todo un acontecimiento y un poco lo que dijeron ellos en la Argentina también se podía estudiar... Yo creo que eso es cierto, porque si bien a mí nadie me regaló nada, yo nunca tuve problemas para estudiar, por supuesto trabajé y estudié, pero nadie dijo que no lo hiciera, ni me impidió hacerlo, ni nada que se le parezca. Yo en la escuela primaria fui abanderada, en la secundaria también... Y a mi madre no le hablen ni de volver a España, ni le digan nada de acá, porque ella es, bueno, a ella la han escuchado, ella...

—¿Ella hizo la ciudadanía argentina?

—No... Ninguno de los dos tiene la ciudadanía argentina.

—¿Pensó usted cómo podría haber sido la vida si se hubieran quedado allá?

—Sí, mamá me lo repetía permanentemente: si nos hubiésemos quedado en España, te tendría sólo a ti (*risas*). Porque allí no iban a poder estudiar los tres por más que quisieran. Cosas por el estilo. Ella realmente, cuando yo le cuento cómo está, o le contaba, porque ahora pobrecita, ya no razona, le contaba las veces que fui, cómo está, yo no le creí, aquello no puede arreglarse...

—Por lo que su mamá contaba, ¿a qué cosas tuvo que amoldarse?

—Yo recuerdo todo, recuerdo todo el viaje, recuerdo mi estadía en Barcelona... Mi mamá tuvo mal viaje, estuvo mareada desde que salió de Barcelona hasta que llegó a Argentina. A mí me mimaban mucho en el barco. Andaba de un lado para otro, me hacían bailar, cantar, estaban todos felices, y me acuerdo que me daban fruta, entonces yo le llevaba a mamá porque creía que era lo único que podía comer. Recuerdo un polizone que pescaron antes de llegar a Buenos Aires, eso lo recuerdo como si fuera hoy, porque era un muchacho que yo lo veía más joven que mis padres, lo descubrieron y lo metieron preso, lo bajaron, según mis padres, en Brasil, en Santos. Yo recuerdo que este muchacho antes de que lo bajaran me

quiso ver y a través de la reja, me besó y me abrazó, me acuerdo como si fuera hoy de este chico... Después cuando llegué acá, yo quería bananas y quería pescado... Mamá todo lo veía feo, no era el pescado que ella estaba acostumbrada a comer... Me acuerdo que una vez mi papá fue hasta el mercado de Abasto a ver si conseguía bananas, porque ya era imposible conmigo...

—¿Qué hacía su mamá? ¿Qué comidas españolas hacía?

—Mi mamá ha hecho todo tipo de comidas, se adaptó, no somos los clásicos españoles, con la comida española... Mamá conmigo descubrió el mondongo, yo creía que era pescado y me hacía mondongo muy seguido. Para mí era mi pescado.

—¿Tienen conocimiento de alguna persona que haya venido con ustedes o por aquella época y que haya regresado a España?

—No, no, no, porque, mis padres se aislaron mucho. Fue más que nada por mi mamá, porque ella no quería tener nada que tuviera que ver con aquello. Recuerdo, sí, que cuando era chica, fuimos a ver, en dos o tres oportunidades, a Manuel Gutiérrez, que era compañero del hermano de mi mamá, de mi tío, que lo pusieron preso, que los llevaban esposados de a dos y ellos habían tramado cómo escaparse. Mamá estaba en el cementerio para darles las señas y se escaparon, pero a mi tío lo hirieron y con unas piedras rompieron las esposas y este hombre se pudo escapar y después se fue a Francia y después a Argentina, pero a mi tío lo agarraron. En cambio de hacerle juicio y fusilarlo, le volaron la tapa de los sesos ahí, al lado del cementerio donde estaba mi mamá, además, por eso ella quedó tan mal... escuchando los gritos...

—Y allá, ¿qué familia de ustedes quedó?

—Tengo parientes por dos lados, porque en el pueblo, de una parte o de la otra son parientes. Pero directos, están tres hermanos de mi mamá por parte de su papá. Hermanos enteros mamá no tiene ninguno, porque eran por parte de la madre y el marido de la madre o por parte del padre...

—Acerca de la historia de su mamá y todo lo que ella vivió, ¿por qué pasó todo lo que pasó?

—Mamá, muy chica, a los doce años era mandarla a servir a Barcelona porque, bueno, ella era hija de soltera, la mamá se casó con un señor viudo, ya tenía hijos y no podían estar todos en la misma casa. Entonces la mandaron a servir a Barcelona y ella iba a visitar a su madre, pero vivía en Barcelona hasta que estalló la guerra en el '37, en el '36, empieza la guerra, dura tres años, del '36 al '39... Ella vuelve al pueblo, porque Barcelona no estaba tomada todavía por Franco, porque fue la resistencia mayor, pero toda la parte de León, cerca de donde había nacido Franco, eso fue lo primero que fue incorporado a las filas de Franco. En el '37, cuando va a cumplir 18 años, lo incorporan a las filas de Franco, porque papá tiene tres años menos que mamá. Está desde el '37 hasta el '44 bajo bandera. Hasta el '39, en el frente, después con persecución de huidos y hasta el '44. Mamá se queda en el pueblo, porque sus hermanos son republicanos y comienza a hacer el enlace de los rojos, como republicana. Después cuando leí *Por quien doblan las campanas*, recordaba eso, porque no era que supieran absolutamente nada, ni de política, ni de comunismo, ni de marxismo, ni de nada que se le pareciera, porque no tenían absolutamente ninguna doctrina. Sencillamente, o los incorporaban para un lado o los incorporaban para el otro. Los hermanos eran republicanos y ella comenzó a actuar como para ayudarlos a ellos. A tal punto, que había un destacamento policial en el pueblo y ella era la que les lavaba la ropa a los policías y la que les robaba armas a los policías y se las llevaba al monte a los hermanos. Cuando ya definitivamente Franco toma todo, comienza a llevarse a todos los rebeldes y querían perseguir a todos los que se habían escapado a los montes, los que pudieron escaparse a Francia lo hicieron. Pero en el caso de mis tíos no fue posible porque mi tío lo herido, el compañero de él sí logró pasar a Francia, pero a mi tío lo tomaron, y mamá que era el enlace estaba en el cementerio, cuando lo llevan a su hermano, aparentemente los guardias civiles se emborracharon, y en cambio de fusilarlo, normalmente, lo torturaron y después le levantaron la tapa de los sesos. Al otro hermano de mamá lo habían podido esconder. Ya habían quemado una vez la casa, la habían reconstruido, pero siempre hacían un sótano y el otro hermano, Valente, estaba escondido. Al otro día entraron las fuerzas y

se llevaron a mi abuela, que estaba enferma, entonces mamá se entregó, para que no se llevaran a la madre. Y se entregó también el otro hijo de mi abuela... Fue presa, por supuesto la torturaron, mandaban a declarar todos los días a un sacerdote para que dijera dónde estaban los compañeros y ella lo que me dice siempre es que no tenía la menor idea de quién era Marx, lo aprendió conmigo, cuando aprendió a leer, pero ella no sabía. El papá de mamá que era una persona muy inteligente y que alguna relación tenía, logró parar la cosa y yo no sé si a los siete, ocho meses la dejaron libre. Lo que pasó en la cárcel, es lo que pasan todos, estar llena de piojos y todo lo que se les ocurra...

—Después, cuando ella vuelve acá, estaba muy asustada, decía usted...

—No, no, no era susto, ella no quería saber nada de España, creo que era por odio, mamá jamás tuvo miedo de nada, yo creo que era odio lo de mamá, o por lo menos lo que me ha transmitido siempre, odio a todo lo que tuviera una sotana... Ella se convirtió después al cristianismo, pero la idea de esos representantes, que según ella tenían la calavera de la muerte, los caballeros de la muerte les llamaban, para ella eran los que decían dónde estaba cada uno de los que se escapaban... La cuestión es que cuando mamá regresa, por supuesto no tiene nada, su mamá al poco tiempo, muere. Queda con su hermanita de siete años, ella estaba de novio, con alguien que aparentemente era una persona que la ayudaba, porque todos los demás tenían terror de acercarse y el padre, bueno, se había enfermado, también; el abuelo murió en el '40 también, creo que a fines del '40, primero falleció la abuela, después el abuelo. Pero llegó a reconocerla, a repartir, parte, ella la casa no la quiso porque ella detestaba también a su padre... Mamá piensa que se va a casar con este hombre, que se llamaba Asmaro, queda embarazada y este hombre se casa con una prima de mamá que tenía plata. Ella se mantuvo y a pesar de las circunstancias, por las cosas por las que más sí lloraba mi mamá mientras fue chica, fue por Ramiro, por el hijito que se le murió, porque ella culpaba a ese hombre de que se le hubiese muerto, porque no tuvo los medios para que pudiera sobrevivir, porque nació sietemesino... Después, cuando nacieron mis herma-

nos, no habló más de ese hijo... Cuando pasa todo esto, vuelve a Barcelona y venía periódicamente para cuidar a su hermana, porque a su hermana la estaban criando sus tíos y en una de las licencias que tuvo papá, se pusieron de novios, y después ya lo otro está contado. Ellos se casan en el '44, él todavía tuvo que estar bajo bandera unos meses después de que se casaron... La segunda vez que fui, alquilé un auto en Madrid y me fui, con una prima. Y viene el loco del pueblo, Silvano, entonces se para, lo último que se le va a la gente es la maldad, ¿no?, se acerca al auto y me dice: "Así que tú eres hija de la que le parió un hijo a mi hermano...". "Sí", le dije, yo creo que en su locura no esperaba que yo le dijera que sí. "Sí -le dije-, y su hermano ¿cómo está?". "Ese desgraciado -dice-, está parálítico". "Ah -le digo- y ¿cuántos hijos tiene?". "Pues no tuvo ninguno". "Bueno -digo-, es una suerte que mamá no se casara con él, ¿no le parece?". Pobre loco, no sabía qué decir...

Aída Fernández Alonso

—Díganos su nombre.

—Aída Fernández Alonso. No hay que hablar de más porque si no, sale todo, ¿no? Vine de Santibáñez de Ordaz, un pueblito pertenece a León, provincia de León, España. (*Suspiro*) Ay, Dios. Yo andaba de novio con mi marido entonces, mientras ese trayecto que andábamos de novios, coincidió que se venía la familia para acá, para Argentina. Entonces él quedaba allá en el pueblo haciendo el servicio militar. Entonces, como andábamos de novios y los padres se venían para Argentina, los padres le dijeron: "Te quedas acá con los tíos". Entonces él dijo: "No, yo me caso". Se quería quedar casado. Entonces, en ese trayecto, a mí no me querían dejar que me casara. Porque mi padre decía: "No, que te vas a ir para Argentina, sola...". "No, voy con mi marido", digo, esas ilusiones de ir a otro lugar. Entonces los padres de él se vinieron para Argentina, nosotros nos quedamos allá. Después nos hicieron la carta de llamada que se dice allá y como a los dos años nos vinimos solos, para acá.

—¿Y usted qué edad tenía cuando se vino?

—Veintiuno para veintidós, y vinimos en el '51, nosotros para acá. En el año '51.

—¿Cómo era la situación ahí en el lugar donde ustedes vivían?

—Y... no estaban bien las cosas porque habían salido de la guerra, y no se habían normalizado. No había trabajo. Mi marido, el que ya era mi marido, trabajaba en las minas de carbón. Y con eso nos arreglábamos.

—¿Y ustedes tuvieron hijos antes de venirse para acá?

—No, no tuvimos porque ya pensábamos venirnos, nos cuidábamos para no venir con un chico. No bien llegué ya quedé embarazada, acá. Ya empezó mi lucha, después. Todo mal estaba, todo mal...

—¿El viaje ese cómo fue?

—El viaje fue tremendo porque llegamos a Vigo con una semana nada más, hasta que revisaban los documentos, la documentación. Porque tenía que ser todo perfecto, la documentación, no

tenía que tener una falla de nada. Entonces, cuando ya nos veníamos, fuimos a revisación, cuando vamos a reconocimiento a mí me dan defecto físico, que tenía bocio... Qué, nos tardó dos meses en volver la documentación... Quedamos en Vigo. Yo no quise volver para el pueblo, porque quedó mi madre, todos, llorando. No quería volver a tener esta despedida. Entonces nos quedamos ahí, en Vigo, y mi marido trabajaba.

—¿Y dónde estaban en Vigo?

—En un hotel, en un hotel barato. Nos quedamos ahí los dos meses. Y después nos vinieron otra vez los papeles, todo eso y nos vinimos en un barco que se llamaba Formose. Sí, era francés. Y era un barco de pasajeros y de carga. Traía todo, ahí. Venía todo junto. Era el último viaje que hacía. La cosa es que estuvimos un mes arriba del mar. Se perdió por una tempestad que hubo. La pasamos mal. Yo todo el camino vine descompuesta... Nosotros vinimos en segunda clase, o en tercera, no sé qué clase era. La más barata. Y veníamos ahí abajo, era todo un camarote. Para las mujeres, todos de un lado, todo. La primera y arriba la cucheta. Todo en fila. Todos juntos estábamos. Las mujeres ¿eh? Después bajaba la otra escalera para allá, para otro lado, y allá todos los hombres. Todos separados estábamos, desde ya, las mujeres de un costado y los hombres de otro. Pero así era.

—Cuando llegaron acá, ¿había alguien que los estaba recibiendo?

—Sí, estaba mi suegra, mi suegro. Toda la familia de mi marido, porque yo acá ya no tenía familia, pero estaban todos los que ya habían venido de parte de mi suegra. Sí, estaban todos.

—¿Qué hicieron cuando llegaron? ¿Se acuerda de cómo fue la llegada?

—Y... una alegría, era. Porque al verlos ahí entonces yo lloraba: "Estoy mal". "No importa, ya te vas a componer", decía mi suegra. Entonces teníamos que venir a La Plata. Estábamos en La Boca, donde estábamos con el barco, tomamos un micro y ya nos vinimos para acá, para La Plata.

—Y acá se instaló con su suegra.

—Con ellos. Sí, de primera con mi suegra. Ahí vivimos como

tres años, cuatro, no sé, con ella. No podíamos edificar. Había tenido el hijo. Ni bien llegué quedé embarazada. El primer hijo... El embarazo, todo mal, porque estuve siempre descompuesta, hasta los nueve meses. No mal, que sé yo. Y sin la familia mía, lloré tanto.

—¿Allá qué familia había quedado?

—Todos. Mis padres, mis siete hermanos. Sí, éramos siete. Sí, todos quedaron allá. Uno vino para acá. Un hermano acá en Buenos Aires y yo.

—Y sus padres, ¿cómo se sentían cuando usted resolvió irse?

—No querían que me viniera ni que me casara, tampoco. Pero yo pensé... esas tentaciones que te dan, ¿vivo? Esas... cosas de joven. Todo me parecía... no sé, que acá en la Argentina iba a estar tan lindo, iba a ser otra vida, que podía volver cuando quisiera, que lo que menos pensé que era para toda la vida.

—Claro, usted pensaba volver.

—Sí, volver y que era otra cosa. Y mi padre me decía: "Hija ¿y si te va mal, y si te va mal?". "Y bueno, me la aguanto", decía yo. Y yo, cabeza dura, que quería venir. Porque andábamos de novios, ya un año y pico.

—¿Ustedes se enteraron de que podían venir por la familia de su marido?

—Sí, la familia de mi marido que ya estaba la hermana acá le dijo que por qué no se venía, que era una familia numerosa, que había trabajo, que iban a pasarlo bien. Y después fue todo mentira. Porque no hizo nada para que ellos mejoraran, tuvieron que también arreglárselas como pudieron.

—¿Y acá su marido en qué trabajaba?

—Era camionero. Trabajaba, trabajó como seis años, siete, en el colectivo, ¿vivo? En la línea ¿cómo era? Ay, ahora no me acuerdo. En el 61 que le decían antes. Iba a Romero, a Abasto, por ahí. Ahí trabajo siete años.

—¿Usted trabajaba?

—No, no, si tuve los chicos rápido, yo. Y... y después trabajó en una empresa de construcción otros seis o siete años. Que es lo que hizo que después no se pudo jubilar por eso, porque no le alcan-

zaban los años...

—Cuando ustedes llegaron acá, ¿se juntaban con gente de España?

—No conocí a nadie.

—¿Y la relación con la sociedad? ¿Cómo la recibió la gente en la Argentina?

—Ah, acá sí. Ah, sí, alguna vecina que había, contenta porque éramos españoles. Qué sé yo. Era como que fuéramos de otro... mundo, no sé. Sí, nos apreciaban.

—¿Conoce a alguno que haya regresado?

—Yo no vi nunca más a nadie. Mi esposo sí, vio a alguno, porque dice: "¿Sabés a quién vi, Aída? -decía- A fulano, ¿Te acordás de aquél del barco?". Él porque andaba por todos lados. Él trabajó mucho afuera, haciendo caminos, obras en construcción, todo eso. Entonces conocía a medio mundo.

—¿Y usted alguna vez pensó cómo podría haber sido su vida si hubiera regresado?

—No, no pensé. No pensé porque ya mi vida, ya era ésta. Porque yo no bien llegué ya tuve, también, tres hijos. Y a medida que se iba pasando el tiempo, que se veían todos criados. Yo iba levantando la casa, tipo ranchito, para poder seguir tirando. Con el trabajo de él nada más. Después, ya los hijos empezaron a ser mayores, que uno no les pudo dar estudios, tampoco. Y uno después a los veintiún años tuvo un accidente, se me mató. Cuando cumplía veintiún años. Empezó otra vez, toda la desgracia. No, fue dura mi vida...

—Pero usted tiene que tener algún buen recuerdo de su niñez o de su adolescencia. ¿Qué cosas lindas recuerda?

—Sí, pero en España... ¿sabe que no...? De la escuela sí me acuerdo. Pero me acuerdo cuando con mis abuelos íbamos los días festivos, póngale el día de navidad, año nuevo, todo eso, nos juntábamos toda la familia. Me acuerdo que mi abuelo siempre criaba pavos, todo de eso. Hacía unas comidas. Eso me acordaba, no sé por qué. Lo pasábamos bien. Y después yo era también chica, iba a aprender corte y confección. Ya quince años, catorce, ya. Entonces, yo era alta, me daba cosa. Entonces mis tías me decían: "Ponéte derecha Aída que te va a salir una joroba". Sí, y a mí como que me

daba vergüenza, sí. Y todo eso, ¿no? Me querían mucho mis tías.

—Usted contaba hoy, antes de empezar a grabar, una anécdota de la época de Franco, o anterior a Franco, cuando usted iba a la escuela...

—Oh, otra vez volvemos para atrás... ¿De aquella cuando empezó la guerra? No sé, tendría ocho o nueve años. Porque allá era la escuela de las ocho hasta las doce. Salíamos y teníamos que volver a la escuela. Desde las dos, de la una o algo así hasta las cinco de la tarde. Era todo escuela (*risas*). A la mañana y a la tarde. Entonces, cuando había empezado todo ese movimiento, salíamos al puente, que había un puente que cruzaba para el otro... Era el único puente que había, que es por donde podían pasar con algún camión de guerra, todo eso. Entonces, nos íbamos al puente casi todo el pueblo y miramos para allá lejos, que había un monte. Había todo eso. Y veíamos correr a la gente, y todos, y como tirando. Porque allá había algo. Todo con luces, lucecitas, todo eso. Que parecían armas, parecían las armas, que estaban tirando. Porque allá era la Magdalena que le llamaban, a otro lugar. Y eso lo veíamos nosotros. Y unos tiroteos había por todos lados.

—¿Y en el puente, los hombres qué hacían?

—Tenían que hacer guardia en una casa que había. Acá el puente y acá había una casa. Entonces ahí cada vecino tenía que estar haciendo guardia, para no dejar pasar. El que venía decía ¡Alto! Y tenían que parar. Y lo revisaban. Y de noche estábamos en casa, sentíamos unos tiroteos, había. Había una casa, así allá, tenía un portón. Todo agujereado lo dejaban. Tiraban a cualquier cosa. Veían un perro y le tiraban (*risas*). Y todos asustados: ¿Qué habrá pasado? ¿Qué habrá sido? Hasta que no venía mi padre estábamos...

—¿Y aquello de la escuela, que ustedes se ponían en fila?

—Cuando había la guerra, nosotros estábamos en un pueblo. No nos tocó, de cerca no, porque era lejos. Madrid y todo eso, era lejísimo. No nos tocó la guerra. Y cuando tomaban, allá se decía que tomaban una ciudad. No sé que era eso. Sólo me quedó, que lo tomaban, que era para ellos. Cuando tomaban una ciudad, me acuerdo que decíamos, en la escuela nos hacían decir: “¡Un, dos, tres, Madrid

nuestro es!” Todo en canciones, todos juntos y otra vez me acuerdo también de esto: “¡Un, dos, tres, Teruel nuestro es!”. Y después nos hacían hacer la instrucción. Allá se decía instrucción. “¡Un, dos, tres!”. Y así todo: “¡Media vuelta!”. Y yo por ahí: “¡Media vuelta a la derecha!” (*risas*) Por ahí daba vuelta a la izquierda, yo. Nos hacían como que fuéramos todos varones, así soldados nos hacían. Ahí cerca estaba el ayuntamiento de Santa María, que era otro pueblo cerquita del nuestro Santibáñez. Allá salió a echar un mitin. Le decían mitin, un discurso, de los de alta alcurnia. Con el brazo levantado, ya se nos acalabraba. A cantar el Himno Nacional o cantar “Cara al Sol”... ¿Sabe cual sé? Éste que era el Himno Nacional: “La Virgen María es nuestra protectora, nuestra de-fen-so-ra, no hay nada que temer. Vence al mundo, demonio y carne. Guerra, guerra contra Lucifer”. Eso es porque en España... Mucha religión. Los domingos no se abría nada. Íbamos a misa, y después de la misa, ya se comía. Y después, al rosario a la tarde. Después del rosario ya te quedaba la tarde para ir a bailar. Y se bailaba en una plaza del pueblo al aire libre, tocando la pandereta. Uno que sabía tocar bien la pandereta y después todos, todos ahí, todos juntos, el pueblo todo ahí en la plaza festejando el domingo. Después otra vez todos a trabajar otra vez, las tieras, la fajina del trabajo... Todo eso fue la vida que yo hice allá.

Ángela Valcarce Blanco viuda de Vega

—¿Cuál es su nombre?

—Ángela Valcarce Blanco, de mi mamá Blanco y de mi papá Valcarce.

—¿Cuándo llegó a la Argentina?

—El 29 de diciembre de 1908 (*se escucha "no mamá, 1930"*). Ah, sí, de 1930, tienes razón. Yo cuando vine acá tenía 22 años.

—¿De qué lugar de España vino?

—Yo, para decir verdad, soy de Ponferrada pero lleva el nombre de León, pero cuando preguntan, como era Castilla La Vieja antes, decimos de la provincia de León.

—¿Y usted con quién vino?

—Yo para acá vine con unas chicas de allá, del pueblo, pero tenía una hermana acá. Sí, en barco. Era, creo, español, era el barco *Esado*, le decían. Sería el nombre del barco...

—¿Su familia cómo estaba constituida en España?

—Mire, nosotros éramos seis hermanos, que mi madre quedó viuda muy joven, y quedamos seis, todos a costillas de ella, un varón y cinco mujeres. Yo fui de las últimas. Allá tíos ya no teníamos, porque se habían muerto todos.

—¿Y por qué vino?

—Porque mi hermana me llamaba mucho, y ninguno se decidía a venir, entonces me decidí yo.

—¿Y de qué trabajaba su mamá en España?

—Mire, allá trabajábamos de todo. Porque andábamos en el campo, se segaba, se molía, se hachaba la huerta, y todos esos trabajos. Ahora, mi madre a nosotros nos enseñó muy bien. Porque como éramos pobres, nos hacía levantar temprano, al amanecer, para dejar la casa aseada, para cuando veníamos a la noche de trabajar no tener que trabajar en ese momento. Yo hacía también ese trabajo, y cuidé ovejas. Eran propiedad de nosotros, pero eran pocas.

—¿Y ustedes qué hacían, las vendían?

—No, no las compraba nadie, se morían o las mataban o... en fin. Algunas sí, matábamos alguna, así como para la trilla, esas cosas del trigo, esto, se mataba para poder hacer de comer.

—¿Su mamá, había ido a la escuela?

—No. Yo tampoco pude ir. Por culpa de que tenía que cuidar a las ovejas.

—¿Aprendió igual a leer y escribir?

—Algo sí, pero muy poco.

—¿Quién la recibió acá?

—Yo fui por el consulado. Después me fui con mi hermana. Sí, veníamos por el consulado, y yo fui allí, y después mi hermana ya me estaba esperando.

—¿Y le pagaron el pasaje?

—Tuve que pagarlo yo. Dejé lo que me pertenecía de la parte de mi padre. Para poder venir, pero yo después, con bastante sacrificio, fui pagando todo, no dejé a deber nada.

—¿Y quiénes venían en el barco?

—Venía mucha gente, venían de Galicia... Y después, así para divertirse, se divertían con muchachos de Galicia, yo no, porque nunca me arrimaba, porque siempre me acordaba de mi familia. Me acordaba de mi familia y no podía estar con ellos, hasta me pusieron "Barbas tristes" a mí, porque no hacía más que estar sola y llorar (*sollozando*). Siempre fui muy compañera de mi madre y... de todos mis hermanos, porque gracias a Dios éramos pobres pero nos crió muy bien a todos.

—¿Y usted se siguió escribiendo con su mamá? ¿Le mandaba cartas?

—Sí, una vuelta que habíamos trabajado mi marido y yo juntamos unos pesos y le llevamos 100 pesos de acá que allí ella cobró 500 pesetas. Pero después ya ella se murió, mi marido también, y se terminó todo.

—Pero hubo cosas muy lindas también...

—Y que le va a hacer, yo la verdad, que les digo la verdad, que mientras estuvimos en compañía de mi madre no tuvimos problema de nada, ninguno, y me divertí mucho allí, pero cuando vine para acá se terminó para mí todo.

—¿Y dónde consiguió su primer trabajo?

—¡Ay! Dios mío, primero fui a la casa de una paisana que se llamaba Sara, que nos recogía a muchos, y dormía en la casa de ella

y todo, y cuando salía me llevaba con ella, y después anduve por muchas casas que eran ricas, pero eran ricos para ellos, nosotros teníamos que trabajar mucho.

—¿Y a su marido dónde lo conoció?

—Allá en España. Era de muy cerquita. De San Esteban, San Esteban de Valdeza. Yo, de Villar de los Barrios.

—¿Y se lo encontró acá en Capital?

—No. Yo después traté de venir con unas amigas, que tenía allá, para acá, y le dije a él. Él vino a Tres Arroyos, a la casa de un tío, y siempre me quisieron llevar para allí, pero yo no quise separarme de mi hermana, y trabajaba como podía, de sirvienta, y ahí me ganaba el pasaje para volver a mandar a mi casa.

—¿Y él seguía viviendo en Tres Arroyos?

—Sí, vivió muchos años en Tres Arroyos, y después yo no le escribí más; porque nos escribíamos, yo no le escribía más y se vino para acá, y un día que yo había ido a la casa de unos patrones a ver si tenía correspondencia de España, nos encontramos en la calle, y entonces después seguimos.

—¿Sabe de gente de la zona donde usted vivió, si había muchos en Capital?

—No, no había muchos; había sí, pero después se iban desparramando unos por un lado y otros por otro, y ya quedábamos pocos.

—¿Nunca se les ocurrió ir al interior del país?

—No, a mí no me gustó nunca, ya le digo que mi marido me quería llevar y el tío que tenía allí, me querían llevar para allí, pero yo siempre fui, le digo la verdad, muy desconfiada, y como fui desconfiada nunca quise llevarle el apunte a nadie...

—¿Y no le gustaba el campo de Argentina, de La Pampa, de la provincia de Buenos Aires?

—Y... yo como no conozco... Nunca me dijeron de ir. Hemos andado por muchos lados con las chicas. Mis hijas, mi marido y el marido de ellas.

—¿Le gustaba Capital para vivir?

—Sí, sí. Yo iba, como allá somos muy religiosos, en el pueblo donde yo soy, a la mañana me levantaba de noche para limpiar y

después ir a misa, porque me gustaba mucho ir a misa.

—¿Cuántos hijos tuvieron?

—Dos, esta chica y otra que vive por acá cerca también.

—¿Y pudieron estudiar sus hijas?

—Sí, las dos estudiaron. Ésta es contadora y la otra fue estudiando así en los colegios, ella, pero sabe bastante.

—Cuándo usted trabajaba en Capital, ¿le alcanzaba lo que le pagaban?

—Y, como yo trabajaba para mandar el pasaje, mandaba todo lo que juntaba. Había muchos trabajos que hacer, había mucho trabajo en la casa.

—¿Cómo la trataron?

—Algunos trataban bien y otros trataban mal.

—¿Hizo algún amigo argentino?

—No teníamos, ahora último sí, ya de grande. Pero yo amigos así que tenía estaban en Argentina, pero eran españoles. Cuando quedábamos sin trabajo íbamos a vivir a la casa de ellos, ellos nos llevaban, nos daban de comer y todo.

—¿Usted, cuándo llegó acá, podía votar?

—No, yo no me hice ciudadana argentina para nada. No, porque yo he querido mucho el país.

—¿Y su marido?

—Nunca quiso, porque él podría haber votado, pero nunca quiso tampoco dejar a España.

—Cuándo vino acá, ¿él de qué trabajaba, cuando estaban casados?

—Anduvo de repartidor de almacén, anduvo como pudo, porque no se encontraba en aquel tiempo trabajo, tampoco acá. Más o menos en la década del '30.

—¿Y cuándo llegó Perón, cambió algo?

—Para mí no... Qué sé yo, a mí me parecía que como España no tenía nada, y era siempre esa cosa que tuve, y mi marido también.

—¿Qué costumbres trajo de España?

—Y, la comida yo la hacía como sentía a mi madre, o a la hermana que era mayor y trabajaba de sirvienta y ganaba bien. Después en mi casa hacía de comer, hacía pollo al horno, raviolos, ñoquis,

de todas esas cosas que se hacen en la casa... Mire, lo que más comía acá era más bien el pollo, ravioles, todas esas cosas que después yo aprendí sola a hacerlas, porque nadie me enseñó. Como sentía fui aprendiendo. Y yo después hacía para todos los chicos de mi casa, para mis hijas, para mis nietos, para todos.

—¿Y usted acá aprendió algún baile, alguna canción de su pueblo?

—Yo canciones sabía muchas, sí, pero ahora no me acuerdo de ellas. Eran canciones andaluzas.

—¿Le gustaba bailar?

—Sí. Yo me divertí mucho allá en España, me divertí mucho.

—¿Y acá fue a bailar alguna vez en la Argentina?

—No, jamás de la vida fui a bailar... A veces con mi marido bailábamos un pasodoble en la casa y esas cosas, pero así a los bailes, ya le digo, nunca jamás de la vida me llamó la atención de ir a un baile.

—¿Qué hacía en la Argentina con su tiempo libre, cuando no trabajaba?

—Iba a la casa de algún paisano, a la casa de mi hija, según donde podía ir.

—Vivieron en Capital con su marido. ¿Y después adónde se mudaron?

—Después nos mudamos de la Capital acá a La Plata. Porque mi marido tenía unos paisanos acá y le gustaba venir para acá, y por eso vinimos para acá. En La Plata he vivido toda la ... mucho he vivido, desde que me casé hasta los sesenta y pico vivimos acá.

—¿Ha tenido alguna mala experiencia?

—No, gracias a Dios no, porque todo me fue bien, trabajamos como los perros pero nunca me faltó un pedazo de pan para comer ni comida que uno quisiera hacer, pero teníamos que trabajar mucho. Mi marido trabajaba de peón de almacén y yo de sirvienta. Vinimos a poner negocio pero en aquel momento no lo podíamos poner, porque no había para ponerlo. Negocio de almacén.

—¿Volvió a su país?

—En el '75.

—¿Y volvió a su pueblo?

—Sí. Lo encontré bastante, qué sé yo, desmejorado. No lo encontré como yo lo dejé, porque cuando yo me vine acá la gente de allí era muy buena, y después ya no era como éramos nosotros y como nos trataba la familia. Porque allí repartían cuando mataban un cerdo todos los vecinos uno con el otro, repartían un poco y siempre todos los vecinos hacían igual, cuando uno no tenía le daba el otro, andaban de compañeros así. Cuando yo fui ya no, ya la gente se escondía, tiraba para otra cosa...

—En ese momento estaba Franco. ¿Y usted qué cree de eso?

—Yo a Franco lo creía un buen tipo, porque hacía trabajar a la gente, y nos hacía trabajar a todos porque la verdad que trabajábamos todos, yo nunca falté al trabajo, y nunca me faltó el trabajo.

—¿En qué cambió usted? ¿Qué incorporó de la Argentina?

—A mí la Argentina me gusta toda, porque para mí ha sido muy buena la Argentina, yo la quiero mucho.

—¿Qué tiene de diferente la gente de España que viene de su región, de gente de otras regiones que ha conocido? ¿Tienen algo distintivo ustedes?

—El que viene de allí ahora viene con otra cosa, no viene con la pobreza con que veníamos nosotros, porque nosotros de allí veníamos muy pobres, y seguimos pobres, trabajando como bestias, porque hay que decir la verdad, acá hemos trabajado mucho.

—¿Acá se trataba con todos los españoles por igual o se trataba más con gente que era de su región?

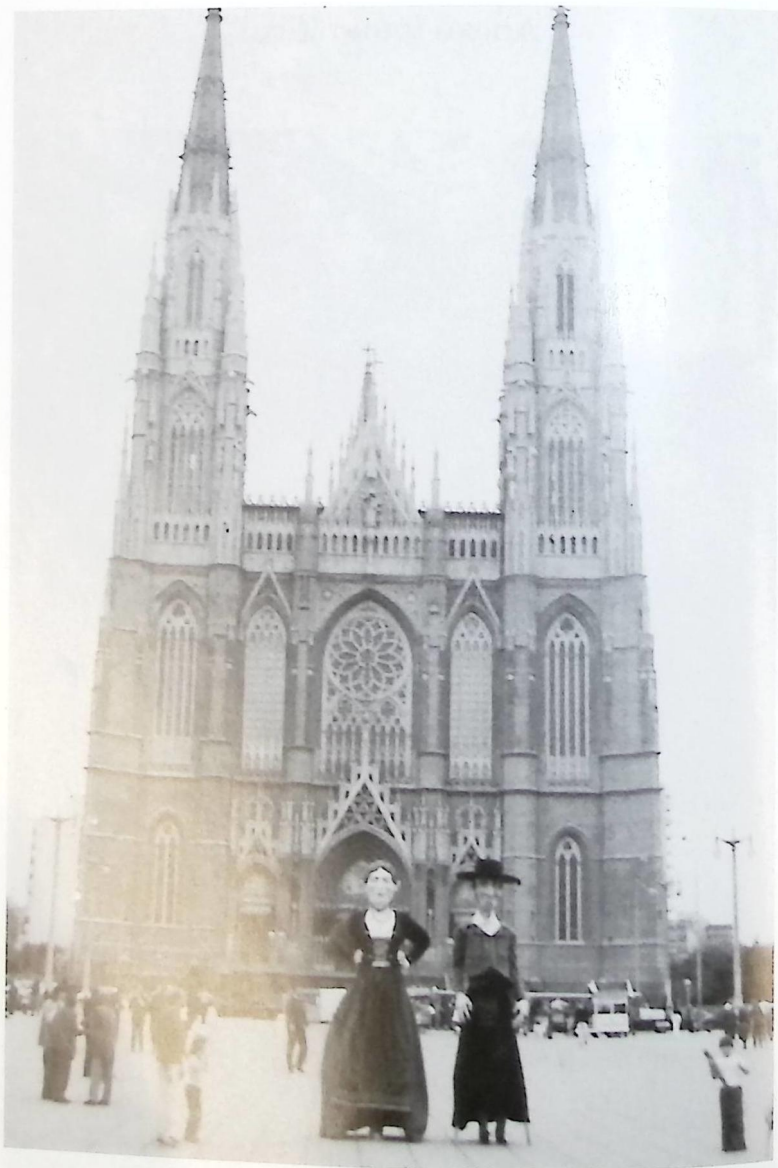
—No, con cualquiera nos tratábamos.

—¿Qué fue lo que cree que les transmitió a sus hijas? —Vea, a mis hijas les transmití que estudiaran, a lo que no pude yo que estudiaran todo lo que pudieran, y trabajaran todo lo que tuve que trabajar yo, porque ellas han tenido que trabajar también. Yo siempre les dije que era linda España, que era un pueblo muy bueno, allá donde yo por ejemplo nací. Yo a España y a la Argentina las quiero mucho, porque allí trabajaba, tuve que trabajar en el campo, tuve que trabajar donde pude, pero acá también tuve que trabajar muy duro ...

Anexo fotográfico



Pequeñas inmigrantes castellanoleoneras



*Los gigantes, tradición castellanoleonesa,
en la Plaza Moreno, en el aniversario de la fundación de la
ciudad de La Plata, 19 de noviembre de 2003*



*Paella típica en el Centro Castellanoleonés de La Plata,
14 de noviembre de 2004*



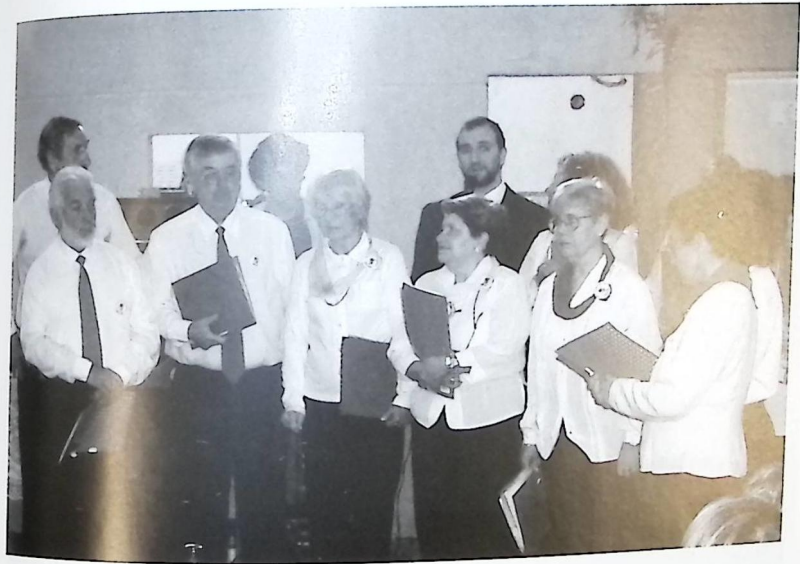
*Feria artesanal en el Centro
Castellanoleonés, 2004*



Ingreso de las Banderas de Ceremonia en el 6º aniversario del Centro Castellanoleonés, 23 de abril de 2005



Almuerzo por el 6º Aniversario del Centro, 23 de abril de 2005



Coral de los Palomares en el 6º aniversario del Centro, 23 de abril de 2005



Coro y público en el almuerzo del 6º Aniversario del Centro, 23 de abril de 2005



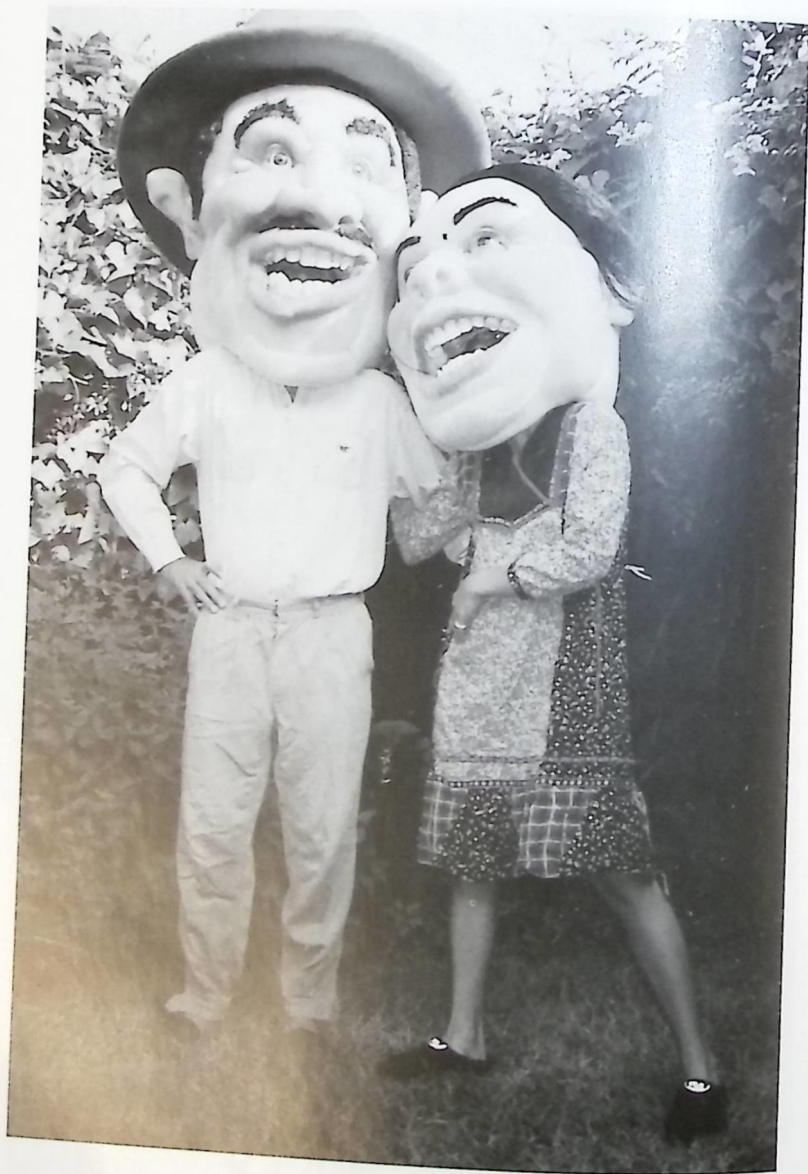
*Celebración del aniversario de la creación de la
Junta de Castilla y León,
23 de abril de 2005*



*Celebración del aniversario de la creación de la
Junta de Castilla y León, 23 de abril de 2005*



*Baile tradicional en el aniversario de la
Junta de Castilla y León, 23 de abril de 2005*



*Los cabezudos.
Tradición castellanoleonesa*

Índice

Presentaciones	7
Introducción	11
Bibliografía	22
Los testimonios	27
Serafín Fernández Gago	27
Anacelia Álvarez Sánchez	32
Ángel Fernando Pineda Gil	37
Antonio Fernández Gago	43
Bienvenida Ochoa	48
Josefa León Nistal	55
Eladio Palomo Fernández	60
Visitación Palomo Fernández	66
Emiliano Abilio Isla Verde	74
Emilio del Pozzo	79
Ángela Gallego Blanco	84
María Encarnación Villar	90
José Luis Rodríguez Álvarez	93
Juan Ramón de Prado Fernández	98
María Teresa León Nistal	107
María Cristina Torres Pérez	113
María Cristina Vidal Morcelles	116
María Piedad Conde Torres	121
Pedro León Nistal	125
Purificación Merodo Alba	131
Aída Fernández Alonso	140
Ángela Valcarce Blanco	146
Anexo fotográfico	153

Se terminó de imprimir en
Imprenta Huellas, de la ciudad de La Plata,
con una tirada de 500 ejemplares,
en diciembre de 2005

Otras obras publicadas por
Ediciones Hespérides

Colección La Campana de Fuego

Tiempo superficial
Elías Antunes

La Salud de los Condenados
César Cantoni

Ángulos
Soledad Vignolo

Escritos
Pablo Cóccaro

Ópera Flamenca
Guillermo Pilía

Colección La Puerta del Príncipe

Rodolfo Walsh. Aquel muchacho
Delia Cortés

La caleta abandonada
Pedro Tirado Marcovich

Quite a la sombra
Guillermo Pilía

Colección La Montaña Mágica

El Amor navegante
Luis Maggiori

Premios Concurso Internacional
Hespérides

La Nicolasa y otros cuentos
Luis Edgardo Soulé

Huecuvú Mapu y otros cuentos
Miguel Montezanti

Piedra encerrada en piedra
Carlos Barbarito

**El silencio una obsesión entre
ocre y gris**
Marta Melero

El diablo pide más
Silvia Montenegro

Castilla y León, tierra de hombres, tierra de historia, forjada durante siglos, renovada día a día. Entre montañas y llanuras, entre ríos y valles, entre bosques y una extensa planicie, está escrita la historia de una región. Tallada en piedra, recogida en manuscritos y surcada por caminos que han sido pisados desde el origen de la humanidad. Tierra de fronteras glosada por poetas y alabada por viajeros. Cuna de un lenguaje universal, el castellano, que a través de los océanos recorrió el mundo. Su historia es la leyenda de conquistas, la épica del hombre que construye el futuro.

Así es, también hoy, esta región que ha hecho de su carácter hospitalario una forma de vida. Son nueve provincias ensambladas por una historia en común que ha dejado una profunda huella.

Este trabajo rescata y refleja la memoria de los inmigrantes de esas provincias.



Junta de
Castilla y León



Universidad Nacional de
Educación a Distancia



Instituto Cultural
Gobierno de la Provincia
de Buenos Aires

Dirección Provincial de Patrimonio Cultural



CASTELLANOLEONES
de LA PLATA



ARCHIVO HISTÓRICO
DE LA PROVINCIA
DE BUENOS AIRES
DR. RICARDO LEVENE